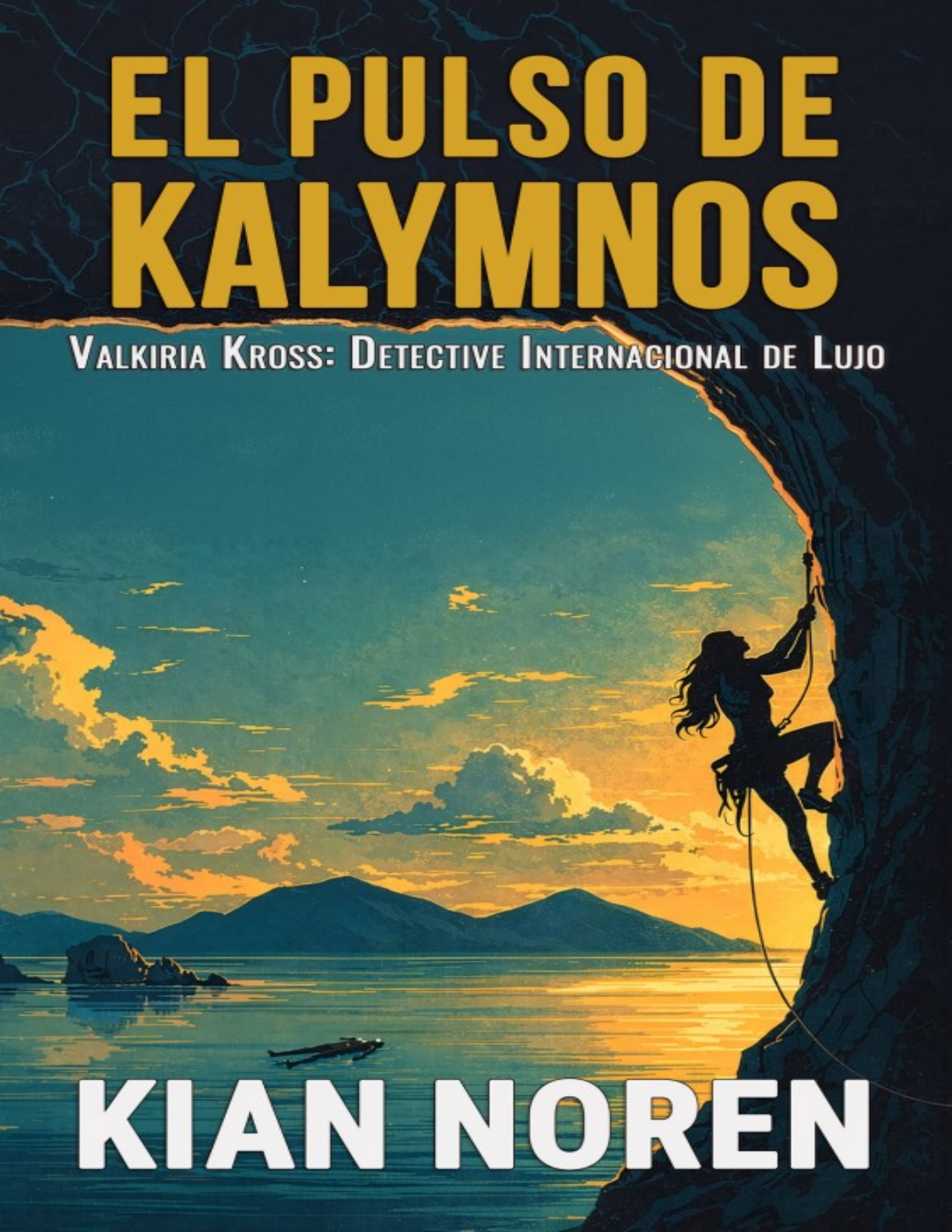
EL PULSO DE KALYMNOS

Valkiria Kross: Detective Internacional de Lujo



KIAN NOREN

EL PULSO DE KALYMNOS

Valkiria Kross: Detective Internacional de Lujo

KIAN NOREN

El Pulso de Kalymnos — Valkiria Kross 3

© Kian Noren, 2026
© Alejandro Quijada, por la corrección

ISBN: 978-84-09-84878-2

Todos los derechos reservados para Kian Noren.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación y otros métodos sin el permiso previo y por escrito de este autor. Quien infrinja estos derechos podrá ser sancionado por la Ley.



VOROS
Studios

La verdadera fortuna no siempre puede tocarse;
a veces solo puede vivirse.

1

Kalymnos, Grecia, a 2 de septiembre de 2022

Yo, Panayotis Laskaridis, nacido en la isla de Kalymnos en el año de 1926, en pleno rugido del mar Egeo, en pleno auge de los viejos dioses sumergidos, hago constar mi última voluntad.

He vivido más de noventa años. Los primeros sin entender mi destino; los siguientes, abrazándolo con toda el alma. Me enorgullece decir que no dejo hijos ni herederos directos, porque mi mayor descendencia ha sido esta isla. Kalymnos me lo dio todo: familia, sustento, gloria, heridas, pasión y sentido. No hay mayor fortuna que pertenecer a un lugar que también te pertenece.

Por ello, lego todas mis posesiones materiales —propiedades, cuentas bancarias, herramientas, embarcaciones y archivos históricos— al pueblo de Kalymnos, para que preserven la memoria de quienes se sumergieron antes que yo, y de los que vendrán.

A excepción de mi posesión más preciada.

Esa la escondí hace diez años, la última vez que mis pulmones se llenaron de sal y sol, la última vez que descendí al azul profundo. No está guardada en una caja fuerte ni enterrada bajo tierra. Está donde debe estar.

Quienquiera que la encuentre, será suya.

Pido también, con humildad, que mis restos sean tratados según las costumbres ortodoxas que mis mayores me enseñaron, y que se me conceda el honor de descansar mirando al mar, junto a los restos de mi amada esposa, allí donde el horizonte se confunde con los recuerdos.

Panayotis Laskaridis
Buzo de esponjas de la isla de Kalymnos

2

La caliza me raspa los dedos, áspera y firme, como si fuera ella quien se aferrase a mí y no al revés. Aunque soy yo la que ha encajado el índice y el anular en ese pequeño orificio, no puedo evitar sentir que es la pared la que me sostiene, como si no quisiera dejarme caer.

Escalo sin cuerda y mi cuerpo ya ha alcanzado el límite de adrenalina que es capaz de procesar.

Las palmas de mis manos vuelven a humedecerse. Pellizco con más fuerza la roca y suelto la mano izquierda para llevarla a la magnesera que cuelga de mi espalda. Mientras me embadurno la mano de ese polvo blanco, es solo la fricción de las dos yemas de mis dedos la que me separa de la caída.

Quito mi pierna derecha del soporte en el que descansaba y la flexiono hasta enganchar el talón en un pequeño saliente. Comienzo un balance delicado que acaba en un movimiento agresivo, donde mi cuerpo se estira por completo para ganar un metro extra de alcance y la mano derecha se engancha en una abertura que, desde mi posición anterior, no era visible. La mano entra a la perfección, como si las decenas de miles de años de viento y salitre hubieran limado la roca, creando a su capricho un hueco perfecto.

La primera vez que llegué a ese punto de la vía, a doce metros de su comienzo, me caí. Estaba demasiado cansada. De la segunda a la quinta vez, hice ese lance sin éxito. No fue hasta el sexto intento cuando conseguí adherirme a ese hueco en la roca.

Voy por el duodécimo intento. El siguiente paso es el más difícil, pero al menos este agarre me permite recuperar algo de aliento. Estiro el brazo y me quedo quieta en la postura, aunque cualquiera que me viera desde abajo pensaría que esto tiene de descanso lo mismo que una cama de clavos.

Si un escalador me preguntase la dificultad de esta vía, le diría

que es un 7B. Si me lo preguntase un neófito, le mostraría mi pose actual y le diría que esa es la parte más cómoda de la ruta.

Aunque mi respiración tranquila no lo demuestra, estoy agotada. Esta vía es lo único que he hecho durante todo el día. Muchos lo llamarían tortura. Yo lo llamo salvación.

Estoy en Kalymnos, una isla griega en el mar Egeo, tan cerca de Turquía que puedo ver la península de Bodrum.

Si el estrés mental de enfrentarme a casos imposibles es mi forma de entrenar la cabeza, el que sufre mi cuerpo al escalar es el precio por mantenerlo a la altura. Y Kalymnos es la meca mundial de la escalada. En una isla pedregosa de veintiún kilómetros de largo y trece de ancho, hay más de cuatro mil vías equipadas.

No lo parece por mi posición de murciélago, pero estoy aquí de vacaciones. Desde que me convertí en detective internacional de lujo, un año atrás, es la primera vez que he estado más de siete días sin investigar un caso. Es el tiempo que llevo en la isla.

Cambio la mano del agarre y me lleno de magnesio la palma derecha para tapar los poros que rezuman sudor. Una estela de polvo blanco cae desde mi posición, como ceniza lenta en una noche sin viento. Vuelvo a cambiar el agarre y continúo la vía. Desde este punto, todo es terreno nuevo.

En el siguiente movimiento agradezco no llevar cuerda, pues con la extraña torsión de cadera y el giro de mi hombro, se me habría complicado el movimiento. Subo mi mano izquierda a un pequeño saliente plano de un centímetro de grosor, rápidamente cambio el peso en las piernas y lanzo mi mano derecha hasta lo que parece un hueco pequeño pero profundo en la roca.

No lo es. En mi cabeza imaginaba poder meter los dos dedos hasta el fondo, anclarlos bien, pero al llegar a la primera falange topan con el límite del hueco. El cuerpo me queda desequilibrado, colgando en el vacío, y trato de convencerme de que la fricción de esos dos dedos bastará para sostenerme. No basta. La mano izquierda también patina, traicionera, y noto cómo la espalda empieza a despegarse de la pared. Mis pies son los últimos en entender que ya no hay nada debajo.

Sin cuerda que frene la caída, mi cuerpo se entrega al vacío. En

esos pocos segundos, el tiempo se pliega sobre sí mismo y adquiere otra lógica. No veo mi vida desfilar, ni escenas entrañables, ni luces místicas al final de ningún túnel. Lo único que veo es esa última presa, la que no llegué a agarrar. Flota frente a mí como una promesa rota. Y en un instante tan absurdo como hermoso, me convenzo de que aún puedo alcanzarla.

Cuando la distancia que me separaba del suelo se reduce a cero, mi hombro es el primero en hacer contacto. Rompe la tensión superficial del agua y el tiempo vuelve a adquirir su habitual velocidad.

Me zambullo por completo en el mar hasta sumergirme dos o tres metros. No salgo a la superficie inmediatamente; dejo que el agua salada se lleve el sudor y la tensión de mis músculos. Luego asciendo para coger una gran bocanada de aire.

Con la cabeza ya fuera del agua, pataleo para mantenerme a flote. Hacerlo con los pies de gato puestos —esas zapatillas hechas para aferrarse a la roca, no para chapotear— es un suplicio. Pero no quiero irme todavía. Necesito mirar una vez más esa pared escarpada antes de admitir que, por hoy, ha ganado ella.

Eso es lo que tiene el psicobloc. Escalas sin cuerda, sin arnés, sin nada que te sujete salvo tus propias ganas. Pero debajo te espera el mar, no el suelo. No es la modalidad más conocida, pero sí la que más me obsesiona. Te da la dosis justa de peligro sin convertir cada error en tragedia. Aunque, claro, cada vez que fallas acabas empapada.

El sol tiñe de cobre los relieves irregulares. La pared no me devuelve la mirada —sería raro que lo hiciera—, pero igual siento que se burla. Como si esa vía se riera de mis doce intentos fallidos. Impotente, golpeo el agua, me doy la vuelta y nado hacia la lancha que alquilé esta mañana. La luz del atardecer me ciega. Hace varias horas que mis ojos solo conocen dos paisajes: roca y mar.

Al subirme a la pequeña embarcación, cojo una toalla y me seco la cara. Estoy escondida en un pequeño recoveco natural creado por los acantilados y salientes rocosos de la isla. Miro a mi alrededor y solo veo a una pareja en la lejanía haciendo paddle surf. Sin darle mayor importancia, me quito el top deportivo, el pantalón corto y las

bragas empapadas, y me seco entera.

El aire huele a sal y a algo metálico, como si el mar estuviera afilando los dientes antes de la tormenta que se avecina. Me visto rápido mientras el sol se desliza hacia el horizonte, dorando las aristas de las rocas, tiñendo el agua de un cobre líquido que parece vivo. Las gaviotas vuelan bajo, casi rozando la superficie, y suenan más irritadas de lo habitual. La predicción meteorológica ya lo había advertido: tormenta para la noche. Pero verla gestarse frente a mis ojos es otra cosa. En el norte, un muro gris azulado se levanta sobre el mar, enorme, denso, como si alguien estuviera empujando una masa de sombras hacia la isla.

Arranco el motor. El sonido del fueraborda rompe el silencio cálido del atardecer y me devuelve a la realidad. Las olas empiezan a levantarse, pequeñas crestas que golpean el casco con un ritmo irregular. Me aparto el pelo mojado del rostro. El camino de vuelta al puerto de Mirties apenas dura diez minutos, y no quiero que se alargue con la lluvia que se avecina.

Siento la vibración del motor bajo los pies, el vaivén que me balancea como una respiración. Por un instante me dejo llevar, observando el resplandor del sol reflejado sobre el agua.

Mirties aparece a lo lejos, encajada entre el azul del mar y la roca dorada que se eleva detrás como una espalda curvada. Desde la lancha, el pueblo parece un susurro blanco entre las colinas, con sus casas cúbicas apiñadas como si buscaran protegerse del viento. El toque de color lo dan las buganvillas rosas y moradas trepando por las paredes encaladas. Sobre ellas, el campanario de la iglesia ortodoxa se alza con su cúpula azul y su cruz dorada, discreto pero presente, como si bendijera la costa sin imponerse.

La lancha se acerca despacio, rompiendo apenas la superficie del agua con su motor cansado. El pequeño muelle de piedra aparece, desgastado por las mareas y los años, con dos barcas amarradas que crujen con el vaivén de las olas. Me pongo de pie cuando ya casi toco tierra. La barca se ladea un poco y tengo que aferrarme al borde para mantener el equilibrio. Cojo mi mochila y bajo a tierra firme de un salto.

La piedra bajo mis pies conserva el calor del día. A lo lejos, el

murmullo de los marineros que regresan de faenar se mezcla con una conversación lejana que no llego a descifrar. El aire arrastra salitre, aceite de motor y ese inconfundible olor a pescado frito que se pega a todo.

Me percato de que no he mirado el móvil en horas. Al desbloquearlo, me muestra que son las siete y veinte. Entre todos los mensajes, solo me centro en el de Marina, la anfitriona del alojamiento en el que me quedo:

> *URGENCIA. Si ves mantequilla en tu camino, secuéstrala. Se me ha acabado y la cena no se salva sin ella. Te debo una. Gracias!*

Me subo a la scooter y arranco sin pensarlo. El motor ruge, impaciente, y el viento me golpea la cara con ese sabor metálico que anuncia lluvia… o algo peor. Al sur, el cielo todavía guarda un resquicio de luz, pero detrás de mí la tormenta se cierra, espesa, como si quisiera alcanzarme. Acelero, y por un momento tengo la sensación de que no estoy huyendo del mal tiempo, sino de algo que aún no sé que ya empezó.

3

Salgo del supermercado y arranco la scooter. Las curvas se suceden como si alguien las hubiera pintado para que me distrajera del presente. A un lado, el mar: inmenso, en calma, de un azul que parece editado. Al otro, montañas ásperas y verticales, salpicadas de los últimos escaladores que se aferran a la roca ese día.

Paso frente a casas blancas que reflejan la luz como si se maquillaran con ella. Ventanas con marcos de colores y ancianos en la puerta, siempre dispuestos a saludar con una sonrisa tranquila. Algo en esa estampa me devuelve la fe en la humanidad, o al menos en las islas griegas.

El trayecto de Mirties a Panormos no dura mucho, pero se siente eterno en el buen sentido. Como si mi cabeza bajara revoluciones a la par que el motor. Como si por fin pudiera respirar sin hacer ruido.

Cuando doblo la última curva y diviso el cartel pintado a mano de mi alojamiento, el cielo se resquebraja y una llovizna empieza a caer. No me toca. Ni una gota. Aparco bajo el pequeño porche justo antes de que el agua decida ponerse seria.

El garaje huele a lavanda y romero. Un aroma que reconozco al instante, porque es el mío. Está en mi ropa, en mis maletas, a veces incluso en los forros de las chaquetas que uso para trabajar. Tengo el olfato fino y soy bastante tirana con los olores que permito cerca. Llevo siempre conmigo una bolsita de tela, discreta, con lavanda seca y hojas de romero, como una superstición portátil que no pesa pero acompaña.

Leí que la lavanda acelera el procesamiento mental y que el romero mejora la concentración. No sé si es cierto o puro placebo, pero me gusta cómo huelen y no pierdo mucho por intentarlo.

La habitación está justo ahí, al fondo. Un sótano reciclado en miniapartamento: cama doble, baño privado y una de esas lámparas con ínfulas escandinavas que intentan ser minimalistas, pero acaban

pareciendo de catálogo barato. Me gusta. Tiene esa mezcla de utilidad y dejadez que me hace sentir que no tengo que fingir nada aquí.

Dejo el casco sobre la cómoda, junto a los pies de gato de la escalada y la bolsa con el magnesio. Me quito la camiseta empapada de sal y dejo que el agua tibia me resbale por la piel.

Ya limpia, subo las escaleras hacia la planta principal de la casa. Marina está en la cocina, de espaldas, con una cuchara de madera en la mano y el pelo recogido en un moño improvisado. El aroma a batata asada y especias dulces me golpea antes que cualquier palabra.

—Perdón por la demora. —Le extiendo la bolsa con la mantequilla, como si fuera un trofeo.

Marina se gira con una sonrisa sincera. Lleva un delantal con dibujos de limones y la cara ligeramente sonrojada por el calor de los fogones.

—¡Menos mal! Pensé que me ibas a hacer improvisar con yogur griego.

—Crimen culinario. Como se enterasen tus vecinos, te echan de la isla.

Marina suelta una carcajada mientras corta en dados la mantequilla y la echa en la olla de la que acaba de sacar una batidora de mano.

—¿Me puedes ayudar a terminar la ensalada? Solo queda cortar en dados la pera y mezclar los ingredientes.

Acato la orden sin rechistar. Se me hace extraño volver a hablar español a diario. Salvo por alguna que otra llamada con mi hermano cada pocas semanas, es de los idiomas que menos uso. Por el trabajo de mi padre, crecimos cambiando de país cada pocos años. Nada era constante, salvo las Navidades en Valencia con su familia y el Nuevo Año Chino en Singapur con la de mi madre. El resto del tiempo, el hogar era una idea nómada. Supongo que por eso me adapto tan fácil a los lugares nuevos. No es una habilidad, es supervivencia.

Cuando parto la pera, la junto en un bol con la rúcula, el queso azul y las nueces caramelizadas. Le dejo a la chef la tarea de aliñar

la ensalada.

Estoy sirviendo el puré cuando aparece Pablo, con camiseta de tirantes aún húmeda por la ducha y esos brazos de escalador que no ayudan a mi celibato involuntario.

Nos sentamos a cenar los tres y la conversación fluye sola. Marina es de Málaga, de las que pronuncian con las eses evaporadas y el ritmo de alguien que no tiene prisa ni aunque esté llegando tarde. Pablo es argentino, con una voz suave que se arrastra como una canción de cuna. Son pareja desde hace cinco años. Dejaron su vida anterior para instalarse aquí, alquilar una parte de su casa y escalar cuando la meteorología lo permite.

Marina dejó atrás su carrera como psicóloga para entregarse a su pasión de vida: escribir. Lleva un año enfrascada en una novela ambiciosa ambientada en Kalymnos que recorre el siglo XX a través de tres generaciones de una familia de pescadores. Se le iluminan los ojos cada vez que menciono a Jac, el escritor con el que coincidí en mi primer caso serio en un hotel perdido de Bulgaria, y que ahora transforma mis investigaciones más jugosas en superventas. Lo más probable es que acabe presentándolos. Quién sabe, tal vez ese sea el comienzo de su ascenso literario y termine comprándose una isla.

En un silencio de la conversación, me fijo en que la tormenta no deja de coger fuerza. Las primeras gotas eran tímidas, como disculpándose por interrumpir, pero ahora caen con la convicción de quien sabe que viene a limpiar algo. La luz de la cocina parpadea un poco y Marina sonríe mientras se sirve un poco más de ensalada.

—¿Sabes lo que cuentan aquí sobre la tormenta de abril? —dice, con ese tono de quien domina el arte de contar historias—. Que siempre hay una última fuerte, justo antes de que arranque de verdad la primavera. Es como si la isla necesitara limpiar por última vez la roca antes de dejar entrar el sol.

—¿Una especie de limpieza espiritual?

—Sí, algo así. También simboliza el inicio de la temporada de escalada. Cuando termina esta tormenta, empieza lo bueno.

Pablo asiente con la boca llena, mientras yo abro la app del tiempo para confirmar su teoría. Tiene razón. A partir de mañana: sol radiante, vientos suaves y humedad justa. Una previsión de buen

tiempo casi obscena, perfecta para escalar. Cierro la app y dejo el móvil boca abajo.

Llegué tras cerrar un caso en Portugal, todavía arrastrando la fatiga mental como una cadena invisible, y me vine aquí para desconectar, para silenciar esa parte de mi cabeza que nunca duerme. De momento funciona, la roca no juzga. Me quedan diez días para encadenar el proyecto, esa cueva suspendida sobre el agua que parece reírse de mí.

Entonces me percato de que el comentario sobre el inicio de la temporada ha dejado en el aire un eco agridulce. Lo noto en la forma en que Marina ha bajado un poco la voz al terminar la frase. Pablo evita mi mirada durante unos segundos, concentrado de repente en la textura del puré.

—Aunque este año… no lo sentimos igual —dice Marina, finalmente—. La temporada pasada terminó un poco torcida.

Levanto la mirada. Quiero preguntar algo más, pero Pablo toma la delantera. Como si quisiera alejar el aire espeso de golpe, me lanza una pregunta con voz ligera:

—¿Y tú qué harás mañana? Con la que está cayendo ahora, las paredes seguirán mojadas.

—Ya… Aunque salga el sol, la roca va a tardar en secarse. Tendré que esperar.

—Haz turismo, entonces —dice Marina, ya recuperada de su breve paréntesis—. ¿Has ido a Vathy?

Niego con la cabeza. He evitado ese lugar tanto como he podido. Hace unos años la escalada —el mayor atractivo de Kalymnos— fue desplazada por algo mucho más absurdo y surrealista: una maldita búsqueda del tesoro. Todo por culpa del testamento de un local que desató una fiebre turística sin precedentes. Hoy decenas de miles de visitantes —y sus carteras rebosantes— invaden esta isla griega persiguiendo un supuesto tesoro perdido. Yo solo quiero escalar.

—Pues ya estás tardando —continúa Marina—. Te va a encantar. Y si quieres, conozco a un guía majísimo que hará que te enamores todavía más de la isla.

—Venga, algo tendré que hacer mañana.

Suelto el comentario con una sonrisa, pero la cabeza la tengo en otro lugar.

Me levanto para servir un poco más de agua y, mientras el cristal tiembla con los golpes del temporal, no puedo evitar pensar que esa lluvia arrastra algo más que polvo. Como si no solo empezara la temporada de escalada, sino algo que lleva meses esperando bajo la superficie.

4

Llego a Vathy con el casco calentado por la luz directa del sol y el pelo revuelto por el viento. El cielo despejado y el mar en calma desmienten la tormenta de anoche.

La scooter protesta con un chirrido metálico cuando la aparco junto al muelle; está tan vieja y oxidada que a este paso no me va a durar ni las semanas que la tengo alquilada.

El pueblo parece un decorado que alguien olvidó desmontar: casas encaladas apretadas entre sí, gatos que se creen los dueños del puerto y un olor persistente a pescado recién traído. Las persianas abiertas dejan escapar voces, risas y el sonido metálico de cubiertos golpeando platos. Todo tiene ese brillo de postal que se agrieta en cuanto lo miras demasiado de cerca.

Desde lo alto, la cúpula azul de una iglesia ortodoxa vigila el pueblo como si aún dictara las reglas. Aquí, la religión no es solo fe: es estructura, jerarquía, memoria. Cada campanada marca el ritmo de un lugar que no olvida a quién pertenece.

Sigo el camino que baja hacia el puerto y encuentro el local: Kalymnos Panoramic Tours, escrito en letras azules sobre una fachada que ha sobrevivido a demasiados veranos. El cartel promete «experiencias auténticas» y «guías locales apasionados». Suena a eslogan prefabricado, pero si me dejo guiar por la recomendación de Marina, tal vez esta vez haya algo de verdad.

Me detengo en la puerta. En la recepción varios clientes conversan entre ellos, del encargado no hay ni rastro. Sobre el mostrador solo descansan una campanilla oxidada y un ventilador que gira con desgana. Estoy a punto de sacar el móvil para revisar el correo y recordar el nombre de la persona a la que busco cuando alguien abre desde el interior.

Salen quienes parecen los clientes del tour anterior. Ríen como si acabaran de escapar de la rutina, con ese entusiasmo turístico que

huele a protector solar y despreocupación temporal. Entre ellos, una pareja de americanos. Ella, la típica guiri simpática y expansiva, con un tono que parece venir con banda sonora. Me mira un segundo y su expresión se ilumina como si acabara de reconocer a una vieja amiga perdida.

—¡Ay, cariño, tienes que ser la siguiente! —dice en inglés, gesticulando como si intentara venderme una religión nueva—. ¡Tienes que hacerlo! ¡De verdad! Este tour es el mejor que he hecho en mi vida.

Su marido, un tipo con gorra y sonrisa resignada, asiente sin entusiasmo. Ella no necesita apoyo:

—El guía es maravilloso. Se llama Aikos. Te lo juro, es el más amable, el más divertido, el más todo. Sabe absolutamente todo de esta isla, hasta las piedras lo saludan. ¡Tienes que conocerlo!

—Ya tengo reserva —respondo, sin una décima parte de su ilusión.

—Ah, entonces perfecto. Prepárate, porque te vas a enamorar del sitio. Bueno, y de Aikos también, un poquito. —Guiña un ojo y se aleja entre risas—. ¡Pásalo increíble!

La observo marcharse mientras pienso que o el tipo es un genio del turismo o tiene poderes de manipulación colectiva.

Lo veo salir. Camisa de lino color arena, piel tostada por el sol y una calma que parece imposible en un hombre que vive del trato con turistas. Su voz, cuando habla, tiene esa gravedad suave que se clava sin esfuerzo.

—¿Valkiria? —pregunta, sin sombra de duda.

Asiento.

—Perfecto. —Sonríe con una humildad genuina, el tipo de sonrisa que desarma—. Bienvenida a Kalymnos Panoramic Tours. Dame solo un momento y organizo el grupo, ¿sí?

Lo observo mientras revisa una lista con nombres. Cada movimiento suyo tiene una precisión que raya en lo hipnótico, como si siguiera una coreografía invisible.

Por una puerta lateral aparece un hombre corpulento, con barba entrecana y una camiseta demasiado blanca para alguien que trabaja bajo el sol. Huele a salitre, sudor limpio y tabaco de liar: una

mezcla áspera, pero curiosamente familiar. Lleva una toalla colgando del hombro y ese tipo de andar que solo tienen los que mandan sin necesidad de decirlo. Se limpia las manos y me lanza una sonrisa rápida.

—Ah, ¿estás para el siguiente tour? —dice con un acento griego tan espeso como amable—. Bienvenida a Kalymnos. —Me estrecha la mano con fuerza—. Aikos se encargará de todo.

Antes de que alcance a responder, ya se ha girado para gritarle algo en griego a alguien que no veo.

Aikos aparta la mirada de su lista con una media sonrisa.

—No le hagas mucho caso —dice—. Siempre va con prisa, aunque no tenga a dónde ir.

Sin saber por qué, esa frase tan simple me arranca la primera sonrisa del día.

Cuando ya estamos todos a bordo de una de las ocho lanchas idénticas de la empresa, nos alejamos del puerto de Vathy con lentitud, como si no quisiéramos romper la calma líquida de la mañana. Voy sentada en proa, el sol griego en la espalda, la brisa que aún no huele a mar abierto. Aikos va de pie, apoyado en la barandilla como si fuera el anfitrión de un viejo barco de exploradores, con un entusiasmo genuino que no se compra. Parece ser de esas personas que se apasionan hablando de lo suyo, y lo suyo, claramente, es esta isla.

Nada más dejar atrás la dársena, arranca su monólogo con tal entusiasmo que casi apetece contestarle, aunque no nos esté preguntando nada.

Aikos traza el recorrido antes de empezarlo: nos enseñará las calas escondidas de la bahía, las que solo conocen los locales. Una de ellas solo se puede alcanzar nadando durante la marea baja. Otra tiene forma de medialuna, tallada en mármol erosionado. Y una más está cubierta por una arena tan fina que parece harina de arroz.

Cada curva que doblamos entre los acantilados abre una nueva postal. Vathy se desdibuja tras nosotros y la roca cambia de color con la luz: de ocre húmedo a gris plata, de ahí a un dorado casi melancólico. Aikos se detiene frente a una cueva tallada en la roca, que apenas se adivina desde el agua. Nos cuenta que hay más de

veinte como esa, algunas sumergidas, otras ocultas entre la maleza. Que hay una, más adelante, en la que muchos creen que es donde se esconde el famoso tesoro de Panayotis, aunque no se haya encontrado todavía. Menciona el tesoro con voz burlona, pero en el brillo de sus ojos se nota que lo ha buscado.

No lo dice, pero es evidente que más de uno en la lancha está aquí por eso. No por las vistas ni las cuevas: por la posibilidad de que el mar aún guarde algo enterrado, esa leyenda que en la actualidad trae a más de la mitad del turismo de Kalymnos.

Cada tanto pregunta de dónde venimos, qué esperamos ver, si ya conocíamos la historia de los buzos de esponjas. Se interesa de verdad, no es cortesía. Creo que de todos los que estamos aquí, el más feliz con este recorrido es él.

Aunque no soy fan de los tours, hay algo en su voz, en su forma de señalar el horizonte y nombrarlo como si fuera un poema aprendido de memoria, que me hace bajar la guardia. Kalymnos me ha recibido con los brazos abiertos. Aikos también.

Tras un rato ya en mar abierto, descendiendo hacia el sur, el agua está tan quieta que parece contener la respiración. Aikos habla de las formaciones rocosas del sur de la isla, de cómo el viento y la sal moldearon cuevas que los lugareños usan como refugio para las barcas. Su voz tiene un ritmo constante. El grupo le escucha encantado, como si fuera un guía salido de un documental. Por una vez, no me es complicado concentrarme en el paisaje. La voz del guía evita que mi mente comience a divagar.

Y entonces una exclamación aguda rompe el ambiente.

—*Oh my God!* —grita una de las mujeres del grupo, con el tipo de tono que convierte cualquier cosa en un drama televisivo—. ¿Qué es eso?

Todos giramos la cabeza hacia la derecha. Algo flota a una docena de metros, arrastrado por la corriente. Al principio parece solo un trozo de red o una bolsa hinchada por el agua. El sol rebota en la superficie y hace imposible distinguir los detalles.

Aikos entrecierra los ojos, incómodo con la interrupción.

—Probablemente basura —dice con una voz tranquila, la misma que usaría para calmar a un niño.

Pero la mujer no se calla.

—No, no, mira bien. ¡No es basura, se mueve!

El resto del grupo empieza a murmurar. Los móviles aparecen, como si grabar algo desconocido lo hiciera más real. Yo, en cambio, siento cómo se me tensa el estómago.

Lo reconozco. No el objeto, sino el tipo de silencio que empieza a formarse alrededor. Ese silencio en el que todos fingen calma mientras su cerebro busca una explicación que no duela.

El viento cambia y el bote se balancea con suavidad. El bulto se aproxima. Ya no parece una bolsa. Ni una red.

Alguien comenta que podría ser una boya. Otro, que tal vez un pez grande muerto. Aikos se rasca la nuca y su sonrisa profesional se resquebraja.

Intento apartar la mirada, pero no puedo. La forma se define. Suspiro al ver que no hay error posible.

«No puede ser. ¿Es que una no puede irse tranquila de vacaciones?».

—¿Podemos acercarnos? —pregunta alguien, emocionado, como si esperara ver un tesoro.

Aikos duda. Miro su perfil y veo la vacilación cruzarle los ojos antes de hablar con el capitán de la lancha. Intercambian unas palabras en griego, cortas, tensas. Luego el motor se enciende con un rugido breve y la embarcación gira lentamente hacia el objeto.

El grupo se agolpa a un lado, los móviles listos. El aire huele distinto ahora, como si el mar mismo contuviera algo que preferiría esconder.

Aikos da un paso adelante y alza la voz.

—Por favor, no os asoméis demasiado, no vayamos a tener un náufrago.

Aunque su tono pretende sonar cómico, el rostro está tenso.

El sol golpea el agua justo cuando llegamos lo bastante cerca. Las sombras se disipan, la figura se detiene a unos metros del casco. Y entonces lo distingo con claridad. Un brazo. Pálido, hinchado, flotando como si saludara a alguien que nunca respondió.

El murmullo del grupo se quiebra. Alguien grita. Dos personas se desploman.

Y yo, inmóvil.

5

El inspector de la Policía vomita por encima de la barandilla del espigón. Un sonido seco, seguido de una bocanada que huele a resina, miedo y mar. A su lado, un agente de la Hellenic Coast Guard le pasa un botellín de agua sin decir nada, como si ya estuviese acostumbrado a que el jefe devuelva el desayuno cada vez que hay un cadáver de por medio.

La imagen del cadáver flotando aún se pega como salitre en mi memoria. Un cuerpo en avanzado estado de descomposición que llevaba semanas —quizá meses— en el agua.

Una mujer gritó, otra se desmayó, alguien vomitó —muy estúpidamente— dentro del barco. Aikos, el guía que estaba a mi lado, se quedó mudo. Tan mudo que me pareció otro. Tardó casi un minuto en reaccionar. Luego sacó su radio, llamó al servicio de guardacostas y volvió a guardar silencio. No me miró ni una vez, como si al mirarme reconociera que aquello era real.

La Hellenic Coast Guard llegó antes de que nos diera tiempo a sacar conclusiones. Tres motos de agua y una lancha militar. Recuperaron el cuerpo con eficiencia, lo introdujeron en una funda negra y nos indicaron que volviéramos al puerto con ellos. Luego una lancha comenzó a patrullar los alrededores en busca de más restos. Por el momento, sin éxito.

La Hellenic Coast Guard llegó antes de que nos diera tiempo a sacar conclusiones. Tres motos de agua y una lancha militar. Recuperaron el cuerpo con eficiencia, lo cubrieron con una manta blanca y nos indicaron que volviéramos al puerto con ellos. Luego una lancha comenzó a patrullar los alrededores en busca de más restos. Por el momento, sin éxito.

Una hora más tarde de la aparición del cadáver, llegó la Policía de Kalymnos a Vathy.

Junto a ellos, el inspector, aún con el estómago revuelto tras

vaciarlo hace un momento. Se enjuaga la boca y escupe al mar con más resignación que asco.

No hace falta que entienda griego para saber que se disculpa. Por vomitar, por estar ahí, por no estar preparado.

Cuando un joven uniformado se le acerca, lo llama con un título formal —eso sí lo capto—, pero el inspector lo interrumpe con un gesto amistoso. Y suelta la palabra «Nikos», quizás es su nombre. Su tono es de quien conoce a la mitad de la isla desde que gateaban. Uno de los suyos.

Tiene cincuenta y muchos, piel ajada por el sol, polo azul marino con el cuello vencido por el sudor. La pinta de un tipo afable, de los que organizan barbacoas para todo el barrio y juegan al *backgammon* con los jubilados de la plaza.

Me acerco apenas unos pasos, lo suficiente para captar el carácter de la conversación, aunque no las palabras. Los agentes de Hellenic Coast Guard le hablan con frases cortas, contenidas, como si no quisieran sobrecargarlo. Nikos escucha con la mirada clavada en el suelo y asiente muy despacio, pasándose la mano por la frente como si quisiera borrarse de la memoria lo que acaba de ver.

Entre arcada y arcada, susurra algo que uno de los guardacostas repite con una expresión sombría. Por su voz apagada, deduzco que no era una orden. Es una frase suelta, una que parece arrastrar más peso del que suena.

Kalymnos no es una isla donde suelan aparecer cuerpos flotando en las calas.

El grupo de policías sigue hablando entre ellos. Nadie me presta atención. Supongo que asumen que soy solo una turista con cara de haber visto demasiado. No entienden que esa cara ya venía conmigo de serie.

Cruzo los brazos. El sol me castiga la nuca y el viento me empuja el hedor del cuerpo hasta los pulmones. Aikos está a unos metros, de pie, con las manos en los bolsillos. Mira fijamente la bolsa blanca con la cremallera abierta donde han guardado el cadáver. Su expresión es indescifrable. Rígida. Más de lo normal. Como si se obligara a no moverse para no venirse abajo.

Estoy la primera en el círculo improvisado que se ha formado

alrededor del cadáver. Ni una cinta. Ni una señal. Ni siquiera un policía marcando distancia. Solo gente. Turistas con fundas impermeables del móvil colgando del cuello y ojos desorbitados, murmurando mientras hacen fotos. Un agente intenta apartarlos con gestos cansados, sin dejar de hablar por teléfono. Otro fuma a dos pasos del cuerpo. Alguien pregunta en voz alta si esto retrasará la excursión en barco y nadie parece tener una respuesta.

El cadáver yace hinchado, la piel ha perdido toda noción de color. En vez de cuerpo, parece una vela derretida. El rostro está tan deformado que cuesta decidir por dónde empezaría uno a identificarlo. Aun así, algo en el tamaño, en su neopreno —lo que queda de él—, en la forma de las manos… me dice que es una mujer.

Tiene puesto un cinturón de buceo. Uno de esos que llevan plomos para poder hacer apnea sin que el cuerpo salga a flote a la mínima. Un cinturón que solo sirve para una cosa: hundirte.

Hay una cuerda también. O lo que queda de una. Está anudada al cinturón, deshilachada en su extremo, como si alguien o algo la hubiese roto a la fuerza.

Una voz a mi espalda atraviesa el murmullo. Es la misma mujer que gritó cuando lo vimos flotar. Su inglés es perfecto, británico. Pregunta en voz alta si alguien sabe quién es.

El inspector alza la cabeza y se adelanta medio paso. Sorprende la naturalidad con la que responde. No solo porque entienda el inglés, sino porque lo dice como quien está comentando el tiempo con la pescadera del pueblo.

—Irreconocible —dice—. Tendremos que esperar a que la científica confirme con ADN.

Miro la foto en mi móvil. Es de una mujer de mi edad, sonriente, bronceada, con ese aire despreocupado de quien vino a esta isla a desconectar, igual que yo. Solo que ahora está a mis pies, convertida en algo que se parece más a un cuerpo extraño que a un ser humano.

—Es Molly, la mujer que desapareció en noviembre del año pasado.

Mi voz rompe el cuchicheo que hasta entonces era incesante.

—Eso es lo que todos pensamos —responde el inspector, con una amabilidad que me sorprende—. Pero no podemos confirmarlo todavía.

No hay soberbia ni impaciencia. Solo el tipo de templanza que se cultiva en islas donde no pasa nada durante años, y cuando algo pasa, todos quieren creer que es un error.

—La identificación la hará el laboratorio —añade, como si de verdad creyera que ese cadáver podría pertenecer a otra persona.

No digo nada. Solo le acerco la pantalla de mi móvil. Una publicación de hace cinco meses. Molly en la cubierta de una barca, sujetando una botella de buceo por encima de la cabeza como si acabara de ganar una competición. Lleva un anillo en el dedo índice: una banda plateada, gruesa, con un relieve que se distingue incluso con el reflejo del sol.

—Es el mismo —digo, y apunto a la mano del cadáver.

Ahí está. Un anillo idéntico. Mismo dedo, mismo diseño. Solo que ahora el dedo está amoratado y blando como una fruta pasada.

Nikos no dice nada de inmediato. Inclina la cabeza, observa la pantalla, luego la mano. Repite el gesto una vez más, como si necesitara asegurarse de que lo que está viendo es real. Luego me mira con una expresión distinta. No es desconfianza, ni hostilidad, es otra cosa, algo más parecido a respeto.

—Vale… Esto cambia las cosas —dice en voz baja.

No soy la única que lo ha notado. Aikos, enfrente de mí, también lo ha visto. O mejor dicho: lo había visto antes que yo. Lo noté en el leve movimiento de su cuello cuando saqué el móvil, en la forma en que apretó los labios justo antes de que hablase. Como si hubiese estado a punto de hacerlo él, pero se hubiera arrepentido.

El inspector pide que nos acerquemos por grupos. Primero a mí. Luego a los otros pasajeros del tour. Tiene un cuaderno, como si fuese una serie de televisión de los ochenta, y anota con letra grande y recta. Me pregunta qué vi, si tomé fotos, desde dónde creí ver el cuerpo por primera vez. Me escucha con paciencia, sin interrumpirme.

—¿Nombre completo? —dice sin levantar la vista.

—Valkiria Kross.

El boli se detiene. Me observa con curiosidad.

—¿Profesión?

—Detective privada.

El silencio que sigue es de digestión lenta. Como si esa frase necesitara recorrerle todo el cuerpo antes de que pueda reaccionar. Me preparo para el gesto escéptico, para la risita burlona o el comentario paternalista. Pero nada de eso llega.

Lo que llega es alivio.

—¿No me diga? —dice, después de soltar una palabra de alegría en griego—. No tenemos ni idea de cómo se hace esto. Nunca habíamos tenido… esto.

El «esto» no necesita definición. Está a sus pies. Dentro de una bolsa blanca, con un anillo en el dedo y un pasado que regresa impregnado de salitre.

—Lo que pueda aportar será bienvenido.

Lo dice en serio. No hay protocolo ni barreras. Solo un hombre con más buena voluntad que experiencia, dispuesto a aceptar ayuda aunque venga en forma de extranjera con los hombros quemados y móvil en mano.

Y yo, que venía aquí a desconectar, ya empiezo a sentir que mis vacaciones están oficialmente canceladas.

—Agradezco la confianza, inspector Manetas —digo leyendo la placa de su uniforme—, pero estoy de vacaciones. Escalada, mar, *moussaka*… Ya sabe, cosas normales. Lo mío son los casos con sospechosos, no cuerpos arrastrados por la marea.

Intento sonar casual, fingiendo una sonrisa. Pero él ni siquiera pestañea. Solo asiente, igual que si no hubiera escuchado una sola palabra de las que acabo de decir.

—La guardia costera… está rastreando el área, por si aparece algo más —dice, y se aclara la garganta—. Han marcado la zona donde flotaba el cuerpo, sí, y… bueno, mandarán un equipo de buzos esta misma tarde. Aunque, con la tormenta de anoche…

Deja la frase en el aire. La completa con un gesto que significa «todo ha cambiado de sitio».

—Podría venir de cualquier parte —respondo por él.

—Sí… exacto. Aunque es poco probable que encuentren algo

más —añade, intentando sonar firme, pero se le escapa una pausa —. En cuanto a la identificación… he contactado con la central de la Hellenic Police. Ellos… mandarán un especialista forense para examinar el cuerpo. Puede que venga de Kos. O de Rodas, depende. Eh… según el protocolo, harán el análisis completo: autopsia, signos vitales, heridas… toxinas. Todo eso.

—Ya. Bueno, le recuerdo que no debería compartir esa información conmigo, se trata de una investigación abierta y no soy una consultora oficial del caso —respondo, arqueando una ceja—. Ni siquiera me ha pedido una acreditación.

El inspector sonríe, como si esa observación solo confirmara que ha hecho bien en confiar en mí.

—Entonces será mejor que me la enseñe cuando la tenga a mano, detective. Ah, y llámeme Nikos, nada de inspector Manetas.

Me dan ganas de decirle que no soy su detective, que solo vine a colgarme de rocas y perderme en el mar. Pero sé que sería inútil. Este hombre ha decidido que soy valiosa, y con la calma testaruda de quien ha pescado toda su vida, no va a soltar el anzuelo solo porque el pez diga que no quiere morder.

Cuando termino de declarar y firmar el papel que él mismo redacta a mano, busco a Aikos con la mirada. Está cerca del espigón, en cuclillas, mirando al agua como si el mar le fuera a dar respuestas.

Me acerco.

—¿La conocías?

Tarda dos segundos más de lo normal.

—Solo de vista, hizo un tour conmigo —dice sin apartar los ojos del agua—. Vino la temporada pasada.

No hay mentira en sus palabras. Tampoco hay verdad completa. Es el tipo de respuesta que uno da cuando sabe que decir más lo complicaría todo.

Lo dejo ahí. No tengo interés en seguir cavando, no quiero llegar a tener una razón para involucrarme en este accidente. Porque eso es lo que es, un accidente. Al menos me convenzo de que es así.

Cuando todo termina —o más bien, cuando nos dan permiso para fingir que ha terminado—, me aparto.

Me desato los cordones con una lentitud innecesaria y me dejo caer en el primer sitio que encuentro. Una parte de mí quiere cerrar los ojos y convencerme de que nada de esto ha pasado. Que no he visto un cadáver, que no he reconocido un anillo, que no me han pedido ayuda.

La otra parte… la otra ya está repasando mentalmente la cuerda cortada, el cinturón con plomos, la pausa extraña en la voz de Aikos.

Y eso me fastidia.

Porque ya estoy dentro.

Cuando quería quedarme fuera.

6

El menú de fin de semana no promete milagros, pero me sirve. Albóndigas de pulpo, ensalada de alcaparras con higos secos y *mizithra* desmenuzada. Pan de pueblo tostado con aceite infusionado en limón y hojas de alcaparra. Solo quiero sentarme y comer procurando que la imagen del cadáver no me indigeste.

Elijo una mesa en la terraza que da al puerto. Las sillas son de plástico blanco amarillento, castigado por el sol hasta volverse casi gris. Las mesas cojean como si también hubieran escalado media isla. A mi lado, una jardinera oxidada alberga más colillas que flores, y aun así el sitio tiene encanto. A juzgar por las fotos en la carta el chef es, o bien un experto en Photoshop, o un maestro del encuadre. Pido también una limonada con menta, servida en un vaso tan rayado que parece reciclado de una taberna de los ochenta. La camarera me sonríe con esa mezcla de simpatía y lentitud que parece venir de serie en estas islas.

Desde mi mesa, todo parece en pausa. El mar se arruga apenas con el viento, los barcos de pesca se balancean como si cabecearan al ritmo de una canción que solo ellos escuchan. Las cuerdas de los mástiles tintinean suavemente y la bandera griega ondea en varias embarcaciones como si quisiera recordarme que este rincón del mundo es suyo. Montañas secas, casas encaladas y, al fondo, una pequeña iglesia ortodoxa blanca trepando la colina como una cabra testaruda.

Me saco las sandalias y dejo que mis pies toquen el suelo de piedra, todavía templado por el sol de la mañana. Cierro los ojos un instante. Mi cuerpo se hunde en la silla como si supiera que aquí, por fin, puede soltarse. No hay nadie que me mire. Nadie que me reconozca. Nadie que me exija ser más que una mujer sentada frente al mar, con hambre y con ganas de olvidar el mundo.

Hoy no soy detective. No soy la de las portadas, ni la de las

preguntas incómodas. Hoy soy solo Val. Y he decidido que voy a quedarme aquí un poco más.

Al rato, la camarera me trae el primero. Las albóndigas están crujientes por fuera y suaves por dentro. Me hace gracia que estén servidas en una fuente decorada con dibujos de sirenas gorditas, como si fueran las matriarcas del Egeo.

Mientras como no puedo evitar escuchar la conversación de la mesa de al lado. Dos chicos, treinta y pocos, piel quemada por el sol, manos de escalador y acento que no logro ubicar. Parecen turistas que llevan ya algunos días en la isla, lo suficiente como para hablar con propiedad y meter la pata justo después.

—… Una locura lo del cadáver —dice uno—. Dicen que llevaba meses ahí. ¿Tú sabes lo profundo que debía de estar para que hiciera falta una tormenta como la de anoche para sacarlo a la superficie?

—Seguro que ahora a alguien se le ocurre enlazarlo con el tesoro escondido ese que dicen que está oculto en el mar de la isla. Siempre lo hacen. Al parecer, no tienen suficiente con los turistas que vienen por la roca.

—¿Lo del buzo viejo? ¿El que dejó pistas en su testamento?

—Eso, sí. Tonterías. El testamento de ese hombre salió hace tres años. Si de verdad hubiese un tesoro, ya lo habría encontrado alguien.

Entonces, la voz de un hombre que pasaba de largo irrumpe. No por el volumen, sino por la gravedad con la que cae.

—No deberíais hablar de cosas que no entendéis —dice el hombre, con un inglés refinado, salpicado de un leve acento griego.

Los chicos se giran, sorprendidos. Uno se ríe por compromiso, el otro se queda mudo, como si no supiera si le están riñendo o invitando a pelear.

Sin esperar respuesta, el hombre apaga el cigarro en la jardinera y continúa con una lentitud meditada. Entra al restaurante sin volverse, arrastrando el polvo con las sandalias y dejando que la camisa, abierta hasta el ombligo, flamee detrás de él como la bandera indolente de una isla que se gobierna sola. Segundos después se sienta en la barra, probablemente en el taburete de

siempre. Se acomoda como si fuera suyo.

Cuando la camarera regresa con el segundo plato, no puedo evitar preguntarle.

—¿Quién es?

Ella sonríe como si ya esperara la pregunta.

—Kostas —dice con tono de quien presenta a un personaje mitológico—. Todos lo conocen. Nació aquí, en Kalymnos, aunque hasta hace unos años había vivido siempre fuera.

—¿Y por qué tanto respeto?

La camarera se encoge de hombros, como si no necesitara responder, y se va antes de que pueda sacarle más información.

Vuelvo la vista hacia Kostas. El tipo parece una roca incrustada en medio de un mar agitado.

Tomo un bocado de la ensalada. El sabor es denso, salino, dulce. Como si Kalymnos hubiese decidido resumirse en una receta.

Cuando termino de comer, la curiosidad puede más que el postre. Me levanto despacio, como si no quisiera asustar a mi propio impulso, y entro al restaurante. Los dos turistas ya se han ido. La barra está casi vacía. Solo él. Mismo taburete, mismo *frappé*. La camisa ondea ahora con ayuda del ventilador de techo. Me siento un par de taburetes más allá, a una distancia prudente. Lo observo por el rabillo del ojo.

—¿Puedo invitarte a otro? —le digo señalando su vaso.

No me mira de inmediato. Da un sorbo, largo, como si considerara la propuesta en lo que dura el trago. Luego asiente, con un gesto apenas perceptible.

—¿Entonces tú sí crees que lo del tesoro es real?

Ahora sí me mira. Los ojos grises, sin brillo, como guijarros mojados.

—Real es. Que alguien lo encuentre ya es otra historia.

—¿Y cómo estás tan seguro?

Kostas no responde enseguida. Se gira un poco en el taburete, toma otro trago y deja el vaso con suavidad.

—Porque no es una leyenda. El testamento existe. Lo dejó claro: «Mi posesión más preciada. Esa la escondí hace diez años, la última vez que mis pulmones se llenaron de sal y sol, la última vez que

descendí al azul profundo… Quienquiera que la encuentre, será suya».

—¿Y nadie lo ha encontrado aún?

—Han buscado, vaya si han buscado. Desde hace años. Buceadores, aficionados, algún loco con más ambición que aire en el tanque. Todos fallan en lo mismo: no saben dónde fue esa última inmersión.

—¿No lo anotó?

—Sí. En su diario. Pero arrancó la última página. La única que importaba.

Me echo hacia atrás en el taburete y lo estudio. No parece el típico viejo parlanchín con ganas de inventar cuentos para turistas. Hay algo en su voz, en la manera en que mide las palabras, como si las llevara años masticando antes de atreverse a soltarlas.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

Kostas me sostiene la mirada. Esta vez, sin rodeos.

—Lo sabe toda la isla. De todas formas, Panayotis era mi tío.

Mi ceja se arquea sola. Durante un segundo, no sé qué decir. Con estas leyendas, uno siempre da por hecho que sus protagonistas no pertenecen al mundo real.

—¿Y tú no lo has buscado?

Se encoge de hombros. Un gesto que no encaja con la historia, ni con la importancia que parece tener todo esto.

—No. Nunca me interesó.

—¿Por qué?

Entonces me lanza una mirada que es más un portazo que una respuesta.

—Algunas cosas, si las entiendes de verdad, ya sabes que no están hechas para encontrarse.

Silencio.

Vuelve a su *frappé*. Como si la conversación hubiera terminado, como si ya hubiese dicho suficiente. Y probablemente lo ha hecho.

Pero para mí, esto no ha hecho más que empezar.

7

El viento de la tarde me arrastra como un soplo tibio mientras conduzco la scooter por la carretera costera. El mar a mi izquierda parece una bandeja inmensa de vidrio azul. Está en calma, como si no acabara de escupir un cadáver esta mañana.

He ido a escalar por la tarde. La roca ya se había secado de la tormenta de anoche y necesitaba que mis músculos dijeran algo que no fuese «piensa» o «mira el cadáver flotando boca abajo». Algo simple. Algo como: «aguanta», «estira», «sube». Me ha recordado por qué había venido a Kalymnos. Y no era por los ahogados, desde luego.

Desde octubre del año pasado no he tenido tregua. *El Juego de Formosa*, el libro que Jac Ros escribió sobre mi última investigación seria, salió justo antes de Halloween, y lo que vino después fue una peregrinación de aeropuertos, hoteles y más sellos en el pasaporte que horas de sueño. Enganché un caso tras otro como si no me estuviera permitido dejar de ser útil. Como si detenerme implicara romper algo que no sé cómo reparar.

Navidad me pilló en Roma, trabajando. Max había insistido en que regresara a Valencia para pasarla con él. Solo dos horas en avión, decía. Le respondí que no podía. No le dije que no quería. Sabía que, de ir, las probabilidades de encontrarme con mi padre serían mucho mayores que si las pasaba sola. Y las pasé sola.

Jac coincidió conmigo en dos de esos países. Ni siquiera nos pusimos de acuerdo. Apareció en Londres durante la promoción del primer libro, y luego nos cruzamos en Kuala Lumpur. Ya no necesita hablar conmigo para documentarse, sabe retratarme a la perfección. Y eso hace que, irónicamente, sea una de las personas que mejor me entiende. A veces me da miedo que sepa más de mí que yo. Y que encima lo venda con tapas duras y descuento por Navidad.

Ahora, por fin, me había dado unas vacaciones. Diez días sin

crímenes. Esa era la idea.

Y sin embargo, ese maldito cadáver flotando en el mar de esta mañana tenía otros planes para mí. Estaba haciendo algo que nunca hacía. Rezar. Rogar por que fuera un accidente. Trágico, sí. Simple, ojalá.

Doblo la curva del acantilado con cuidado. El sol me da de lleno en la cara justo antes de esconderse. Es ese momento del día en que todo parece más bonito y falso. El mar se tiñe de naranja, las casas blancas de los pueblos pesqueros parecen maquetas. Y yo estoy aquí, sobre una scooter alquilada que tiembla a más de cuarenta por hora, pensando en una muerta que no me corresponde.

Pero algo en mí ya sabe que sí me corresponde. Que esto no es una coincidencia. Que, por más que huya, los casos me encuentran. Y que este, con su mezcla absurda de crimen y leyenda, me va a arrastrar al fondo aunque yo no quiera.

Cuando aparco la scooter frente al alojamiento, el cielo ya se ha teñido de azul oscuro. Me apeo con las piernas entumecidas y la cara helada por la brisa marina. A pesar del calor del día, las noches en Kalymnos son traicioneras. Desciendo por la rampa hasta mi puerta y entro en el amplio sótano que es mi apartamento para estos días.

Después de una ducha y enfundarme mi pijama grueso, subo al salón.

—¡Ya estás aquí! —dice Marina desde el salón—. ¿Qué tal la escalada?

En su sonrisa fingida detecto que ya lo sabe. Toda la isla lo sabe. Pero quiere alargar un poco más el tema inevitable.

—Algunas partes de la roca seguían un poco húmedas, pero bien.

El salón huele a tomillo. En la mesa están los restos de una lata de *natto*, soja fermentada japonesa que, por algún misterio insondable, le agrada al gusto de una malagueña. Cuando yo lo probé en Tokio tuve que escupirlo. A su lado un mar de papeles —muchos en griego—, que pueden llevar a cualquiera sesenta años en el pasado. Material que, según Marina, se está convirtiendo en el

corazón de su próxima novela.

—¿Y Pablo?

—Ha ido por la tarde a probar su nuevo dron. Luego tenía cena con un amigo que ha llegado hoy a la isla. Lo ha ido a recoger al puerto —dice mientras ordena mínimamente sus papeles—. ¿Has… has sabido algo más?

—Lo que todo Kalymnos grita es cierto. Ha aparecido un cadáver en el mar.

Marina se detiene en seco. Parpadea como si no hubiese querido escuchar lo que ya sabía.

—Mierda… —murmura, bajando la mirada—. ¿Se sabe… se sabe su nombre?

Me extraña esa pregunta tan específica, como si tuviera fichados a todos los turistas que pisan la isla, pero respondo igual.

—Todavía no hay confirmación de ADN, pero todo indica que es Molly Bennett, una chica que desapareció la…

No logro terminar la frase, el rostro pálido y la expresión abatida de Marina me frenan. Quiero saber el motivo de su reacción, pero dejo que sea ella quien rompa el silencio. Durante unos segundos no hay nada más que el sonido del frigorífico y las cigarras colándose por la ventana abierta. Marina se deja caer en el sillón enfrente de mí.

—Aunque solo estuvo aquí una semana antes de la… desaparición… Era… era un amor.

La conversación de anoche, esa mención suelta de que la temporada anterior terminó mal… La víctima se había alojado en esta misma casa. Dormido en la misma cama donde ahora yo intento cerrar los ojos cada noche. Imaginar su cuerpo, su calor, su respiración hundida en ese colchón… Me eriza la piel. Como si su sombra aún estuviera allí, deslizándose entre mis sábanas. Como si mi descanso de estos días hubiese sido un préstamo procurado por alguien que ya no puede reclamarlo.

—Tendría tu edad, estaría llegando a la treintena —continúa Marina—. Encantadora, educada, creativa. Todo el día dibujando en la terraza, con la tablet o en una libreta. A veces la veía perderse en el paisaje durante horas, como si no necesitara más que una roca,

un café frío y una brisa.

—¿Estaba sola?

Dado que el tema ha salido natural y Marina parece más entera, no le haré ascos a información gratuita. Aunque hay una parte de mí que preferiría mantenerse lo más lejos posible del asunto.

—Sí. Era ilustradora independiente. Viajaba por el mundo mientras trabajaba en encargos, exposiciones, colaboraciones… Estuvo en Lisboa, en Barcelona, en algún sitio de Japón que no sé pronunciar. Siempre iba ligera, como si no esperara quedarse mucho tiempo en ninguna parte.

Las similitudes que comparto con ella hacen que un escalofrío me recorra el cuerpo. Me imagino su silueta en la terraza, en la misma silla donde desayuné esta mañana. El cuaderno en las rodillas, la mirada perdida entre montañas.

—Cuando la desaparición… ¿la buscaron sus padres?

—Sí, pero tampoco como yo habría esperado. Ni siquiera vinieron a la isla. Colaboraron con la Policía en todo lo que necesitaron. Nada más. Hicieron lo justo. Está claro que no tenían una relación muy fuerte, pero yo tampoco soy nadie para juzgar, elegí una vida sin hijos a propósito.

—¿Y la Policía qué hizo?

—Lo que pudieron, teniendo en cuenta que nunca se habían encontrado con algo así. Mandaron a la Guardia Costera y trajeron equipos de buceo. Durante casi tres semanas rascaron cada metro del mar, interrogaron a medio pueblo, incluso a Pablo y a mí. Pero nada, ni una pista. Solo sus cosas en la habitación, todo intacto, como si se hubiese desvanecido. Al final, muchos pensaron que simplemente se cansó, cogió un ferry y se fue sin avisar. Pero nosotros sabíamos que no. Molly no era así. Ni siquiera se llevó su tablet.

No sabía cómo decir con tacto lo siguiente, así que lo solté sin más.

—Dado el estado del cuerpo, la causa de la muerte fue ahogamiento, y ha permanecido bajo el agua todo este tiempo. Es lo único que justifica que no se haya sabido de ella en estos meses. Entiendo que no viajaba con su propio equipo de buceo. ¿Sabes

dónde lo alquiló?

Marina alza las cejas, sorprendida por la pregunta.

—Supongo que a Makarios.

—¿Makarios?

—Sí, el dueño de Kalymnos Panoramic Tours. La empresa que te recomendamos para el tour de esta mañana, con Aikos. Aunque está claro que no fue…

Por unos segundos dejo de registrar sus palabras. KPT. Otra vez Aikos. Ya tenía dos indicios que apuntaban a ese chaval de carisma y pasión deslumbrante. ¿Acaso esa inocencia y torpeza era fingida? ¿Una forma de prevención en caso de que el cadáver apareciera?

Había visto su mirada fija en el anillo de Molly. Lo reconoció de inmediato. Sabía quién era, por mucho que luego él negara una relación más allá de guía y cliente. Me había mentido. Y aquí aparecía su nombre de nuevo.

La brisa que entra por la ventana ya no refresca. Solo me enfría la espalda.

—¿Tú crees que fue un accidente? —pregunta Marina de repente.

—Es lo más probable —respondo, aunque ni yo misma me lo termino de creer.

—Pero… si no lo fue… Si alguien le hizo algo…

Me paso una mano por el cuello, como si pudiera soltar la presión que me sube por la espalda. Odio lo que voy a decir. Me obliga a aceptar lo inevitable.

—Si se confirma que fue un asesinato… —Respiro hondo—. Lo investigaré.

Marina me mira como si acabara de prometerle que le devolveré la vida a Molly.

—Vale —asiente al fin, bajando la voz, como si dudara si creerme.

Yo también.

La vibración del móvil en mi bolsillo me saca del momento. Es un número griego que no tengo guardado.

—Valkiria, ¿te pillo en buen momento?

Reconozco su voz. «¿En qué momento ese hombre había

conseguido mi número?». Estaba claro que no era tan mal investigador como se hacía ver.

—Inspector. No, supongo que no.

—Te hago resumen de la situación.

Vacío los pulmones en un gran suspiro, pero no llego a detenerlo.

—La Guardia Costera no ha encontrado rastro. Hemos seguido el protocolo: rastreo por superficie, revisión de las corrientes. También tenemos a los buzos cubriendo la zona del acantilado, pero por la noche ya no pueden hacer nada. Mañana volverán.

—¿Hay alguna posibilidad de que aparezca algo más?

La pregunta se me escapa de los labios.

—Siempre. A veces el mar devuelve cosas cuando le da la gana. Puede ser en dos días o dentro de cinco meses, como esta chica. El forense llega mañana por la mañana, a primera hora. Cuando esté aquí, haremos la extracción para el ADN y mandaremos la muestra a Reino Unido. Ya hemos contactado con la embajada, por si acaso. Pero hasta que no tengamos confirmación oficial, no haremos público el nombre. Lo último que quiero es que los padres se enteren por la prensa.

Varias preguntas más me surgen, pero estas sí que las aguanto. Si el inspector está esperando a que diga algo, no le satisfago.

—Me temo que eso es todo —dice al fin—. Te mantendré informada.

Un nuevo silencio nos rodea, hasta que al final la presión me puede.

—Está bien.

No tengo pruebas. Igual lo imagino. Aun así, sé que el inspector sonríe al otro lado. Se despide y cuelga.

De vuelta en el salón, Marina me mira en busca de respuestas. Yo desvío la vista al gran ventanal. La noche se cierra por completo. Afuera, las cigarras han enmudecido.

Y el mar, al fondo, sigue callando secretos.

8

Desayuno en una terraza de Mirties, con vistas a Télendos, esa mole de piedra que flota frente a Kalymnos como un secreto a medio enterrar. Está tan cerca que casi podría lanzarle las migas del pan. Dicen que fue parte de la isla principal hasta que un terremoto la partió en dos. Hoy está ahí, inmutable, sin coches, sin ruido, solo su montaña pelada y un puñado de casas blancas amontonadas. A mi lado, el café humea con más intensidad que mi interés por socializar. Y la tostada huele a gloria. Me echo hacia atrás en la silla y abro el libro que tengo en las manos. No es cualquier libro. Lo escribió Jac, pero la protagonista soy yo. Leerlo en público se siente como masturbarse en mitad de una iglesia: incómodo, innecesario y, para colmo, un poco adictivo.

El Juego de Formosa. La editorial me lo había enviado hacía meses, pero hasta ahora no me había atrevido a abrirlo. Ni siquiera participé en la fase de edición; confiaba en que Jac no se inventaría eventos que no sucedieron. El texto está bien escrito, tanto que da rabia. Ese cabrón me caló hasta los huesos en menos tiempo del que yo tardo en subir la guardia con un desconocido.

Paso de página justo cuando escucho que alguien dice un nombre: «Makario». Alzo la vista por instinto. Está en la barra, pidiendo un café. Mismo sombrero ridículo de las fotos de su web, misma voz de hombre que se cree simpático por hablar alto. Lo ha llamado una mujer. Él se gira, sonríe, responde algo que no alcanzo a oír. Pero ya da igual. Mis sentidos ya están despiertos.

Es el propietario de Kalymnos Panoramic Tours y, según Marina, quien le alquiló el equipo de buceo a Molly. Y ahora, casualmente, está aquí. ¿Destino? ¿Coincidencia? ¿O la vida intentando arrastrarme otra vez a su maldito juego?

Resoplo. Muerdo la tostada sin ganas. Esto era un descanso. Venía a escalar, sudar, dormir sin pesadillas. Pero no. El universo

tiene otros planes para mí. Y lo peor es que no sé decir que no cuando el misterio llama a la puerta con guantes de neopreno y olor a salitre.

Me maldigo en silencio mientras doblo la esquina de la página. Justo estaba por llegar al primer bache de la novela. Qué apropiado.

Con mi libro en mano, me levanto como quien va a por servilletas, pero con rumbo fijo. Me planto en la barra justo cuando le sirven su café.

—Perdona —digo, con esa sonrisa tibia que uso cuando finjo interés social. Ese olor característico suyo me llega de inmediato—. ¿Eres Makarios, verdad?

Él gira la cabeza y me examina como si intentara encajarme en algún sitio de su memoria, incluso mira la portada del libro que llevo. No consigue identificarme, pero asiente igual.

—Sí, ese soy yo. ¿Nos conocemos?

—Más o menos —respondo, apoyándome en la barra como si acabara de decidir que el taburete vacío es el lugar más interesante de toda la isla—. Hice el tour con tu empresa ayer.

—Ah. ¿La ruta en barco? ¿Estuviste en el grupo de la mañana?

Asiento. Se compadece de inmediato por mí.

—Siento que vuestra experiencia acabara… así.

Su sonrisa se frena, como si alguien le hubiese echado agua fría en la espalda. Baja la mirada un instante, sorbe el café.

—Una desgracia. Dijeron que era una turista desaparecida de hace meses —digo, como si no fuese yo quien lo confirmó—. ¿Tú… la conocías?

—Ah, ¿ya es oficial que se trataba de ella? —contesta con pesar —. Sí, la conocía. Molly, inglesa. Alquiló equipo de buceo conmigo en otoño.

Levanto las cejas, como quien se acaba de enterar.

—Sí que tienes buena memoria —digo con un deje de suspicacia, sobre todo porque no se acordaba de mí, y eso que fue el día anterior.

—Bueno, no es como si hubiese desapariciones todas las semanas —responde con una media sonrisa apagada—. Y además, a los pocos días de lo ocurrido vinieron a preguntarme por ella. No fue

una visita cualquiera.

Inclina la cabeza y mira el café como si intentara encontrar las palabras correctas en el fondo de la taza.

—Hizo con nosotros el tour del tesoro. El de la Blue Cave, el supuesto lugar de buceo favorito de Panayotis y donde está la clave para encontrar el tesoro que en su testamento dice haber escondido. Ya sabes, la historia esa que venden en todas las postales. Panayotis Laskaridis, noventa y seis años, última generación de buzos de esponjas, la gente estudia sus registros de buceos en busca de pistas que le lleven a su tesoro.

Asiento. Desde la comida en Vathy el día anterior no he dejado de toparme con alusiones al respecto.

—¿Y ahí la conociste?

—Sí, fue en otoño. Después del tour, se quedó hablando conmigo, muy emocionada. Me preguntó si alguien más se lo tomaba en serio. Le dije que no, por lo menos ya no. Tras varios años sin que nadie lo encuentre, ya es solo folclore para entretener a los turistas. Pero ella… —Hace una pausa breve—. Ella insistió.

—¿Insistió en qué?

—Que quería buscar el tesoro, pero a su manera. Me pidió alquilar equipo de apnea durante tres días, quería bajar por su cuenta, sin uno de mis instructores. Acepté con la condición expresa de que no se metiera al agua sola bajo ningún concepto.

—Y aun así lo hizo —digo.

Makarios asiente, despacio. Se le nota afectado, pero no nervioso.

—Imagino que sí. Lo más probable es que muriera por eso. Por romper la regla básica.

—O no estaba sola —digo—. Y la mató quien estaba a su lado.

Se queda muy quieto. Parpadea dos veces, como si intentara procesar lo que acabo de decir. No se escandaliza, pero su rostro se tensa con esa mezcla de incomodidad y duda moral que tiene la gente cuando le mencionas la palabra «asesinato» antes del segundo café del día.

—¿De verdad crees que fue… un crimen?

—No lo descarto. En mi experiencia, las muertes accidentales

siempre tienen demasiadas casualidades. Y ya sabes cómo es el mar: lo oculta todo.

Makarios baja la vista y toma aire.

—¿Sabes si ella solía bucear con alguien?

—No exactamente —dice Makarios—. Pero la vi hablar un par de veces con Aikos, se reían mucho. Podría ser que él se ofreciera. Aunque, si fue así, tuvo que ser en su tiempo libre. Ya lo revisé en su momento, y no contrató ninguna salida con nosotros después del tour de la búsqueda del tesoro.

—¿Qué tal se llevaban?

—Parecían tener buen trato, nada fuera de lo normal. Aikos se lleva bien con todo el mundo, es muy carismático. No sería capaz de encontrar otro guía igual si decidiera dejar la empresa.

Y sospechosamente perfecto, aunque me guardo el comentario. A Makarios se le nota sincero. No solo por lo que dice, sino por lo que no fuerza. No se defiende, ni cambia de tema, ni intenta quedar bien.

—¿Y tú qué crees? —le pregunto—. ¿Accidente? ¿O algo peor?

Makarios me sostiene la mirada. No responde enseguida.

—Quiero creer que fue un accidente. Que la pasión le ganó al juicio. Pero si fue otra cosa… espero que se sepa.

Asiento en silencio y me despido de él con una sonrisa, como una simple turista que ha saciado su curiosidad. Entonces mi móvil vibra.

—Detective Kross.

La voz al otro lado suena cercana, a pesar de que solo hemos intercambiado unas pocas frases.

—Inspector —digo volviendo a mi asiento—, ya le he dicho que estoy aquí por vacaciones. No es…

—Y yo ya te he dicho que me llames Nikos.

Me siento en la silla de plástico con un resoplido. Le doy un bocado a la tostada; ya no me parece tan buena.

—Escucha, la forense ha llegado a primera hora de la mañana, dice que ya tiene un análisis superficial de la autopsia. Te espero en la comisaría.

9

El viento me azota la cara como si Kalymnos quisiera echarme de la isla. Detengo la scooter delante de un edificio bajo, de piedra blanquecina raspada por el sol y por los siglos. Las ventanas con rejas simples y un cartel azul que anuncia en griego que estoy delante de la comisaría.

La puerta suelta un chirrido breve. Antes de que el policía desorientado que parece haberse despertado por accidente en esta isla diga una palabra, aparece Nikos, como si alguien lo hubiera invocado. Lleva la camisa arrugada y en los ojos el peso de cien interrogatorios sin cerrar. Me saluda con una sonrisa que apenas se sostiene.

—Detective, estamos todos un poco jodidos, ¿sabes? —dice como bienvenida mientras se rasca la nuca—. La isla está jodida. No ocurre todos los días que aparezca un cadáver justo en temporada alta y unos meses después de la desaparición de una turista.

Lo escucho, asiento mientras me apoyo en la pared. El olor a café frío y a papeles y a desesperación me acompaña.

—¿La forense ya está? —pregunto con resignación.

Nikos asiente, y sin decir nada más, me hace un gesto para que lo siga. Atravesamos un pasillo angosto que huele a humedad vieja. La comisaría es tan modesta como el edificio promete desde fuera: paredes encaladas que han conocido mejores décadas, carteles de seguridad laboral medio despegados y una máquina de café que parece alimentada por oraciones más que por electricidad.

Bajamos por unas escaleras estrechas. La morgue no está en el sótano, pero lo parece. La puerta es de metal, con un cartel torcido que indica su función como si tuviera vergüenza de admitirlo. Dentro hace más frío de lo necesario. O quizás soy yo, que ya vengo predispuesta.

Una mujer nos espera. Lleva el pelo recogido y una bata blanca

que parece recién planchada. Tiene el porte de quien preferiría estar en cualquier otro lugar. Habla con Nikos en griego durante unos segundos. No entiendo nada, claro. Pero no hace falta. Hay cosas que el idioma no puede disimular: está molesta. Cansada. Y no por el trabajo en sí, sino por el día. El Domingo de Pascua no es cualquier domingo en este país. Aquí se reza de verdad. Aquí la religión no se cuelga al cuello como adorno. Se vive. Y ella, claramente, preferiría estar en casa, con olor a cordero asado en la cocina y sin un muerto de por medio.

Cuando Nikos le menciona que no hablo griego, ella cambia al inglés. Su voz se vuelve más neutra, más práctica. Se presenta con una firmeza que no necesita simpatía.

—Doctora Maria Vassilaki. Vengo de Rodas.

Me estrecha la mano con una fuerza exacta. Sin hostilidad, pero sin espacio para tonterías. No llega a preguntar quién soy o qué hago ahí. Está claro que no le importa.

—Valkiria —digo sin desarrollar más.

Se limita a girarse y abrir una segunda puerta al fondo. El acero chirría un poco. El aire que sale huele a desinfectante y a látex.

Cruzamos la puerta. La sala es pequeña. Hay una camilla de acero en el centro y varias bandejas metálicas cubiertas con instrumental clínico. El cuerpo ya está sobre la mesa, como si nos esperara.

La doctora Vassilaki se pone los guantes con la precisión de alguien que ha hecho esto demasiadas veces. Luego se dirige a nosotros. Su tono es clínico, sin adornos.

—Mujer, caucásica, edad estimada entre veinte y treinta y cinco años. El estado del cuerpo sugiere que ha pasado entre cinco y seis meses bajo el agua. La descomposición es avanzada, pero coherente con una inmersión prolongada en condiciones estables.

Levanta un extremo de la sábana. Yo no me acerco más de lo necesario. El rostro está irreconocible, la piel gelatinosa, inflada. El cabello es una maraña de algas secas y residuos.

—Tiene múltiples golpes en la epidermis, especialmente en extremidades y torso. Posiblemente causados por el roce continuo con rocas. Pero no hay señales significativas de depredación marina.

Muy poca actividad de fauna, y apenas crecimiento vegetal adherido.

Nikos frunce el ceño.

—¿Eso es raro?

—Es… peculiar. Podría indicar que el cuerpo estuvo en una zona protegida, sin apenas corriente ni fauna activa. Una cala profunda, rocosa, tal vez cerrada.

Nikos cruza los brazos, pensativo.

—¿Tienes algo que confirme su identidad?

—He extraído una muestra de ADN del fémur. Ya está en proceso. Como todo indica que es la mujer que desapareció en otoño, vamos a enviarla a través de cooperación internacional al Reino Unido. Si realmente se trata de Molly Bennett, deberían tener muestras entregadas por los padres cuando denunciaron su desaparición.

Hace una pausa, levanta el brazo izquierdo del cadáver con cuidado.

—El hallazgo más relevante es este —dice, señalando la cadera —. Tiene un cinturón de buceo con una cuerda atada, pero sin plomos. La cuerda está deshilachada, como si se hubiese roto por tensión, no cortada.

Nikos asiente lentamente. El inglés perfecto de la doctora y su rotundidad sobre el análisis del cuerpo me dejan claro su gran preparación y experiencia. Lo que me evoca la pregunta de por qué trabaja en estas islas en vez de en Atenas.

—¿Y por qué ha salido ahora? ¿Después de tantos meses?

—La tormenta de hace dos noches —responde la forense sin dudar—. Lo más probable es que estuviera amarrada a una roca o atrapada en una cavidad. Con las condiciones normales, habría permanecido ahí indefinidamente. Pero con oleaje intenso o corrientes más fuertes, el movimiento puede provocar la rotura de una cuerda vieja o la dislocación de lo que la sujetaba.

—Que lleve atada esa cuerda… ¿Es confirmación de que se trata de un asesinato? —pregunta el inspector con un temor notable en su voz.

Yo ya sé la respuesta, en cuanto he visto la cuerda lo he sabido. Pero la doctora niega con la cabeza.

—No lo confirma. Podría haber estado buceando con una bolsa estanca unida a ella.

—¿No crees que eso es muy improbable?

No sé por qué hablo con tanta inquina. La expresión de la mujer deja claro que no le hace ninguna gracia.

—No estoy diciendo que ocurriera así —matiza, con un tono ahora más firme—. Solo planteo una posibilidad. La causa de muerte es asfixia por inmersión. No hay señales de violencia anterior. Podría ser que alguien la mantuviera inmovilizada bajo el agua, impidiéndole subir y provocando una muerte lenta. Pero también es plausible que llevase una bolsa estanca atada al cuerpo y que esta se enganchara en una roca durante la inmersión. Si quedó atrapada o perdió movilidad por cualquier razón, eso bastaría para sentenciarla.

»Mi función no es interpretar intenciones, sino exponer lo que revelan los hechos. Y eso es lo que muestran: hay más de una posibilidad, y determinar cuál es la correcta no me corresponde a mí. Esa parte es trabajo de la Policía. Con la información de la que dispongo no puedo determinar si esto fue un accidente o un asesinato.

Rebajo mi intensidad y asiento brevemente.

—Entiendo que usted le ha quitado el neopreno y el cinturón de plomos, ¿no? —La forense asiente con desgana—. ¿Por qué ha cortado el cinturón en vez de abrirlo?

—No podía abrir la hebilla. Debe haberse deteriorado tras tantos meses bajo el agua.

—¿Le importa que lo compruebe?

La forense se encoge de hombros. Me pongo dos guantes de látex y tomo el cinturón. Aunque tenía algunas adherencias de vegetación marina, no parecía oxidado ni en mal estado. Esos cinturones se construían para pasar su vida sumergidos. Al intentar abrirlo, no puedo.

Le doy la vuelta y examino su interior. Entonces lo veo. El pasador interior está doblado, y no de forma natural.

—Manipularon el cinturón. Pero esa no es la única prueba que apunta a un asesinato. Aunque suena improbable la posibilidad de

que una hipotética bolsa estanca se quedara atascada, no se puede descartar… hasta que se analiza el nudo.

»En buceo hay normas básicas de seguridad que nadie con experiencia debería pasar por alto. Si Molly llevaba una bolsa estanca, lo lógico habría sido usar un nudo que pudiera soltar en caso de emergencia. Y con lo mucho que sabía ella sobre escalada y buceo, estoy segura de que conocía perfectamente un nudo de liberación rápida. Sin embargo, lo que encontramos es un ballestrinque. Un nudo sencillo de hacer, sí, pero traicionero. Cuanto más se tensa, más imposible resulta desatarlo. Justo lo contrario de lo que usaría quien planea sobrevivir.

»Esa es la clave. Ese nudo no está hecho para regresar a la superficie, sino para evitarlo. Y eso, para mí, es la prueba definitiva de que alguien ahogó a Molly. Un asesinato.

La doctora no dice nada de inmediato. Se queda un segundo en silencio con la mandíbula apretada y los ojos fijos en el cadáver, como si esperara que el cuerpo pudiera defenderla. No le gusta que le hayan quitado la palabra. Menos aún que tenga razón una extraña. Pero no lo rebate. Se limita a quitarse los guantes con un gesto seco, como si la goma le quemara los dedos.

—Tiene razón, no había tenido en cuenta el tipo de nudo —dice al fin, sin mirarme.

Nikos resopla por la nariz, resignado. Cruza los brazos y sacude la cabeza muy despacio.

—Esto se nos ha ido de las manos.

Lo dice en voz baja, casi como si hablara solo. Luego se vuelve hacia mí, más serio.

—Que sea un asesinato lo cambia todo.

Saca el móvil del bolsillo, lo consulta un segundo y lo guarda sin más.

—Lo mío es coordinar el tráfico durante las fiestas patronales, asegurarme de que la Noche del Oro de la semana que viene no se descontrole… No resolver asesinatos con ramificaciones internacionales. Voy a contactar con la Dirección de Policía del Dodecaneso. A partir de ahora, la investigación será cosa de ellos. Yo, sinceramente, poco más puedo hacer.

10

El vapor del té asciende como una espiral tímida desde la taza. El aroma es floral, casi meloso, con ese deje mineral que tienen algunos *oolongs* de alta montaña. Mei decía que este en concreto lo cultivaban en un terreno tan empinado que solo las cabras y los agricultores podían cosecharlo. No sé si es cierto, pero al menos está delicioso y me da un respiro de esta isla griega.

Es irónico. Había venido hasta aquí para huir del mundo, y ahora solo quiero largarme de aquí. La mente humana es una inconformista. Al menos la mía.

Alguien decidió cuándo, dónde y cómo. Y lo más jodido es que durante cinco meses nadie se preguntó en serio qué le había pasado. Hasta que el mar la devolvió. Como si le diera vergüenza haberse tragado algo así.

Sigo con la taza entre las manos cuando suena la puerta. Reconozco el sonido antes de que aparezca: los pasos rápidos y el portazo amable, como si no quisiera molestar, pero no supiera hacerlo mejor.

—¿Estás aquí? —pregunta Marina, asomándose al salón.

—Sí —respondo, sin alzar la voz ni el tono.

Me ve con la taza en las manos y se detiene. Lleva el pelo húmedo y la bolsa en la que asoma un libro me indica que viene de la playa. Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Y bien? —pregunta.

—La mataron —digo. Directa. Sin anestesia.

El silencio se impone como una ola muda. Marina no dice nada al principio, solo aprieta los labios. Luego suelta un suspiro roto.

—¿Y ahora qué?

—Ahora encuentro al culpable —respondo, como si fuese tan simple como decirlo.

—Pero aquí… Sé cuál es tu tipo habitual de cliente. Aquí nadie

va a pagarte lo que cobras normalmente. Y los padres de Molly, por mucho que tengan dinero, no parecen estar interesados en…

—No te preocupes, en esta ocasión no busco dinero —la corto, con una media sonrisa que no llega a alegrarme del todo—. Además, yo no fui quien inventó la coletilla de «detective internacional de lujo».

Marina asiente con una sonrisa cansada y se va a duchar. Apenas desaparece por las escaleras, abro el portátil. Busco a Molly como si tuviera que conocerla desde cero. Me da igual que haya visto su cadáver esta mañana. Ahora necesito entender su otra versión.

Empiezo por lo obvio: redes sociales, artículos, web. Lo típico.

Su cuenta es un collage de cielos imposibles, fotos en acantilados y frases motivacionales. En la mayoría de fotos está sola o con un grupo variado de amigos. No hay ningún indicio de alguna pareja. Se ve muy claro el tipo de mujer independiente que era.

En la biografía ha escrito:

Home is where my backpack is.
Free soul with a camera. Dive deep, fly high.

No me da alergia de milagro.

Casi todas las fotos están geolocalizadas. Croacia, México, Turquía, Madeira. Y, por supuesto, Grecia. Kalymnos. El paraíso de las paredes verticales.

Me detengo en la última imagen, la que me sirvió para confirmar que el cadáver encontrado en el agua era ella. Molly, con los brazos alzados, sostiene una botella de buceo sobre su cabeza como si acabara de coronar el Everest. Tiene el neopreno abierto hasta la cintura y la sonrisa de quien cree que el mundo le pertenece.

La descripción no decepciona:

Another day chasing stories under the sea.

Still convinced that old man wasn't bluffing about his treasure. Kalymnos, you better deliver.

El corazón me da un brinco sutil. La imagen, la frase, el momento en que murió. Buceando en apnea entre los acantilados de Kalymnos. Y esa mirada de quien cree estar a punto de descubrir algo que nadie más ha visto.

Miro otra vez la foto. El tanque como trofeo. El mar de fondo. Esa maldita sonrisa. Molly no era solo una turista. No vino por la comida ni por las playas.

Sigo durante un rato más investigando el resto de cosas que encuentro sobre ella en internet. Cansada al no hallar nada más de utilidad, cierro la pestaña y apoyo la espalda contra el sofá. El té ya está frío, pero no lo suelto.

Cuando Marina vuelve de ducharse, lleva el pelo envuelto en una toalla y una camiseta amplia. Cruza el salón mientras se frota los ojos con los nudillos y bosteza como si no acabara de confirmarle que hay un asesino en la isla.

—Una pregunta —le digo antes de que desaparezca hacia la cocina—. ¿Qué pasó con las cosas de Molly?

Se detiene en seco.

—¿Su equipaje?

Asiento.

—Lo tenemos nosotros. —Hace una pausa breve—. Pablo y yo nos ofrecimos a enviarlo a su familia, pero no quisieron hacerse cargo. Ni siquiera preguntaron qué había dentro. Solo dijeron que no querían pagar el envío.

Su tono es neutro, pero se le escapa una sombra en la cara que no se le borra al parpadear.

—¿Y la Policía?

—Vinieron al día siguiente de la desaparición. Revisaron la habitación, el equipaje, hicieron fotos… pero no se llevaron nada. Solo nos dijeron que era un caso de desaparición durante una inmersión. Accidente o desorientación, ya sabes. Nada que indicara crimen.

Sin testigos, sin signos de violencia, sin cuerpo. No hay cadáver, no hay delito. Y sin delito, no hay orden judicial que justifique confiscar pertenencias personales.

—¿Te importa si lo reviso?

—Claro que no. —Se detiene—. Está en tu habitación. Lo metimos en el armario con otras cosas.

Marina me sigue por las escaleras. Al llegar a mi cuarto, enciende la luz. Abre el armario de la esquina, empuja un par de colchonetas dobladas y señala una mochila grande y una bolsa de tela estampada con dibujos de medusas.

—No pude tirarlas. Tenía esa sensación… no sé. De que algún día harían falta.

—Hiciste bien —respondo, bajando ambas cosas con cuidado.

Marina me lanza una mirada breve, cálida, y desaparece escaleras arriba. Cierro la puerta tras ella y me siento en el suelo, las piernas cruzadas, la mochila frente a mí.

Empiezo por la bolsa de tela. Dentro hay un cuaderno de bocetos con tapas rígidas, varias postales sin enviar y una caja de acuarelas que han visto demasiada humedad. También un pareo, gafas de sol y una bolsa de tela con una copa menstrual, tiritas y una pastilla de jabón empaquetada como si fuese un souvenir.

La mochila grande está más organizada. Una bolsa con ropa interior, un par de bikinis, camisetas ligeras, mallas técnicas y un arnés de escalada con mosquetones. También hay un lector de libros electrónico, sin batería. En el bolsillo lateral, una cámara deportiva y una libreta pequeña con una goma elástica que la mantiene cerrada.

La abro.

El diario no tiene título ni fechas visibles, pero la letra es firme, de trazo inclinado y seguro. Empiezo a hojearlo sin intención de leerlo todo ahora. Solo busco algo que destaque. Las primeras páginas son reflexiones breves, listas de cosas por hacer, frases sueltas que parecen diálogos internos o apuntes para un proyecto artístico. Hay dibujos también: fragmentos de acantilados, una boya oxidada, un rostro masculino sin definir.

Pero al acercarme al final del cuaderno, noto algo raro.

Las últimas páginas están arrancadas.

No de forma evidente. No como esas veces en las que alguien arranca una hoja y deja la espina dorsal del cuaderno herida. No. Aquí se han tomado el tiempo de retirar las hojas sin que apenas se note. Si no pasas el dedo por el borde del lomo, ni te das cuenta.

Meto el dedo índice por el hueco milimétrico y lo siento: cinco, tal vez seis páginas desaparecidas. Las últimas. Las más cercanas al momento de su muerte.

Y, por tanto, las más valiosas.

Cierro el diario con cuidado, como si aún fuera capaz de contener algo dentro.

Me quedo inmóvil un instante, mirando las mochilas abiertas, el suelo desordenado con restos de una vida suspendida. Algo me zumba en la nuca, esa presión que aparece cuando las piezas empiezan a encajar sin que quieras.

Lo que no cuadra… es el cuerpo.

No es solo que haya aparecido ahora, cinco meses después. Es cómo ha aparecido. El deterioro no miente: ha estado sumergido en agua salada todo este tiempo. No la mataron y la escondieron en tierra. No la dejaron en algún sitio y luego la tiraron al mar la noche de la tormenta para despistar. El cuerpo nunca salió del agua.

Y si ha estado ahí… ¿Cómo es que nadie lo encontró?

Kalymnos no es, ni de lejos, una isla remota. La costa hierve de buzos, sobre todo desde que se corrió la voz sobre el supuesto tesoro. En cinco meses, con centenares de inmersiones diarias, rutas trazadas, equipos expertos… ¿Cómo demonios nadie vio un cadáver?

A menos que estuviese en el único lugar al que nadie ha llegado todavía.

La localización del tesoro.

La que todos llevan tres años y medio buscando sin encontrar nada. La que, por pura lógica, ni siquiera figura en ningún registro. La que quizá no exista más que en rumores. Pero Molly sí creía en ella. Y ahora su cuerpo aparece tras la tormenta, como si el mar hubiera decidido dejar de guardar el secreto.

Ahí es donde estaba.

Ahí la mataron.

Y si quiero encontrar la escena del crimen, si quiero reconstruir

lo que ocurrió realmente, solo hay un camino posible: tengo que encontrar su localización.

Tengo que encontrar el tesoro.

Me levanto del suelo como si algo se hubiese encendido bajo mi piel. Saco el móvil y contacto al mismo número al que le hablé la noche de la tormenta. El contacto que Marina me dio para reservar un tour.

Aikos.

11

Aparco la scooter en el puerto de Vathy. Al apagar el motor el trajín de los pocos pescadores se impone en un lugar casi sin turistas. Me bajo, dejo el casco y estiro las piernas; el aire mezcla sal y gasolina, recordándome exactamente dónde estoy.

Entonces lo veo. Pablo, a unos metros, junto a una mochila enorme y cara de no haber desayunado. Va vestido con pantalones cortos —siempre muestra sus gemelos, sin importar la temperatura o el contexto— y una camiseta de tirantes apretada que marca sus pectorales.

—¡Pablo! —lo llamo, alzando una mano.

Se gira y muestra una sonrisa extraña, sorprendido de verme ahí.

Al acercarme, clavo la mirada en su mochila. Él responde a la pregunta que no he hecho.

—Hay un sector por aquí cerca, estoy esperando a los demás. Y también quiero probar el dron nuevo con las calas de esta zona.

—No sabía que por aquí también había sectores.

—La isla entera es un rocódromo gigante —dice con una carcajada suave—. ¿Y tú? —pregunta, mirándome de arriba abajo con curiosidad.

—Supongo que trabajando —suelto con un resoplido.

La sonrisa se esfuma de su rostro y baja la mirada.

—Ah, cierto. Mucha suerte, a ver si puedes zanjar lo ocurrido.

Alzo las cejas levemente, y su expresión vuelve a ser cálida. Nos despedimos con un gesto. Yo camino hacia el fondo del puerto y él se queda ahí plantado, como si ya formara parte del encanto del pueblo.

Cuando llego a Kalymnos Panoramic Tours, Aikos está colgando un chaleco en los ganchos del portón. Ayer por la tarde me comentó que una pareja ya había reservado el tour del tesoro con inmersión.

Me he sumado al plan.

Me ve llegar y su rostro se le ilumina. Si no hubiese visto la palidez que mostró al ver el cadáver de Molly flotando, pensaría que ese hombre no es capaz de tener algo diferente a una sonrisa en la cara.

—¡Buenos días, Valkiria!

Y entonces, como si mi presencia activara un recuerdo enterrado, se le tensan los labios y retrocede un paso.

—Ayer se me olvidó comentarte algo. La pareja de hoy tiene licencia Advanced. Aunque la segunda inmersión no será muy profunda, sí que será algo técnica. No quiero que te metas si no estás cómoda.

—Fui instructora en Tailandia —respondo sin darle margen al paternalismo.

Aikos se queda mirándome como si acabara de soltar que piloté helicópteros en mi otra vida.

—Ah. Pues entonces, perfecto.

La pareja ya está allí. Apoyados junto a una de las mesas de madera bajo la sombra del toldo, revisan una hoja plastificada con fotos del precio y un mapa de Kalymnos. El chico tiene cuerpo de triatleta y sonrisa de catálogo deportivo. Ella lleva el pelo recogido en una coleta alta y gafas de sol caras.

—Chicos, os presento a Valkiria —dice Aikos al acercarse—. Nos acompañará en el tour.

Saludo con una inclinación leve de cabeza. Ellos se presentan como Luca y Emma. Tienen un acento alemán un tanto cerrado.

No hace falta más que ver cómo se colocan el neopreno para saber que no son novatos. Se mueven con la soltura de quien ya ha buceado en más de un país. Aikos les entrega los trajes, los chalecos compensadores y sus respectivos reguladores. Todo el equipo básico: máscara, aletas, cinturón de lastre y ordenador de buceo.

Yo me quito la ropa hasta quedarme en bañador, saco el neopreno con mi nombre escrito en una etiqueta del pecho y me lo pruebo. Luego me ajusto el chaleco, que se hincha con una válvula y me servirá para controlar la flotabilidad bajo el agua. El equipo está bien mantenido, lo suficiente como para olvidarte de él una vez

sumergido.

Emma, en cambio, se coloca el suyo y frunce el ceño de inmediato.

—Uh, este traje me aprieta en los hombros —dice, tocándose el cuello con disgusto—. ¿Te importa que me pruebe el tuyo? Quizá el mío a ti te quede mejor.

Asiento sin problema. Me quito el compensador de flotabilidad y agarro el suyo. Me lo pruebo sin mucho teatro y le doy el visto bueno con un gesto.

—Para mí es igual.

Emma asiente aliviada, se pone el mío y sonríe como si acabara de resolver el cubo de Rubik.

—Mucho mejor. Gracias.

—No hay de qué.

En ese momento, desde el interior del local aparece Makarios. Lleva una camisa medio desabrochada y la misma energía de taberna que ayer.

—Valkiria —dice con su voz de vino tinto—. Nos estamos viendo a diario, ¿eh?

—Cuidado —respondo—. A este ritmo me haré socia.

Yo misma me extraño del comentario. Será el ambiente isleño griego el que me está despojando de mi habitual sarcasmo. Makarios suelta una carcajada que parece sacudirle el pecho entero y le lanza una mirada a Aikos antes de volver a desaparecer dentro.

Cinco minutos más tarde, el mismo barco del primer tour que hice avanza sobre un mar plano como una mesa bien puesta. El sol aún no quema, pero la luz ya empieza a hacer guiños en cada onda del agua. El capitán pilota con una mano. Aikos señala la costa que vamos dejando atrás.

—La zona a la que vamos es conocida por ser el lugar favorito de buceo de Panayotis Laskaridis —explica—. El último gran buzo de esponjas de Kalymnos. Murió con noventa y seis años. Dicen que fue el último en representar esa tradición como estilo de vida.

Emma asiente interesada. Luca saca el móvil como si fuese a apuntarlo todo para un futuro podcast.

—En sus últimos años ya no buceaba tanto —continúa Aikos—,

solo hacía una inmersión al año. Siempre en el mismo sitio. Como si fuera su ritual privado. Nadie sabe exactamente por qué ese lugar. Pero lo curioso es que, cuando murió, dejó un testamento muy corto. Una sola página.

Guarda silencio un instante, dejando que el aire salado lo diga por él. Había dejado de lado su faceta de guía turístico para convertirse en narrador.

—«Lego todas mis posesiones materiales al pueblo de Kalymnos […]. A excepción de mi posesión más preciada. Esa la escondí hace diez años, la última vez que mis pulmones se llenaron de sal y sol, la última vez que descendí al azul profundo. No está guardada en una caja fuerte ni enterrada bajo tierra. Está donde debe estar. Quienquiera que la encuentre, será suya» —recita con una solemnidad que me hace parpadear.

—¿Y qué es? —pregunta Emma, apoyada en la borda.

—Nadie lo sabe —responde Aikos—. Algunos creen que es oro, otros que es algún tipo de reliquia o carta. Lo único que se conserva es el conjunto de sus diarios de inmersiones. Más de veinte mil inmersiones registradas a mano, una por una. Y en el último de esos cuadernos… falta la última página.

—¿La arrancó él mismo? —pregunto.

—No se sabe.

El rumor del motor es lo único que suena durante unos segundos. Todos miramos el agua, como si de pronto esperásemos ver un destello desde el fondo.

—Así que, claro —retoma Aikos—, la gente ha empezado a buscar en los lugares que más frecuentaba. Algunos han rastreado sus zonas habituales. Otros se centran en el punto al que regresaba una vez al año como una especie de ritual. El sitio al que vamos ahora es precisamente ese. Su favorito.

Se pasa una mano por el pelo y luego señala hacia delante.

—No sé si encontraremos un tesoro. Pero cada vez que me sumerjo ahí… entiendo por qué ese lugar fue su elección final. Y eso ya es algo.

Rodeamos la isla hasta el este, justo cuando Télendos aparece detrás de las calas y el motor se detiene con un bufido suave. Aikos

se pone en pie y da las últimas instrucciones con esa calma de quien ya ha hecho esto cien veces. Revisamos los ordenadores de buceo, ajustamos máscaras, nos colocamos los reguladores. La escena tiene algo ritual. A Emma le cuesta un segundo encontrar el cinturón de lastre, pero lo soluciona rápido. Uno a uno nos dejamos caer al agua de espaldas.

El impacto me despierta y la sal me sacude la cara. El mundo se vuelve sordo. Solo oigo el zumbido grave del agua rodeándome. Nado unos metros para alejarme del barco. Cruzamos miradas, confirmamos con un gesto y empezamos a bajar.

El bote se queda balanceándose en la superficie mientras nos hundimos. El mundo de luz sobre nosotros retrocede rápido, se vuelve un manto que apenas vemos, y el mar se convierte en un techo de silencio y azul. Me ajusto el chaleco de flotabilidad, noto la presión del neopreno, siento el ligero tirón del cinturón de lastre. Las aletas cortan el agua con sonido amortiguado.

Bajamos hasta los veinte metros. El agua es cristalina —la visibilidad es tan buena que podríamos ver peces parloteando desde lejos. Aikos va delante, señalando con la linterna hacia una formación donde las rocas sobresalen como columnas de una catedral hundida. Paso tras paso —o aleteo tras aleteo— me acerco a la grieta que marca la entrada de la cueva: la famosa Blue Cave, en el suroeste de la isla.

La boca está medio sumergida, como un ojo que te acecha: la parte superior de la roca emerge, se hunde la apertura al azul interior. Entro en ese umbral: un arco de piedra que filtra rayos de luz hacia adentro y los convierte en haces que parecen lanzas. En silencio observamos cómo el agua se electrifica con partículas suspendidas, y por un instante temo que el mar recuerde el cadáver que encontramos hace poco y me diga «aquí estás».

Pero no. El azul es limpio, casi alegre.

Dentro, la cueva se abre. Paredes de piedra carcomidas por la eternidad, con pequeñas hendiduras cubiertas de esponjas y corales frágiles que se mecen. Noto cómo el peso en el pecho desaparece y solo queda la flotabilidad neutra perfecta: ni subo, ni bajo, me deslizo. Aikos me hace señas para que agarre la cuerda guía que nos

conduce al fondo del techo. Le doy un pulgar arriba y sigo.

La luz disminuye, la temperatura baja un poco, la sensación cambia. Estoy en otro mundo. Unos peces pequeños se esconden entre dos rocas y me observan con esa fijeza muda tan propia del fondo marino.

Avanzamos con una leve ascensión hasta los diez metros y nos detenemos. No es lo habitual subir tan pronto después de haber bajado a más de veinte, pero para entrar en una cueva con cámara de aire, es necesario. Hacemos una parada breve para estabilizar el nitrógeno en el cuerpo y evitar el mal de descompresión, aunque la inmersión no ha sido demasiado larga ni profunda. La seguridad, en el agua, no se negocia.

Avanzamos despacio. Los movimientos se ralentizan, no por la técnica, sino por respeto. El túnel se va abriendo poco a poco, como si la montaña respirara con nosotros. De pronto, la roca se abre y el techo desaparece, absorbido por una bóveda negra.

Salimos a la superficie dentro de la cueva, uno tras otro, como si acabásemos de nacer.

Me quito el regulador y asomo la cabeza, boqueando sin querer, sorprendida por el aire templado que flota en este espacio imposible. Me saco la máscara y la dejo colgando al cuello. La humedad resbala por las paredes con una lentitud ritual, y las linternas revelan un espectáculo que parece irreal. Estalactitas que cuelgan como colmillos dormidos, vetas minerales brillando como venas en la roca. Un silencio absoluto que no tiene eco, solo contención.

Es como estar en el interior de una leyenda.

—Quitad las luces —dice Aikos, ya sin máscara, con voz suave, como si no quisiera romper el hechizo.

Obedecemos.

Y el milagro ocurre.

Primero, oscuridad. Luego, poco a poco, como si nuestros ojos se fuesen afinando a otro espectro, la cueva comienza a brillar. Puntos suspendidos en las paredes, manchas irregulares, una especie de líquenes marinos emitiendo un resplandor bioluminiscente que no parece de este planeta. Todo adquiere un matiz azul, pero no un azul común. Es un azul que no se mira, se

percibe; se desliza bajo la piel y respira al mismo ritmo que tú.

Emma suelta un suspiro que suena a plegaria. Luca se queda inmóvil, con la boca entreabierta, incapaz de articular nada. Y yo… yo me olvido de todo.

Del cadáver flotando en el agua. De los interrogantes. De Panayotis. Incluso de mí misma. Es como si esta cueva tuviera el poder de borrar lo que no es esencial. Aquí no soy detective, ni testigo, ni siquiera buzo. Solo soy una mujer, viva, suspendida en un hueco de belleza intacta que el mundo ha olvidado.

Pienso, sin querer pensarlo, que si este fuese el último lugar que viera antes de morir, no me parecería mal. He estado en muchos sitios. He visto cosas que me marcaron de por vida. Pero nada como esto.

Y de pronto lo entiendo. Lo de Panayotis. Lo de esconder algo en un sitio así. Este lugar no necesita explicación. Es el tipo de belleza que no se puede poseer. Solo puede compartirse.

Me trago el nudo que se me forma en la garganta. No sé si es emoción o el deseo de quedarme aquí para siempre.

Permanecemos en la penumbra azul, sin prisa, sin propósito más allá de estar. Las linternas siguen apagadas. Nuestras respiraciones se entrelazan con el goteo sutil del agua cayendo desde el techo, como si la cueva llorara en cámara lenta. Cada uno observa a su manera. Emma ha dejado los brazos a los costados, completamente inmóvil, como si temiera romper la quietud. Luca se ha acercado a una de las paredes y pasa los dedos con cuidado a pocos centímetros del brillo bioluminiscente, sin tocarlo. Aikos parece vigilarlo con la familiaridad de quien ya ha vivido esto muchas veces, pero nunca igual.

Yo contemplo el reflejo de la luz azul en la superficie del agua, como si el mar nos devolviera una versión editada del mundo. Limpia. Sin cadáveres, sin preguntas sin respuesta.

Hablamos poco. Apenas un murmullo entre suspiros. Algunas palabras cortas, compartiendo asombro. No hay ironía. No hay sarcasmo. Solo una admiración muda por lo que nos rodea. Un rato largo después, quizá diez minutos, quizá toda la vida, Aikos consulta su reloj y enciende su linterna con un movimiento lento.

—Hora de volver —dice en voz baja, y esta vez la cueva no se opone.

Nos sumergimos de nuevo y la cúpula queda atrás. El agua nos abraza con su silencio habitual, más tibia de lo que recordaba.

Descendemos hasta los veinte metros. El fondo vuelve a desplegarse en rocas cubiertas de coral, grietas donde se asoman peces huidizos y esponjas que parecen respirarlo todo. Aikos guía al grupo con la linterna mientras Emma y Luca se mantienen cerca, atentos.

Exploramos una pared rocosa que forma un pequeño túnel lateral. Avanzamos boca abajo, como si estuviésemos escrutando las líneas de un mapa secreto pintado sobre el coral. La corriente es casi nula. Todo transcurre con esa coreografía natural que ocurre cuando todos saben lo que hacen.

Hasta que Emma se dispara.

Su cuerpo da un latigazo hacia arriba. No es un movimiento controlado; es el tirón desesperado de algo que se desprende. Su cinturón de plomos cae hacia atrás y su flotabilidad cambia de golpe. Su cuerpo quiere subir. Subir rápido. Demasiado rápido.

A veinte metros, eso no es solo «mala suerte». Eso puede reventarte los pulmones si subes conteniendo el aire. Eso puede convertir el nitrógeno disuelto en burbujas dentro de sus venas. Embolia gaseosa. Accidente por descompresión. Parálisis. Muerte.

Todo eso cabe en un segundo.

Emma intenta agarrarse a la nada, su movimiento es torpe, desesperado. Pierde el regulador y una nube de burbujas explota desde su boca. Luca la sujeta por la pantorrilla, pero ella ya ha entrado en pánico. La patada que da para soltarse es instintiva, brutal. Él pierde agarre. Ella sigue subiendo.

Mi pecho se cierra.

Aikos actúa antes de que yo pueda procesarlo. Empuja con las aletas, se dispara hacia ella como un arpón humano. La alcanza a los cuatro metros de ascenso. Si hubiera tardado unos segundos más, habría sido demasiado tarde. Le mete el regulador en la boca, le aprieta la máscara contra la cara, la sujeta por el torso y empieza a frenar la subida, controlando la flotabilidad con su chaleco y el de

ella. La está arrancando de la muerte.

El ascenso se vuelve lento, como debe ser, hasta que se detienen. Parece que Emma ya se ha calmado.

Yo no me muevo.

La sangre me late en las sienes, pero mantengo la respiración controlada. Inhalo. Exhalo. Necesito cabeza, no pánico.

El cinturón de Emma se ha enganchado a unos diez metros, atrapado entre dos rocas. Nado hacia él, lo agarro, lo observo. A primera vista está perfecto. Ninguna costura suelta.

Pero la hebilla… La hebilla tiene una torsión mínima. Uno de los pasadores está doblado apenas un milímetro hacia fuera.

No es el error de un principiante. No es algo que se haga sin querer al colocarlo. No es algo que pase por golpearlo contra una piedra, ni por desgaste.

Es algo que se hace con intención. Lo justo para que aguante unos minutos.

Siento cómo el agua a mi alrededor cambia de temperatura, aunque sé que no es el agua. Soy yo.

Aikos y Emma están ya quince metros por encima de nosotros. Luca me mira desde unos metros más allá, intentando no entrar en pánico mientras vigila mi reacción. Yo hago el gesto de «todo bien» con los dedos.

Mentira piadosa.

Continuamos la ascensión. Respetamos las paradas sin perder el control. Además de agarrar el cinturón de Emma, la otra mano sujeta con fuerza el mío, en un gesto que hasta ese momento era inconsciente.

Cuando rompo la superficie, la luz me golpea los ojos. Emma está sentada en la lancha, con la máscara en la frente, el pecho subiendo y bajando sin ritmo. Aikos le habla en voz baja, firme, intentando calmar su respiración, asegurarse de que no nota dolor en el pecho, ni confusión mental, ni hormigueo en las extremidades.

Luca se inclina hacia ella, todavía con el miedo incrustado en la garganta.

Yo soy la última en el agua. El cinturón pesa en mi mano más de lo que debería.

Respiro hondo.

—Tranquila —me digo.

Pero esta vez no lo digo por ella. Ni por Luca. Ni siquiera por el accidente.

Me lo digo porque alguien hizo esto.

Y no le ha salido bien.

Pero podría volver a intentarlo.

12

Las olas golpean el casco del barco con una cadencia estúpida que me crispa los nervios. Normalmente ese sonido me calma. Hoy solo me recuerda que seguimos flotando sobre un mar que acaba de intentar matar a uno de nosotros.

Tengo el cinturón de plomos entre las manos. Frío. Rígido. Inofensivo a simple vista.

Emma está sentada al otro lado de la cubierta, envuelta en una toalla que le cubre más el cuerpo que el susto. Luca no le suelta la mano y Aikos tiene la vista perdida en el horizonte, sin rastro de su habitual brillo.

Yo no tengo nada que fingir. El cinturón habla por sí solo. Las costuras están intactas; la hebilla, no. Hay una muesca mínima, limpia, demasiado precisa para ser desgaste. Un corte medido al milímetro, lo justo para que cediera bajo presión. No al inicio de la inmersión, no cuando aún podíamos reaccionar. Justo cuando estábamos más profundo y sin un cabo al que aferrarnos. Que se soltara en ese instante exacto quizá sea casualidad. El susto, en cualquier caso, era inevitable.

No fue un error. Fue una advertencia.

Era para mí.

Emma me pidió que intercambiáramos los equipos antes de sumergirnos. Un gesto casual, sin importancia.

Yo estaba condenada a salir disparada hacia la superficie. Tal vez, con un poco más de temple que Emma, habría logrado estabilizarme sin el cinturón. O tal vez Aikos no habría llegado a tiempo para frenarme.

Trago saliva con dificultad. El gusto a sal y bilis se me queda pegado en la lengua.

—Tú conoces bien la historia, ¿verdad? —digo, apoyándome en la barandilla, con los ojos fijos en el mar que nos separa de la costa.

Aikos apenas gira la cabeza.

—¿Qué historia?

—La del tesoro. La del viejo buzo, las pistas escondidas, todo ese circo.

Suelta una risa nasal, sin alegría.

—Bah, eso es marketing para turistas.

—Puede —respondo—. Pero tú te sabes cada una de las supuestas pistas. Las frases, los lugares, incluso los objetos. No parece que lo veas como una leyenda.

Aikos frunce el ceño, apenas un gesto, pero suficiente.

—Es mi trabajo como guía turístico. Pero a mí no me importa lo del tesoro, ya sea cierto o no. A mí lo único que me importa es Kalymnos.

Esa respuesta, sin un rastro de duda en su voz, me descoloca.

—De todas formas —añade—, fue Makarios quien estudió el tema. En cuanto Panayotis murió y se leyó el testamento, vio la oportunidad muy clara. Un imán para turistas. Yo solo he estudiado su documentación.

Observo a Aikos con atención. Hay algo en él que no encaja. Es demasiado… limpio, demasiado transparente. Si está fingiendo, es un psicópata de libro. Y si no, cuesta creer que alguien así exista de verdad.

Mientras el barco avanza hacia Vathy, yo solo puedo pensar en una cosa.

Este tesoro, real o no, ya ha empezado a costar demasiado.

El resto del trayecto transcurre en silencio, con el viento secándonos la piel y la tensión aún clavada en los gestos.

De vuelta en tierra firme, con el equipo desmontado y la pareja todavía en shock evaporada en un taxi rumbo a su hotel, Aikos desala el material en silencio.

Lo observo desde la sombra del porche. Algo no encaja. Su serenidad es casi ofensiva.

—Me mentiste.

No es una acusación en tono alto. Es una sentencia. Lo digo como quien señala una grieta en la madera y espera ver si el barco se hunde.

Aikos ni siquiera se gira.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que no conocías especialmente bien a Molly. Que apenas sabías quién era. Pero reconociste su cadáver por el anillo. Y Makarios me dijo que os vio varias veces juntos, riéndoos.

Silencio.

—Pienso que cuando Molly alquiló el equipo de buceo varios días, tú fuiste su compañero de inmersión.

Ahí se rompe. No llora ni agacha la cabeza. Solo se detiene. Y cuando habla, su voz tiene ese temblor de quien ha estado aguantando demasiado.

—Sí. Lo era.

—Entonces dime la verdad. ¿Qué pasó el día de su desaparición?

—No fui con ella —dice enseguida—. Ese día no buceamos juntos. Fue sola. Me lo dijo esa mañana, por mensaje. Para cuando lo leí, ya no pude detenerla.

—¿Y por qué no dijiste nada antes? ¿Qué necesidad había de ocultarlo?

—No lo oculté. Se lo dije a la Policía en cuanto no apareció esa tarde. Tal cual te lo estoy diciendo ahora.

—¿Y por qué no me lo contaste a mí desde el principio?

Aquí sí duda. Traga saliva.

—Porque no quería remover la mierda de alguien que ya no se puede defender.

La palabra «mierda» suena impropia al salir de su boca. Como si manchara una pureza hasta entonces impoluta.

Le sostengo la mirada, a la espera de que añada algo. Finalmente lo hace.

—Tenía novio.

La respuesta me pilla a contrapié.

—¿Y qué? —replico, sin molestarme en disimular el sarcasmo—. Solo ibais a bucear, ¿no?

Él cierra los ojos un segundo. Cuando los abre, su mirada es más clara.

—Está bien. Es posible que… pasara algo más. Pero yo no sabía que tenía novio. Me enteré después, cuando desapareció y salieron

las noticias. Dos días después, el chico voló hasta aquí. Ahí me enteré.

Aikos es el tipo de persona que quieres creer. Su tristeza es tan genuina que desarma. Pero eso no lo hace inocente.

Tal vez alguien bueno hizo algo terrible. O tal vez alguien peor lo está usando de escudo.

Me cuesta admitirlo, pero le creo. Y eso jode. Porque si dice la verdad, el abanico de sospechosos se ensancha.

—Perdona por las formas —digo, deshaciéndome de mi agresividad—. Es solo que… esto ya no es solo una desaparición.

Aikos niega con la cabeza.

—No tienes que disculparte. Me alegra que alguien trate de averiguar qué pasó, y entiendo que sospeches de mí. Si te sirve de algo, yo no lo hice, eso te lo puedo asegurar. Molly no merecía nada de lo que ocurrió. Pero, si no te importa que pregunte, ¿por qué estás investigando?

—Supongo que porque es mi trabajo —digo con cierta resignación.

Aikos alza una ceja, un tanto confundido.

—Eres una detective o algo así.

—Sin el «algo así», soy una detective internacional.

La sorpresa le atraviesa los ojos como una chispa mal disimulada, seguida de una expresión que no le había visto hasta ahora: algo parecido al alivio. O tal vez orgullo. Como si no esperara que alguien con credenciales reales se tomara en serio lo que pasó.

—Si puedo ayudarte en algo, lo haré. Lo que sea —dice con su habitual entusiasmo de regreso.

—Lo tendré en cuenta.

Nos despedimos con un gesto seco y cruzo el porche hasta entrar en la oficina de Kalymnos Panoramic Tours. El interior huele a neopreno mojado y a salitre.

Me acerco a las taquillas. La mía está al fondo. Dentro solo está la mochila con mis cosas. Pero al sacarla, un papel planea hasta el suelo.

Se queda ahí, inmóvil, expectante. Algo en mi estómago se encoge.

Lo observo con cuidado, como si pudiera estallar al contacto. La luz cenital resalta cada pliegue, cada sombra. El tacto es seco, impersonal. Papel de impresora, letras negras, en mayúscula. Ninguna firma.

El escalofrío me sube desde las piernas hasta la nuca antes de terminar de leer.

DEJA DE METERTE DONDE NO TE LLAMAN.
ESTO FUE SOLO UNA ADVERTENCIA.
NO ME OBLIGUES A MÁS.

13

Llego al apartamento con el estómago lleno y la cabeza algo más despejada que esta mañana. La comida ha servido para enterrar, aunque sea por unas horas, el desastre bajo el agua, la eliminación de Aikos como principal sospechoso y la nota de amenaza.

Lo curioso es que olvidar la amenaza no me ha costado tanto. Solo confirmaba lo que ya intuía: que el accidente no tenía nada de fortuito. Pero quien la escribió no me conoce. Una nota así no me asusta, solo consigue que cave más hondo.

Marina está en la hamaca. Pablo, en la mesa del porche, con el portátil abierto como siempre. Decido ir directa al grano.

—Una cosa —empiezo, mientras dejo las gafas de sol sobre la mesa—. ¿Por qué no me habíais contado lo del novio?

Ambos se giran al mismo tiempo. Culpabilidad sincronizada. Marina parpadea rápido, como si intentara rebobinar mentalmente las últimas conversaciones. Pablo ni eso. Solo me mira con cara de «mierda, nos ha pillado».

—Ostras, es verdad —responde él, cerrando el portátil como si eso le ayudara a concentrarse—. No sé cómo se nos pudo olvidar.

—¿Que tenía un novio con el que viajaba se os olvidó?

—Sí… o sea, no. No del todo. Es que como últimamente hablábamos más de ella en plan… Tú sabes, lo de la desaparición y eso, se nos pasó.

Marina interviene, con ese tono suave que intenta suavizar hasta las piedras:

—No era un secreto ni nada, solo… No parecía importante ya. Desde hacía meses estaban mal. La última vez que se vieron fue en Antalya, donde estaban viviendo juntos una temporada. Tuvieron una bronca fuerte. Al día siguiente, sin decir nada, Molly hizo la mochila y se vino a Kalymnos.

—¿Y él?

—Se quedó en Turquía. Por lo que sabemos, no volvieron a hablar —dice Marina, bajando la voz como si temiera que Molly pudiera escucharla desde la tumba—. Nos enteramos después, cuando ya llevaba una semana aquí. Nos dijo que se estaba replanteando la relación, que lo iba a dejar. Pero tampoco me dijo más.

—¿Lo sabía él?

—No tengo ni idea —dice Marina.

Miro a ambos con la ceja levantada. Algo no encaja. Si realmente se estaba planteando dejarlo, ¿no se mencionaría cuando desaparece sin dejar rastro? Más aún si, casualmente, empieza a verse con un chico de la isla. Aunque quizás eso ellos no lo sabían.

—¿Y sabéis algo de él ahora? ¿Sigue en Turquía?

—Ni idea —responde Marina—. No lo volvimos a ver ni a mencionar. Ella tampoco hablaba mucho de él. Cuando llegó a Kalymnos se le notaba que quería empezar de cero.

Sonrío con amabilidad, no quiero que esto suene a interrogatorio.

—Hoy también me he enterado de que Molly tenía algo con alguien de la isla, ¿lo sabíais?

—¿Quién? —dice Pablo con la avidez de quien acaba de oler un cotilleo jugoso.

—Aikos.

El nombre no sale de mi boca, sino de la de Marina.

—¿Lo sabías? —digo.

—Ella no me dijo nada, pero sabía que se vieron varias veces. Y también veía la cara de Molly cada vez que salía de casa. Al decir que estaba con alguien, supuse que era él.

No me da tiempo a añadir nada, una llamada a la puerta nos interrumpe.

Pablo se levanta con un resoplido automático, casi de alivio, y se dirige a abrir, mientras Marina se incorpora ligeramente de la hamaca como si eso fuera suficiente para parecer alerta. Yo no me muevo.

Escucho pasos en la entrada y una voz varonil, firme, con ese tono que ya anticipa galones. A los dos segundos, Pablo aparece

escoltando a un hombre de unos cincuenta años, con la espalda recta, la expresión curtida y ese aire de tipo que lleva toda la vida mandando y todavía no se ha aburrido.

—Este es el brigadier Petrakis —anuncia Pablo—. Director regional de la Policía del Dodecaneso.

El tipo asiente con educación militar. Habla un inglés fluido, aunque el acento griego asoma en cada frase.

—Buenas tardes. Siento llegar de improviso. El caso de la víctima ahogada ha pasado a nuestra jurisdicción. Vengo a conocer la situación de primera mano.

Traducido: esto ya no es cosa del cuartelillo local. Y eso es tanto buena como mala noticia.

—Quisiera hablar con ustedes dos —añade mirando a Marina y Pablo.

Ambos asienten con una mezcla de sorpresa y resignación. No es que tengan muchas opciones.

Petrakis da un paso dentro del apartamento y, al verme, se detiene un segundo. Su mirada se posa en mí con la atención de quien ha pasado demasiado tiempo haciendo informes de perfiles psicológicos.

—¿Usted es…?

—Valkiria —respondo, aunque dudo si acaso estaba a punto de pronunciar mi nombre—. Me alojo en una de las habitaciones de esta casa.

Petrakis entorna los ojos. No parece una respuesta que le baste. Me da la impresión de que ya sabe quién soy, pero quiere confirmarlo.

—¿Valkiria Kross?

—La misma.

Una ligera sonrisa se dibuja en su rostro, como si acabase de encontrar un archivo interesante.

—Pues justo tenía mucho interés en hablar con usted.

Se gira hacia Marina y Pablo con una cortesía precisa, casi coreografiada.

—¿Les importaría esperar unos minutos? Primero quisiera tener una conversación a solas con la señorita Kross.

Marina y Pablo se cruzan una mirada y asienten sin protestar. Vuelven a la terraza con una obediencia que me inquieta y yo entro en la casa.

El brigadier cierra la puerta con una parsimonia medida, como si hasta eso formara parte de un protocolo. Luego se gira, me escanea de arriba abajo y empiezan las preguntas sin perder un solo segundo.

—¿Qué está haciendo en Kalymnos?

No hay saludo, ni sonrisas, ni siquiera un intento de cordialidad.

—Vacaciones, escalada… Nada criminal por ahora —digo sin perderle la mirada.

No sonríe. Ni parpadea. Tiene la expresión de un tipo que ni desayuna hasta haber olido el miedo en tres sospechosos distintos.

—El oficial Nikos me ha hablado de usted. También la busqué. Treinta minutos bastaron. Artículos, entrevistas, esos libros basados en supuestos casos reales escritos por el famosillo. Puro material promocional. Pero, en esencia, lo que me esperaba: una detective freelance de provincia con ínfulas de heroína. Una especie de personaje de serie de sobremesa. De las que ven las yayas mientras planchan.

Su tono es helador.

—No tengo nada en contra de su… afición. Pero esto es una investigación oficial. Seria. Y no voy a permitir que una civil con delirios de protagonismo interfiera.

—¿Interferir? —repito, más sorprendida que ofendida—. ¿En qué momento he interferido?

—Todavía no ha sucedido, solo la aviso antes de que ocurra. Se acabó la cortesía de la comisaría local. A partir de ahora no quiero verla cerca de testigos, ni de pruebas, ni de nadie relacionado con el caso.

Camina por la sala como si estuviera marcando territorio.

—¿Está claro?

—Más claro que el agua en Télendos.

Genial. Justo ahora que quería meterme de lleno en el caso, me cierran la puerta en la cara.

—Puede retirarse —dice Petrakis, señalando la puerta interior

con el mentón, como si la casa fuese suya.

No tengo ninguna gana de obedecer, pero sí muchas de evitar un enfrentamiento sin utilidad. Me voy. Cruzo el pasillo con la dignidad torpe de quien está a punto de soltar una barbaridad y decide tragar saliva en el último momento.

Cierro la puerta con suavidad. Me siento al borde de la cama, sin quitarme ni los zapatos. Escucho los pasos del brigadier regresando al salón, la silla arrastrada, una pregunta lanzada con voz firme. Empieza el interrogatorio a Marina y Pablo.

Me gustaría estar ahí. Ver las caras, medir los silencios, captar esos matices que el brigadier probablemente ni percibe porque no los necesita. Él persigue hechos. Yo leo personas.

Los minutos se estiran. No me fijo si llevan cinco o quince. Pero entonces oigo pasos rápidos por el pasillo, una puerta que se abre sin llamar.

Me giro justo a tiempo para ver cómo entra Petrakis, seguido de otro agente que no había visto. No se molestan en decir nada. Caminan hasta el armario del fondo y lo abren sin ceremonia. Marina, desde la puerta, señala la mochila y la bolsa que inspeccioné el día anterior.

Sin miramientos, se lo llevan. Todo lo que Molly dejó aquí.

Petrakis me ignora adrede. El otro agente me lanza una mirada rápida, como quien evalúa si soy una amenaza o solo ruido de fondo.

Cuando terminan, el brigadier lanza una última mirada a la habitación. No a mí, a la habitación. Y se marchan. Sin más. Como si nunca hubieran estado aquí, como si yo tampoco existiera.

Me quedo quieta, mirando el espacio vacío donde estaba la mochila. Me invade una rabia fría, una sensación de invasión que no me esperaba. Como si le hubieran arrancado algo a Molly por segunda vez.

Me dejo caer sentada, con los brazos cruzados y un nudo en el estómago que no es solo mío. Estoy a punto de tirar el móvil a la cama cuando vibra. Miro la pantalla.

Aikos.

Mañana libro. ¿Te apetece escalar?

Sonrío. Apenas un milímetro. Pero suficiente.

Tal vez no pueda seguir la investigación por la vía oficial… pero hay otros caminos. Y algunos están hechos de roca caliza.

14

Estoy apoyada en la scooter, con el casco en el manillar y la mochila entre las piernas, justo al lado de uno de los accesos de escalada del sector Arginonta. A esta hora de la mañana la pared ya empieza a brillar con una intensidad casi cegadora. Hay viento, pero no del que molesta. Es de ese que te golpea en la espalda como si quisiera darte un último empujón para que alcances el final de la vía.

Entonces vibra el móvil.

Miro la pantalla sin demasiadas ganas. Es Nikos. Ver su nombre me sorprende, en especial tras la visita del brigadier el día anterior.

> *No debería estar compartiendo esto contigo, pero ya tenemos confirmación oficial del ADN por parte de los servicios británicos. Es Molly Bennett. Lo haremos público esta tarde, aún están preparando el comunicado.*

El contenido tampoco significa mucho —era obvia la identidad del cadáver—, pero el hecho de que el inspector haya incumplido órdenes de su superior es un alivio. Significa que sigo teniendo un pie dentro de la investigación oficial.

Levanto la vista. Frente a mí, una cordada termina de recoger el material. Ríen. Están lejos de saber lo que yo acabo de saber. En unas horas, mi preocupación va a compartirse con noticieros, titulares sensacionalistas y alguna que otra madre que deje de dormir tranquila.

Hasta ese momento, el caos solo se extendía en Kalymnos. Pero con una extranjera asesinada en una isla turística, estaba a punto de cruzar fronteras.

Ahora todo se va a acelerar. Las autoridades tendrán que dejar

de hacer como que investigan en vacaciones. La prensa caerá encima como gaviotas sobre un cadáver a la deriva.

Nunca mejor dicho.

Guardo el móvil y alzo la vista a un coche minúsculo que acaba de aparcar. De él sale Aikos. Viene con el pelo suelto sobre la frente y una sonrisa que parece intacta para haber madrugado.

—¿Llevas mucho esperando? —pregunta, como si llegara tarde, aunque está perfectamente a la hora.

—No mucho. ¿Estás listo?

Asiente con entusiasmo y subimos hacia el sector. El sendero serpentea entre arbustos bajos y piedras sueltas que crujen como galletas bajo las zapatillas. Las paredes del valle de Arginonta nos escoltan a ambos lados, gigantes de caliza esculpidos por siglos de viento y sal.

—Alguna vez he escalado, pero hace mucho —dice Aikos, acomodando la mochila—. Mejor si me refrescas la memoria antes de que me mate.

—Buena idea —digo, señalando una de las vías más accesibles del sector.

Un quinto sin desplome, con buenos agarres y chapas decentes. Lo más parecido a una escalinata vertical.

Le hago un resumen básico mientras nos colocamos bajo la línea elegida.

—Esto es lo mínimo que tienes que saber si no quieres terminar como estatua decorativa. Siempre verifica el nudo de tu arnés. El ocho doble tiene que estar limpio, sin cruces raros y bien apretado. Segundo: asegura con atención, mantén siempre una mano firme en la cuerda y no te distraigas. Cuando esté en la pared, mi vida depende de ti.

—Tranquila, no dejaré que te caigas. Si intento matarte, supongo que no ayudará a demostrar mi inocencia en tu investigación.

Le miro de reojo, pero su sonrisa acaba rompiendo mi seriedad.

—No te confíes, anda. Lo último que debes saber: escala con los pies, no con los brazos. Esto no es crossfit, es ajedrez vertical. Cuanta menos fuerza hagas con los brazos, mejor.

Le muestro cómo comprobar que el nudo está bien hecho y la dirección del *grigri*, el dispositivo que evita que la cuerda se deslice. Me sigue con atención.

Una vez terminamos el repaso, señalo la vía.

—Voy a montarla yo primero. Tú aseguras. Tranquilo, no me voy a morir. Y si lo hago, al menos será haciendo lo que me gusta.

—Qué reconfortante —responde, pero sonríe.

Me ato la cuerda, reviso los nudos y empiezo a escalar.

Los primeros metros son fáciles, casi insultantes. Presas generosas, apoyos sólidos. La caliza aquí es rugosa y tiene esa textura perfecta que no te destroza las yemas ni resbala. A mitad de la vía, una ráfaga de aire trae olor del romero silvestre y sal.

Desde aquí arriba el valle parece suspendido en otro tiempo. Las cabras pastan a su bola, las barcas se mecen en la costa como si nadie hubiese encontrado un cadáver unos días atrás. El mundo sigue. Porque siempre lo hace.

A mitad de la vía, mientras coloco la cuarta cinta, miro hacia abajo.

—Oye, ¿tú eres de Kalymnos?

Aikos agarra con más fuerza la cuerda.

—¿Hablas mientras escalas?

—Solo en las vías que no requieren cerebro —digo, y levanto la pierna izquierda hasta un apoyo tan cómodo que parece puesto ahí por un escenógrafo—. Esta es una de ellas.

Él se ríe.

—No. Soy de Thessaloniki. ¿La conoces?

—Es la segunda ciudad más grande de Grecia, ¿no?

—Sí, mucho coche. Kalymnos es otra cosa.

—¿Y cómo acabaste aquí?

—Pues sin saber cómo, la verdad. Vine una vez de vacaciones, sin expectativas. Solo unos días.

—Y te atrapó —completo, porque ya me conozco esa historia.

—Exacto. Volví a casa con la sensación de que me faltaba algo. Me despertaba pensando en el color del agua de este mar, en el olor del polvo en los senderos, en los malditos gatos callejeros que te miran como si supieran tus secretos.

Sonrío mientras me impulso al siguiente agarre.

—¿Y tu familia?

—Mi madre pensó que estaba loco. Le decía que tenía que volver, que Kalymnos no era un sitio de paso. Era… como si el resto del mundo se hubiera puesto en pausa mientras yo estaba aquí.

Desde esta altura puedo ver su silueta bien plantada junto a la cuerda, siguiendo cada uno de mis movimientos con una mezcla de atención y ternura.

—¿Y cómo acabaste trabajando de guía? —digo mientras empiezo a preparar el rápel.

—Fue casi inevitable. Me pasaba el día recomendando lugares a los turistas, enseñando rutas aunque no me lo pidieran. Al final entendí que si amas tanto un sitio, compartirlo se vuelve una necesidad.

Hace una pausa para comprobar que todo está correcto con la cuerda. Luego añade:

—Cada vez que alguien me dice al final de un tour que se ha enamorado de Kalymnos… siento algo tan fuerte que ni siquiera sé cómo ponerlo en palabras. Es como si esa emoción también fuese mía.

—Todo listo aquí —digo, molesta por tener que interrumpirle.

—Listo.

Confirmo con un gesto, me inclino hacia atrás y empiezo el descenso.

Tiene razón. El primer tour que hice con él fue diferente a cualquier otro que había hecho. No porque mostrara datos curiosos o supiera los nombres en griego antiguo de todas las cabras del valle. Fue su forma de hablar. Como si cada palabra saliera directa del pecho, sin filtro ni estrategia, como quien te enseña un dibujo hecho a mano con la convicción absoluta de que ha creado una obra maestra. No por orgullo. Sino porque realmente cree que vas a verla con los mismos ojos que él.

Cuando llego al suelo, nos cambiamos el material en silencio, un silencio extrañamente cómodo, como si nos conociésemos de mucho tiempo atrás. Me quito el nudo de mi arnés y reviso cómo Aikos se ajusta la cuerda.

Escala de segundo, asegurado desde abajo y usando la cuerda que yo ya he fijado. No tiene que montar la vía, solo subir. Más sencillo y más seguro.

Se nota que no es la primera vez que escala, pero también que su cuerpo no está del todo familiarizado con estar pegado a una pared. Tira de brazos más de lo necesario, apoya los pies donde no debe y respira como si la caliza lo estuviera insultando.

—¿Todo bien ahí? —le grito desde abajo.

—Perfecto —responde, jadeando como si estuviera subiendo el Everest en sandalias.

A mitad de la vía, cuando parece que por fin está empezando a fluir, suena algo.

El timbre de un móvil.

—¿En serio…?

Tenso la cuerda y Aikos se queda colgado en la pared. Mete la mano en el bolsillo del pantalón como si no estuviera a diez metros del suelo y saca el móvil.

—¿Estás contestando el móvil? ¡¿En mitad de una vía?!

—Es rápido —me dice, con una voz culpable que no le sirve de escudo.

Se pone el móvil en la oreja y habla con tono bajo. Por su expresión, sé que no son buenas noticias. Cuelga un minuto después y me dice que tiene que bajar.

Cuando toca tierra, evita mirarme directamente.

—Era Makarios. Hay una pareja de italianos que quiere un tour privado ahora mismo. Dice que no puede perder la oportunidad.

—Vaya, qué considerado —respondo, con el tono más seco que una galleta de arroz.

Aikos se encoge de hombros.

—Así es él. Ve un billete de cincuenta ondeando en el aire y se lanza como si fuese un cabrito en celo. A veces me saca de quicio, de verdad… —Hace una pausa, sonríe con una mezcla de ternura y resignación—. Pero supongo que no lo culpo. Ni siquiera es de esta isla, así que imagino que siempre ha sentido que tiene que agarrarse con más fuerza a cualquier oportunidad. Cuando su empresa estuvo a punto de hundirse, justo apareció esta locura del tesoro. Kalymnos

volvió a estar en los mapas. Su negocio revivió y, con él, su cuenta bancaria.

Se pasa la mano por la nuca, como si aún no terminara de asumir lo bien que les ha salido.

—Supongo que por eso le cuesta soltar cualquier oportunidad. Cuando has olido la bancarrota de cerca, esa peste se te queda dentro. Su codicia no es por avaricia, sino por miedo.

Vuelve a sonreír, más suave.

—Además, si puedo lograr que dos personas más se enamoren de esta isla como yo lo hice… entonces sí, supongo que todo vale la pena. Incluso aguantar sus numeritos.

Lo dice sin sarcasmo, como quien elige contarle a un niño su cuento favorito, aunque ya lo haya hecho mil veces.

—Lo siento, Val —añade, con la expresión de alguien que odia cancelar un plan.

—No pasa nada. Créeme que te entiendo al poner por delante tu trabajo.

Él suelta una risa breve, aliviada.

—Esta tarde quiero llevarte a un sitio. Para compensar. Y además… —Me mira con algo entre picardía y certeza—. Estoy seguro de que te servirá para tu investigación.

—¿Ah, sí?

No pregunto detalles. Por su sonrisa, sé que no me los va a dar.

Mientras hablaba se ha quitado el arnés y los pies de gato. Coge su mochila, alza la mano para despedirse y se marcha con paso rápido por el sendero, como si no quisiera darme tiempo a cambiar de idea. Me quedo en la base, viendo cómo se pierde entre los pinos.

Recojo el material con calma, sin prisa. Desde luego que esa mañana de escalada me ha sabido a poco, pero la proposición final me ha dejado con curiosidad. Doblo la cuerda por la mitad, con un ritmo automático que me despeja la cabeza. O al menos eso intento.

Unos metros más allá, por encima de un pequeño resalte, hay otra cordada que acaba de llegar. No parecen conocerse mucho: se nota en cómo se hablan, en los silencios incómodos entre indicaciones, en la falta de fluidez al repartirse el material. El que va

a escalar primero es un tipo alto, moreno, con una energía que no sé si nace de la seguridad… o de la urgencia por destacar.

Empieza a trepar una vía de séptimo grado sin casco y sin hacer ni el amago de revisar nada con su compañero. Sale rápido, demasiado rápido, como si detenerse a comprobar el nudo o a cruzar una mirada con el asegurador fuese una pérdida de tiempo reservada para gente menos brillante. Apenas ha chapado la segunda cinta cuando da un tirón brusco hacia arriba, ignorando por completo la posibilidad de caer. El asegurador, un chico más joven y claramente con menos experiencia, apenas puede seguirle el ritmo. Lo mantiene suelto, con la cuerda colgando como si estuvieran haciendo una sesión de fotos y no un aseguramiento.

Y entonces pasa.

El escalador da un paso lateral agresivo, resbala y cae en péndulo hacia una vía vecina. En esa otra línea, una mujer está en plena maniobra para descender en rápel. Por unos centímetros no se la lleva por delante.

El asegurador pega un tirón seco para frenar la caída, más por instinto que por técnica. El escalador rebota contra la pared con un golpe seco, suelta una maldición y se queda colgado un instante, comprobando si sigue entero.

No ha pasado nada. Pero podría haber pasado todo.

Desde arriba, la mujer del rápel grita algo —en francés—, claramente indignada. El asegurador levanta los brazos en disculpa, rojo como un tomate.

Y entonces el escalador estalla como si el otro hubiese intentado matarle a propósito.

—¡¿Qué haces?! ¡Tienes que estar atento! ¡¿Quieres que me rompa el cuello?!

El chico lo mira con la expresión culpable de quien pide perdón por existir.

Yo veo la escena completa. El escalador sin revisar su nudo, moviéndose con más arrogancia que cabeza… y aun así echándole la culpa al único que ha evitado que la caída fuese peor.

El tipo resopla, sacude la cabeza con teatralidad y vuelve a subir como si no hubiese puesto en riesgo a media pared.

Desde donde estoy, alcanzo a verle el rostro. No lo conozco. Pero sé que me voy a acordar de él.

15

Aikos conduce el Fiat 500 como si fuera parte de él, aunque el motor suena a cafetera con asma.

No me ha dicho a dónde vamos. Solo que me interesará. Lo dijo con esa media sonrisa suya que parece un secreto envuelto en papel de regalo. Hay algo en su forma de mirar que hace que una quiera seguirle incluso si el camino lleva al borde de un acantilado.

Dejamos atrás el litoral de Pothia y el coche empieza a trepar por el interior de la isla. Kalymnos no es una masa de tierra cualquiera: es un laberinto de roca y olivos que parece haber sido diseñado por un geólogo con delirios de grandeza. Tiene tres valles principales. Está el de Vathy en el centro, estrecho y fértil como un susurro que se abre paso entre las montañas; el de Arginonta al norte, más seco, de tonos ocres y con menos pretensiones; y el tercero al sur, el más transitado, que conecta Pothia con Mirties a través de un trazo largo y sinuoso, como si la isla intentase coserse a sí misma desde ambos extremos.

A medida que subimos, los caminos se estrechan y los carteles desaparecen. El Fiat protesta al encarar la pendiente, Aikos ni se inmuta. Yo, por mi parte, me agarro al reposabrazos.

La cima entre los valles de Vathy y Arginonta surge. Ni un mirador, ni un banco, ni una triste cabra que haga de bienvenida. Solo un cambio sutil en la atmósfera: el aire más frío, la luz más limpia, como si estuviésemos atravesando una frontera invisible entre dos Kalymnos distintas.

Entonces la veo.

Una casa de piedra encaramada a la montaña, alejada de todo lo que conozco de la isla. Ningún edificio a la vista, ninguna cuerda de escalada colgando de las paredes. Solo esa construcción robusta, rodeada de un terreno que no sabe si quiere ser jardín o campo de batalla, y una calma que no cuadra con la isla ruidosa, cálida y

vertiginosa que me ha acogido hasta ahora.

—¿Y esto? —pregunto, sin disimular la sospecha.

Aikos no me mira, pero sonríe como si llevase toda la subida esperando esa pregunta.

—Kalymnos es mucho más que roca y buceo, Valkiria. Son sus gentes.

Me giro hacia él, pero no añade nada; acelera y deja la frase suspendida.

Cuando el coche se detiene, «Kalymnos son sus gentes» sigue rondándome. No sé si lo leyó en una guía o lo lleva en los huesos, pero lo dice sin necesidad de convencer.

Un hombre que ya conozco aparece en la puerta antes de que apaguemos el motor. Lleva una camisa arrugada y una sonrisa aún más amplia. El sol le marca los surcos del rostro como si fueran señales de tráfico. Durante un segundo tardo en reconocerlo.

—No esperaba que tú aparecieras por este lugar tan lejos de las vías de escalada —dice, ladeando la cabeza como si le estuviera jugando una mala pasada el sol.

—¿Kostas? —digo en el instante en el que me viene su nombre a la cabeza. El hombre del restaurante de Vathy que la camarera me presentó como una leyenda.

Aikos parpadea entre nosotros, con una ceja levantada.

—¿Os conocéis?

—Tuvimos una charla interesante en Vathy —explico, encogiéndome de hombros.

Kostas nos invita a entrar. Dentro huele a madera envejecida, a café recién molido y a ese polvo ancestral que solo habita en las casas que tienen más historias que metros cuadrados.

Aikos se apoya en la puerta, cruzado de brazos.

—Kostas fue el primero en darme la bienvenida cuando llegué a Kalymnos —dice—. No me conocía de nada y me trató como si fuera su sobrino. Cuando le pregunté por qué había dejado su vida en Atenas, me dijo que lo hizo porque se había cansado de vivir con la sensación de estar respirando prestado.

Kostas deja una taza sobre la mesa con más cuidado del necesario. Su mirada se pierde un instante por la ventana.

—Tenía cincuenta y seis años. Una empresa en bancarrota, dos hijos que no me hablaban, una deuda con el fisco que parecía escrita en griego antiguo. Todo lo que era mi vida… no valía nada.

—¿Y entonces viniste aquí? —pregunto, bajando un poco la voz.

—Volví. Nací aquí, aunque mi padre nos llevó a Atenas cuando apenas tenía cinco años. Quería alejarnos de todo esto. De los riesgos, de las escafandras, de la maldición de los buzos de esponjas. Uno de sus hermanos murió bajo el agua. Y su padre… acabó con la mitad del cuerpo paralizado por culpa de la descompresión. Así que lo entendí. Mi padre no quería que acabásemos como ellos, pero él nunca entendió Kalymnos. Ni a su otro hermano.

—Panayotis —digo, más como confirmación que como pregunta.

Asiente. Durante un segundo la mirada se le ensombrece.. No hay odio, pero sí una tristeza antigua, como de olas que siguen golpeando una roca mucho después de que nadie las mire.

—Panayotis era la excepción que confirma la regla de lo que le esperaba a cualquier buzo de esponjas. Él y mi padre no volvieron a hablarse. Uno se quedó con la isla y el otro con el resentimiento. Cuando todo falló en Atenas, regresé a este lugar que se suponía que debía odiar.

—¿Cuándo volviste?

—A finales de 2022.

—Cuando murió tu tío —digo en un susurro, más hablando para mí que para ellos.

—Así es. Leí los diarios de mi tío y conocí a Galateia. A los dos meses ya estaba buceando. Nunca imaginé que me enamoraría de algo tan ajeno a mí. Pero así fue.

Suelta ese nombre de mujer como si tuviese que conocerlo. Aikos tampoco se detiene a dar más explicaciones.

—El de antes, el Kostas de Atenas, ya no existe —dice con una sonrisa que parece pertenecer a otro hombre—. Aquí encontré algo que allá nunca tuve: sentido. Aunque me llegara tarde.

Nos quedamos un instante en silencio. Solo se escucha el balar lejano de una cabra y el zumbido tenue del viento entre las ramas de los dos olivos que guardan la entrada. Aikos no dice nada. Solo

observa. Como si ya supiera que esto es justo lo que necesitaba escuchar.

Yo también. Aunque no sé por qué.

Entonces, una voz firme, desde el interior, rompe el momento:

—¿Vais a quedaros ahí todo el día o vais a entrar a ver de verdad lo que hacemos aquí?

No hace falta que Kostas diga su nombre. Ya lo intuyo por la forma en la que Aikos se pone recto como si acabara de entrar al despacho de un ministro.

Galateia.

Los pasos se acercan sin prisa ni duda. Cuando aparece en el umbral, me obligo a no mostrar impresión. Esta mujer podría levantar una revolución con la mirada.

Cabello corto, piel castigada por el sol, ojos grises hechos para leer tormentas.

—Así que tú eres Valkiria —dice.

Aikos, detrás de mí, se acomoda el cuello de la camiseta con gesto culpable.

—Le hablé de ti esta mañana —admite en voz baja—. Le dije que investigabas lo ocurrido con Molly y vendríamos esta tarde.

—Supuse que eras tú en cuanto escuché el coche —añade ella, sin dejar de observarme—. No esperaba que tuvieses pinta de turista despistada.

—Depende de quién mire —respondo, con esa media sonrisa automática que me sale cuando respeto a alguien sin querer admitirlo del todo.

Galateia no necesita seguir el intercambio. Se gira sin más y nos hace un gesto con la mano. La seguimos.

El interior de ese despacho no tiene nada que ver con la fachada rústica. Entramos en lo que solo puede describirse como el corazón logístico de una operación seria. Estanterías llenas de carpetas, tres pantallas encendidas, mapas con códigos de colores, papeles organizados en un orden que parece caótico solo si no tienes acceso a la clave.

—Bienvenidos al último intento por salvar esta isla antes de que se convierta en una postal para redes sociales —dice Galateia, con

un tono seco que no necesita hipérboles.

Aikos y Kostas se quedan atrás. Ella se mueve entre mesas y archivadores como si flotara sobre años de esfuerzo.

—Fui la primera mujer en sumergirme para recolectar esponjas en Kalymnos. No por activismo ni por valentía. Por puro instinto. A los quince ya buceaba mejor que muchos hombres. Pero en mi familia, como en todas, eso no bastaba. Así que empecé en secreto, con un traje integral. Nadie sabía que bajo la escafandra había una cría con ovarios y mala leche.

—¿Y cuándo lo supieron?

—Cuando empecé a recolectar más que ellos. Ya no podían negarlo ni echarme, así que lo aceptaron a regañadientes. Con el tiempo fui respetada, temida por algunos, querida por otros. Hasta que mi cuerpo dijo basta.

—¿Disbaria?

Lo pregunto al ver cómo se mueve. No cojea, pero hay algo en su andar, en la forma en la que apoya el peso, que me resulta familiar. Esa rigidez leve, como si algunas partes del cuerpo ya no respondieran con la misma soltura de antes. La he visto antes, en veteranos de buceo técnico. Y la causa suele ser la misma: una enfermedad silenciosa que aparece cuando subes demasiado rápido desde el fondo.

Asiente. No hay vergüenza, ni dramatismo. Solo hechos.

—Sí. Parálisis parcial por descompresión. Una de las tantas facturas que deja el fondo del mar si no respetas sus tiempos.

Cuando esa enfermedad hace presencia, no se va. Se instala en el cuerpo como una mala decisión sin marcha atrás. Y sin embargo, ahí está ella, de pie, dirigiendo todo esto. Como si el daño no la hubiese detenido, solo reconfigurado.

—Y varias cicatrices más, pero eso ya es historia antigua. Tengo cincuenta años, dos hijos, y desde hace un tiempo… Kostas.

Le lanza una mirada breve. En alguien tan directa, ese gesto desentona. En cualquier otra persona pasaría desapercibido. En ella, podría confundirse con un amago de romanticismo.

—Y esto —dice señalando el caos orquestado del despacho— es lo que hago ahora. Lo que nos une.

—¿Salvar Kalymnos?

—Transformarla antes de que se ahogue en su propio éxito. El turismo es lo que mantiene la isla… y lo que la está destruyendo. El agua escasea, los residuos se acumulan, la población local se rompe. Si seguimos así, no quedará ni isla ni gente ni turistas. Solo ruinas y arrepentidos.

Se acerca al gran mapa clavado en el corcho del centro de la sala. Las chinchetas de colores no están puestas al azar.

—Nuestra organización trabaja para cambiar el modelo: diversificamos los ingresos, reducimos la presión del turismo masivo, promovemos un turismo de calidad, protegemos los ecosistemas que hacen que Kalymnos exista. Y lo hacemos con datos, con regulación inteligente y con la participación de los que viven aquí. No queremos un parque temático. Queremos un hogar que sobreviva.

»Como todo en esta vida, necesitamos dinero. Algunas familias de varias generaciones que tuvieron suerte y prosperaron han donado algo a nuestra causa. También algún que otro turista de bolsillo generoso que terminó haciendo de Kalymnos su hogar. Aun así, con una meta tan ambiciosa, no basta.

La habitación queda en silencio. Por primera vez en mucho tiempo, estoy delante de una causa que no necesita ser disfrazada de misterio para que me interese.

Es entonces cuando Aikos me da justo esa respuesta.

—Valkiria, te he traído porque quería que conocieras a Galateia. Que vieras lo que intenta hacer aquí. Kalymnos se muere. Tarde o temprano, alguien encontrará el tesoro de Panayotis, y con eso se esfumará el boom turístico que nos ha mantenido a flote estos últimos años. Todo esto no es más que un parche. Y estoy convencido de que Panayotis lo dejó así a propósito. Igual que tengo claro que la clave para encontrar ese tesoro y entender su verdadero valor no está en un mapa ni en unas coordenadas. Está en conocer de verdad esta isla y a su gente.

16

Son las nueve de la mañana y ya hace calor como si el sol tuviera prisa por freírnos vivos. No parece que sea el final de la Semana Santa en abril. El día anterior no dejó de darme vueltas en la cabeza. Las palabras de Galateia, su convicción, el mapa lleno de chinchetas, los silencios de Kostas, la reflexión de Aikos. Pero sobre todo, el nombre que sigue pesando más que todos los demás juntos: Panayotis.

No lo conocí. Tampoco hacía falta. Hay nombres que arrastran su propio eco. Panayotis es uno de ellos. Una historia sin cerrar.

Así que bajo a Pothia.

Quiero ver la casa donde vivió, el museo en que la convirtieron tras su muerte. Necesito pisar su suelo, mirar por sus ventanas. No tanto por respeto —aunque algo de eso hay—, sino porque sé que si me esperan respuestas, están ahí. Panayotis es el nexo. Entre la isla, el tesoro, la muerte de Molly… y todo lo que todavía no encaja.

Pothia, a esta hora, ya está en marcha. Cafés abiertos, ferris atracando, motos zumbando por las cuestas sin ningún respeto por la acústica. El puerto bulle como un organismo vivo: ruidoso, salado y sin filtros. La brisa huele a algas, a gasolina vieja y a pan recién horneado. El ambiente anuncia la Noche del Oro. Quedan dos días y las calles ya están salpicadas con faroles, telas doradas y un nerviosismo eléctrico. Un gato tuerto me observa desde un toldo como si supiera a lo que vengo.

Según el mapa del móvil, la casa se encuentra al final del paseo marítimo, subida en un nivel ligeramente superior al resto. Como si quisiera recordarles a todos que antes de los bares para turistas y los alquileres turísticos, había otra Kalymnos. Y que ella estaba ahí primero.

Es señorial. No hay mejor palabra. Una casa que no pide permiso ni perdón. Blanca, con contraventanas azul marino, balcón

de hierro forjado y una puerta que parece pensada para mantener fuera tanto el frío como a los ladrones.

Apenas hay gente en el museo. Queda claro que en esta isla mandan las playas y los cafés con vistas. Mejor. Me gusta tener los fantasmas para mí sola.

La entrada es sobria. Una placa que empieza a acumular óxido, una taquilla cerrada con un cartel de «vuelvo en cinco minutos» que llevará allí veinte. Nadie vigila que no toque nada. Nadie vigila nada.

Las primeras salas se dedican a lo obvio: el mar, las esponjas, los trajes de buceo. Pero no es una exposición decorativa. Es una cápsula de memoria. La historia de Kalymnos vive aquí, grabada en cobre, escafandras y huesos rotos.

Durante más de un siglo, los hombres de esta isla se lanzaban al fondo del mar con una piedra atada a los pies —la *skandalopetra*— y una bocanada de aire como única garantía. Bajaban decenas de metros para arrancar esponjas del lecho marino. Su salario era lo que lograran subir. Su vida, una estadística más en la cuenta de los que no volvieron.

La suya era una épica incompleta sin quienes quedaban en tierra. Vasilikí Laskaridou, la mujer de Panayotis, fue una de ellas. Una figura clave no solo para entenderlo a él, sino a toda una generación. Mientras Panayotis pasaba meses en el mar, ella se encargaba del resto: la casa, los hijos, los rezos, la espera. Cada salida era una despedida sin garantías. Cada regreso, un milagro. Y cuando alguno no volvía, eran las Vasilikís de la isla quienes recomponían lo que quedaba.

En 1865, con la llegada del traje de escafandra, todo cambió. Más profundidad, más tiempo, más riesgo. También más dinero. Y más muertos.

Veo una foto de Panayotis joven, flaco, serio, con esa mirada de quien ya ha visto demasiado. Al lado, un fragmento ampliado de su testamento: «Lego todas mis posesiones materiales al pueblo de Kalymnos […]. A excepción de mi posesión más preciada. Esa, la escondí hace diez años, la última vez que mis pulmones se llenaron de sal y sol, la última vez que descendí al azul profundo. No está guardada en una caja fuerte ni enterrada bajo tierra. Está donde

debe estar. Quienquiera que la encuentre, será suya».

No dice dónde. No dice qué. Solo promete.

Si el tesoro está donde él buceó por última vez y esa página del diario está arrancada, entonces hay alguien más que sabe algo. Alguien que llegó hasta él. Molly.

Porque ahora estoy segura. Ella lo encontró.

Es la única forma en la que todo encaja: la desaparición, la ausencia de cuerpo, las amenazas que yo misma he recibido desde que empecé a hurgar en esta historia. Pero eso abre otra pregunta que no me gusta nada. Si ella llegó al tesoro, ¿por qué no salió a la luz? ¿Qué descubrió allí que merecía matarla?

Porque alguien más tuvo que encontrarlo. Alguien con motivos para callar y con los medios para asegurarse de que Molly también callara.

La última sala del museo es distinta. No hay vitrinas con escafandras ni fotografías en sepia. Solo una pared forrada de estanterías y, en el centro, una pantalla táctil encajada en un atril de madera pulida. Al fondo, los diarios.

Los de Panayotis. Los originales.

Filas y filas de cuadernos idénticos, clasificados por años, cada uno más gastado que el posterior. Tienen algo reverencial, como si tocaran una fibra que en esta isla todavía duele.

Me acerco a la pantalla. Alguien con mucho tiempo libre y una devoción malsana por el detalle se ha dedicado a digitalizar cada una de las inmersiones. Día, hora, profundidad, duración, temperatura, visibilidad, anotaciones… Toda una vida de descenso al fondo del mar convertida en una base de datos perfectamente navegable.

La tentación es inmediata.

Siempre he tenido esa costumbre inútil de memorizar datos cuando no sé qué más hacer. Ciudades, códigos, nombres, fechas de nacimiento. Las coordenadas de un mapa que ya no existe. Me calma. Como si almacenar cosas me protegiera de perderme.

Así que empiezo.

Leo. Anoto mentalmente. Comparo.

Sitios repetidos, fechas que se suceden cada año, patrones. En

sus últimos años, Panayotis solo hacía una inmersión anual, siempre en la misma época. Siempre solo, siempre en el mismo punto. Sin justificación aparente. Lo llamaba «visita», como si el mar fuese una vieja amante a la que debía una cita puntual. Esas inmersiones tienen algo especial. Y si tuviera que apostar, diría que es ahí donde hay que buscar. Pero también sé que quien busca el tesoro ha pensado así.

Miro los diarios físicos. Uno a uno, pero sin pasar sus páginas. No necesito verlas: ya están en la pantalla. Todas menos una.

La última.

El cuaderno figura en el registro. Pero al consultarlo en la base de datos, el último año solo contiene una entrada vacía. La única información es el mes y día de la inmersión. Los mismos desde 2009.

Y una línea de texto al lado: «Desconocida».

La última inmersión.

La que arrancó.

La que lo cambió todo.

Me quedo un rato allí. No hay nadie más en la sala. Solo yo y una pared de papel que huele a antigüedad y a legado.

Quizá Molly no siguió las pistas que todos repitieron hasta desgastarlas, quizá llegó por otro camino, uno que no estaba en los registros. Porque no buscaba como local, sino como forastera. Y eso, en Kalymnos, puede ser ventaja o sentencia.

Una extranjera, escaladora y buceadora, apenas una semana en la isla. Sin idioma, sin contactos, sin contexto. Pero con algo mucho más letal: inteligencia, curiosidad y una forma de pensar que no conoce líneas rectas ni caminos marcados.

Encontró el tesoro a pesar de que nadie esperaba que pudiera hacerlo. Y si la mataron… fue por lo que halló.

Salgo del museo con la cabeza llena y el estómago vacío. El sol ya no perdona. Me pongo el casco, me subo a la scooter y arranco dirección Panormos. Ya tengo suficiente por esta mañana. Demasiadas pistas y preguntas. Lo que necesito es reposarlo.

La carretera serpentea en una ascensión continua entre casas encaladas, buganvillas y perros que ladran sin convicción. Desde que

he salido del puerto no he hecho otra cosa que subir. A mitad de camino, empiezo a notar algo raro. Un coche detrás de mí, el mismo coche desde hace dos curvas. No se pega ni se queda atrás. Solo permanece.

Acelero un poco. El coche también.

Miro por el retrovisor. El sol se refleja en su parabrisas, no puedo ver quién va dentro.

Giro por un desvío que no lleva a Panormos. Un atajo que bordea el mar por la parte alta. Camino estrecho, poco tráfico.

Nada cambia. El coche también gira.

El corazón me late en las sienes. La adrenalina no necesita permiso, se instala como si tuviera llaves. Aprieto más el gas. El viento me golpea la cara. Voy demasiado rápido, pero me da igual.

Entonces sucede.

Una curva cerrada que me hace frenar por primera vez desde que he salido del puerto. Pulso la maneta. Nada.

La rueda delantera sigue girando como si estuviera poseída. Vuelvo a frenar. Cero resistencia.

La scooter no responde.

—Mierda —digo, aunque ya no sirve de nada.

Solo tengo un segundo para decidir qué hacer.

No es suficiente.

El asfalto se convierte en una mancha borrosa.

Y después, todo se vuelve blanco.

17

Abro los ojos y el mundo está al revés.

Literalmente.

Tengo el cuerpo torcido sobre la cuneta, una piedra incómoda bajo la espalda y la correa del casco clavándose en la mandíbula. Tardo unos segundos en entender que sigo entera. Aturdida, magullada y llena de polvo, pero entera.

Una voz me llega. Es en griego. Al ver que no respondo, vuelve a hablar en inglés.

—¿Estás bien?

Intento incorporarme. Malísima idea. Todo me da vueltas.

—No te muevas —dice la voz—. Ya estoy contigo.

Lo siguiente que veo es su cara. La de Aikos. Agachado a mi lado, manos en mis hombros, ojos como platos. Lleva una camiseta negra manchada de polvo y la frente perlada de sudor.

—¿Qué haces aquí? —murmuro, aunque mi lengua parece hecha de plomo.

—¡Valkiria!

La sorpresa en su rostro parece real. Entonces me fijo en que detrás de Aikos un hombre mayor, de unos setenta años, me observa con preocupación.

—Estaba volviendo de Vathy —dice Aikos—. Vi cómo la scooter se te iba y acababas en la cuneta. Dios, Valkiria, casi me da un infarto.

Sus palabras me suenan lejanas.

Intento sentarme de nuevo, más despacio. Esta vez lo consigo. El mundo ya no gira, o al menos no tanto. La scooter está a unos metros, tumbada de lado. Un retrovisor ha salido despedido y el manillar ha quedado torcido. El guardarraíl tiene un raspón reciente y en el borde del asfalto todavía hay grava removida.

Cuando bajo la vista hacia mi cuerpo, el escozor llega de golpe.

Tengo la tela raspada en el codo y en el hombro, la rodilla me arde y el tobillo se queja al moverlo. Más abrasiones que otra cosa. Polvo, un poco de sangre superficial y el golpe seco que mañana se convertirá en moratón. Nada doblado, nada fuera de sitio. He tenido suerte.

—Los frenos —digo—. Los frenos no funcionaban.

Aikos se queda en silencio. Luego baja la vista y niega con la cabeza, como si necesitara procesarlo.

—¿Estás segura?

Lo miro con una mezcla de dolor y rabia.

—Si no, ¿por qué habría frenado contra el guardarraíl?

Aikos no responde. Me examina; más allá de mis respuestas quejicosas, estoy bien.

—¿Quién es este hombre? —pregunto señalando al griego que no deja de mirar. No parece entenderme.

—Ha llamado a emergencias. Decía que iba detrás de ti y ha visto el accidente. Yo he llegado cuando te iba a quitar el casco y le he dicho que se detuviera. En estos casos es mejor no hacerlo.

Me incorporo del todo y ahí está, el vehículo que creía que me seguía, aparcado a un lado de la carretera. Miro de nuevo al anciano, más detenidamente esta vez. O es la coartada mejor elaborada que he visto en mi vida, o lo que me seguía era un fantasma inventado por mi cabeza saturada. Una alucinación nacida del exceso de tensión, mi mente necesitaba un enemigo visible para justificar el desasosiego de estos días.

Al rato aparece la Policía. Uno de ellos, un tipo de bigote grueso y barriga generosa, se saluda con Aikos y el anciano como si fueran amigos de toda la vida.

Me miran como a una turista despistada que ha apretado demasiado el gas. Hasta que Aikos les suelta la frase clave:

—Los frenos no funcionaban.

Eso les cambia la cara. Estoy a punto de añadir algo más, pero espero a confirmar mi intuición.

Al rato llega el mecánico que se lleva la scooter. Un hombre seco, de esos que huelen a grasa incluso cuando no están tocando nada. Aikos traduce mi explicación sobre el fallo de frenos. Asiente

con la cabeza. Luego inspecciona por encima.

—Esto no es desgaste. Alguien los ha soltado —dice Aikos tras la voz del mecánico.

Una frase sencilla, pero me golpea el estómago.

El policía toma nota y el procedimiento se alarga. Revisan la carretera, sacan fotos, hacen preguntas. Muchas preguntas. Quién soy, de dónde vengo, dónde me alojo. Si sé quién ha podido hacer esto. Me obligan a contar todo el recorrido, curva por curva. Me ahorro la mención del señor que pensaba que me seguía, que tras hacer una declaración de lo atestiguado, ha seguido su camino.

Aikos se mantiene a mi lado todo el tiempo, con cara de preocupación sincera. Hasta demasiado sincera. Es entonces cuando mi paranoia se activa. ¿Qué hacía él justo aquí? ¿Por qué volvía por esta carretera secundaria y no por la principal?

—¿Seguro que venías de Vathy? —le suelto, mirándolo de reojo.

No se ofende. Sonríe, ya esperaba la pregunta.

—Puedes preguntar en el puerto. Tenía un grupo de esnórquel esta mañana y terminé hace una hora. Esta ruta es más rápida para llegar a mi casa.

Me lo dice con una tranquilidad que me desarma, pero no del todo.

—¿A cuento de qué esa sonrisa? —digo irritada.

—No sé. Supongo que ya hasta me hace gracia que sospeches de mí.

Pongo los ojos en blanco.

Después del papeleo, me dejan marchar. Volvemos en el coche de Aikos, en silencio, con las ventanillas bajadas y el olor a salitre colándose entre los asientos. Miro por la ventana, sin ver nada. Cada bache en el asfalto me sacude el cuerpo, un recordatorio constante.

Aikos no me ha preguntado a dónde quería ir, pero al llegar a Mirties detiene el coche sin decir nada. Me incorporo despacio mientras aparca junto a un restaurante que parece una casa antigua reconvertida en refugio costero. Techos con vigas a la vista, macetas llenas de flores colgando de largueros blancos y una brisa suave que se cuela por las ventanas abiertas como si también estuviera invitada.

—¿Te apetece algo de comer? —me dice, bajando del coche con esa naturalidad que no logro descifrar.

Asiento, sin pronunciar palabra. Mi cuerpo sigue protestando, la caída ha dejado un boquete interno que aún duele. Me abre la puerta del copiloto y luego me ofrece el brazo para ayudarme a bajar. Me parece exagerado, pero no me molesta.

El camarero, un hombre de sonrisa calmada, nos conduce a una mesa junto a la ventana que da al mar. Las sillas son de madera envejecida y el mantel blanco algo arrugado.

—¿Qué quieres? —dice Aikos cuando nos sentamos. Su voz baja, curiosa.

—Lo que haya —digo—. Algo ligero. Uno no se recupera de un accidente con pan y aceite.

Sonríe sin ironía. Pide para los dos una ensalada de tomates, queso feta, aceitunas negras, pan de pueblo y una copa de vino blanco griego para él —agua para mí—. Luego se reclina en la silla y me observa, a la espera de que diga algo.

Respiro el aire salado que entra por la ventana abierta, dejo que el vaivén de las olas me calme. Pero mi mente va a mil. En cada crujido de madera, en cada rayo de sol que se filtra, oigo la palabra «sabotaje». Veo los frenos, el coche que me sigue. Veo su cara. La de Aikos, curioso, previsor.

—¿Cómo va la investigación?

Su pregunta me arranca de mis pensamientos. Por la cara que pone, está claro que mi expresión no es precisamente tranquilizadora.

—O bueno… quizá no deberías hablar de una investigación en curso —añade enseguida, intentando corregir un error que en realidad no ha cometido.

Relajo la expresión y suelto una risa baja.

—No soy la Policía, Aikos.

Me detengo unos segundos, y al final concluyo que sería bueno reflexionar en voz alta, aunque él todavía no esté descartado cien por cien como culpable.

Le cuento todo lo que sé hasta la fecha sobre Molly y la búsqueda del tesoro. Al ponerlo en palabras, me doy cuenta de que

no es mucho. Luego pienso en voz alta diferentes interpretaciones del caso y cómo podría seguir la investigación. En todo momento Aikos no quita los ojos de mí, pero tampoco llega a hacerme ninguna pregunta.

—Me recuerdas a ella —dice al fin, cuando termino mi larga exposición y ya vamos por el segundo plato.

—¿Molly?

Aikos asiente.

—Os habríais llevado muy bien. Ella también era tan inteligente que escucharla hablar durante un rato largo llegaba a ser intimidante.

Sin saber por qué, me ruborizo. Acaba de soltar el único piropo que llega a afectarme.

—No es inteligencia —digo de inmediato—. Solo es necesario aprender a pensar.

—¿Aprender a pensar? No sabía que eso era posible —dice entre risas.

—Por supuesto. La mayoría solo ve el mundo tal como le entra por los ojos, sin cuestionarlo. Asumen que las cosas son como parecen y ya está. Pero todo cambia cuando te entrenas para pensar con modelos mentales.

Se queda en silencio, así que aprovecho. Podría estar horas hablando de esta temática.

—Un modelo mental es solo una forma de mirar la realidad desde un ángulo distinto. No se trata de inteligencia, se trata de práctica. De construir una caja de herramientas mental. Cuando me enfrento a un problema, no me pregunto qué haría yo, sino qué pasaría si invirtiera las piezas, si simplificara el sistema hasta sus reglas más básicas, si siguiera el rastro del incentivo más fuerte, cómo lo explicaría la psicología conductual o si asumiera que todo el mundo miente. A veces basta con girar la pregunta. O con mirar lo que nadie está mirando.

Le doy un sorbo a mi bebida y continúo.

—Cuantos más modelos tienes, más capas ves. Lo que para otros es un muro, para mí puede ser un espejo, una trampa o una puerta disfrazada. —Sonrío—. Pensar bien no es una virtud, es una

habilidad. Y como toda habilidad, se entrena.

Aikos no responde. Me observa con una quietud inusual, los labios entreabiertos, los ojos fijos en mí más que en mis palabras. Voy a añadir algo, cuando la entrada de alguien en el restaurante me saca de la conversación.

Camina como si estuviera buscando pelea, pero sin tener claro con quién. Ropa arrugada, gesto torcido y esa actitud de sobrado que ya he visto antes. Me basta un segundo para reconocerlo.

El idiota del sector de escalada. El mismo que casi provoca un accidente el día anterior y luego se largó sin inmutarse. No parecía muy brillante entonces, pero ahora su expresión tiene algo más: rabia contenida, como una olla a presión con el mango flojo.

Sus ojos van directos a Aikos.

Él también lo ha visto. Su expresión cambia a sorpresa… y algo más.

—¿Sam? —murmura, y se pone de pie.

Sam. Así que así se llama el energúmeno. Lo repito mentalmente, entonces caigo en la cuenta de dónde he escuchado ese nombre antes.

—Mira, justo a quien estaba buscando —gruñe Sam mientras se acerca entre las mesas.

Aikos se queda firme.

Sam se planta frente a nosotros, con los puños apretados. Clava los ojos en Aikos con una dureza que tensa el aire.

—Así que te la tirabas. A Molly.

Una frase, siete palabras. Y la confirmación me hiela el cuerpo.

Molly.

Me giro hacia Sam y lo observo de arriba abajo. No parece alguien en duelo. Parece una bomba a punto de estallar.

—¿Tú eras su novio? —digo sin bajar la mirada.

Sam apenas me dedica una mueca.

—¿Y tú quién eres? ¿La nueva en la lista? —dice, con veneno en cada sílaba.

Me pongo en pie sin pensarlo. No soy especialmente fan de los conflictos públicos, pero tampoco voy a permitir que este imbécil venga a soltar su bilis en mi cara.

—Relájate, Sam. Aquí nadie te ha llamado —digo con voz firme, sin alzarla, pero dejando claro que no tengo intención de hacerme a un lado.

Me dedica una mirada fugaz, midiendo cuánto peso tengo en este momento.

—¿Cuándo llegaste a Kalymnos? —digo.

—¿Qué te importa? ¿Y qué pintas tú en todo esto? —escupe sin mirarme.

—Mucho. Porque justo estabas presente cuando tu novia desapareció y ahora cuando ha resurgido su cadáver. Pero no muestras ni un ápice de estar de luto.

El silencio es grueso. Respira por la nariz, lento, pero sus puños siguen cerrados.

—¿Volviste por ella? —insisto.

—Eso da igual —dice, volviendo a clavar los ojos en Aikos y empujándolo levemente—. Lo que importa es que este imbécil se la tiraba. Y si yo no la maté, él es el sospechoso más obvio.

Aunque la tensión está subiendo más de lo necesario, hay algo a lo que no dejo de darle vueltas. ¿Cómo se ha enterado de lo de Aikos y Molly? ¿Y por qué ahora?

Aikos no dice nada. Sam tampoco. Pero su mandíbula está tan tensa que me extraña que no reviente un molar. Entonces, sin previo aviso, lanza el brazo hacia delante y le suelta un puñetazo directo a la mandíbula.

El golpe suena hueco. Aikos se tambalea, pero no cae. Yo me adelanto y me interpongo antes de que Sam pueda seguir con la pelea.

—¡Eh! ¡Ya basta! —le grito, empujándolo con fuerza.

No abulto mucho, pero la sorpresa juega a mi favor. Retrocede medio paso.

El restaurante entero ha enmudecido. Hasta las cucharas han dejado de sonar. Me doy cuenta de que tengo la respiración acelerada y el pulso disparado. Sam me mira por primera vez como si se diera cuenta de que no soy solo una turista con voz aguda y carácter de sobra.

Me doy la vuelta hacia Aikos. Tiene sangre en el labio y una

expresión que no logro descifrar.

Antes de que uno de los dos pueda hacer un movimiento, un hombre uniformado irrumpe en la escena. Su sola presencia impone más que cualquier placa visible.

—¿Samuel Atwood? —pregunta el recién llegado, con voz neutra pero cortante.

—¿Quién pregunta?

El hombre no responde. Camina hacia él, tranquilo. Saca una placa del bolsillo interior de la chaqueta y la muestra al vuelo. Brigadier Petrakis.

—Queda usted detenido como principal sospechoso por la muerte de Molly Bennett. Tiene derecho a guardar silencio —dice, sin mover ni un músculo de más.

Sam retrocede un paso, aunque eso no cambia nada. El brigadier ya tiene las esposas en la mano mientras termina de recitar su letanía legal.

—Eh, espera —dice Sam—. ¿Estás de coña? ¿Me estás arrestando a mí? ¡Pero si fue él! —grita, señalando a Aikos.

El brigadier no dice nada. Esposa a Sam y lo lanza hacia el otro agente con la brusquedad de un mal pase. Antes de girarse, me clava una mirada que no necesita palabras para dejar claro lo poco que le gusto. Sin embargo, sí habla.

—Qué conveniente que esté en mitad de esto, señorita Kross. A este paso, conseguirá una noche gratis de alojamiento en la celda de la comisaría por interferir en una investigación abierta.

Habla con firmeza, con un corte preciso en cada sílaba. No me da tiempo a replicar: ya ha girado sobre sus talones y se aleja, cargando su repugnancia con profesionalismo impecable.

Sam patalea, escupe insultos, se revuelve como un animal mal atrapado. Pero el brigadier ni se inmuta. Lo conduce hacia la salida con una eficacia fría.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, solo queda el sonido del mar colándose por las ventanas abiertas.

Yo permanezco ahí, sin moverme.

Acabo de ver al principal sospechoso del asesinato de Molly ser esposado delante de mis narices.

Y sin embargo… Algo no encaja.

18

Pido un café helado aunque no me apetezca. Solo quiero quedarme aquí lo justo para ordenar mis ideas. Aunque, claro, pensar es lo último que mi cerebro necesita ahora mismo. Más bien debería obligarlo a guardar silencio, meterlo en un cuarto sin ventanas, tirar la llave y rogarle que no empiece a conectar hilos como si no supiera cuándo parar.

Apoyo los codos en la mesa y dejo que el hielo del vaso me congele la yema de los dedos. Estoy en una cafetería frente al puerto de Mirties. Techada, pero abierta a la brisa. En otras circunstancias, sería el lugar ideal para dejar que el sol me coma los hombros y fingir que esta isla es solo un paréntesis feliz en medio del caos. Pero Kalymnos no da tregua. O quizá sea yo la que no sabe dejar de meterse en medio.

Respiro hondo, cierro los ojos y repaso lo que ha pasado en los últimos días.

Primero, el contexto: un viejo buzo de esponjas deja la promesa de un tesoro en su testamento. Muere tres años y medio atrás. Ahora, el cuerpo de Molly resurge a causa de una tormenta tras cinco meses bajo el mar y se confirma que fue un asesinato. Luego, el accidente buceando, la manipulación de los frenos con la moto… y Aikos. Justo él. Justo ahí. Como si tuviese una alarma interna para aparecer cada vez que me tambaleo.

Y después, lo otro. Sam. Descubrir que era el novio de Molly y estaba aquí se me hacía extraño, pero su detención sigue sin encajarme.

Necesito parar. Asentar ideas. Hacer un mapa mental de lo que sé y de lo que creo saber. Porque si no lo hago, voy a acabar persiguiendo sombras, confundiendo intuiciones con pruebas.

Abro el portátil. Me conecto al wifi de la cafetería, de nombre «IloveKalymnos», y empiezo a buscar.

Abro el mensaje que Kostas me ha enviado hace un rato. El inspector está demostrando ser mucho más competente de lo que imaginé cuando le conocí vomitando tras ver el cadáver de Molly.

Tras leerlo por segunda vez, no pongo en duda la detención del novio de Molly, es complicado parecer tan culpable.

Según los registros del puerto de Kos, la isla vecina, Sam se dio prisa en volver. Llegó a Kalymnos el once por la noche, el mismo día en que el cadáver de Molly reapareció tras la tormenta.

Pero lo más inquietante es noviembre. También vino entonces, y no como visita romántica. Llegó unos días antes de que Molly desapareciera y se marchó justo el día en que ella no salió del agua. Regresó a Kos, desapareció un par de días y luego volvió a la isla fingiendo sorpresa, como si acabara de enterarse. Como si fuera un novio angustiado y no alguien que necesitaba construirse una coartada.

Me rasco la sien. El hielo del café ya se ha derretido, pero sigo agarrando el vaso. Necesito algo frío en las manos, algo que le recuerde a mi cerebro que baje la temperatura.

También están los mensajes. Los últimos que intercambió la pareja antes de que ella lo bloquease. Sam exigía que le devolviera algo, lo que le había quitado, no especifica el qué. Pero el tono es de esos que huelen a obsesión rancia. Y luego lo de que «iba a ir a verla si no se lo devolvía».

Qué sorpresa: lo cumplió.

Molly lo bloqueó. Y al día siguiente, Sam estaba en Kalymnos. Dos días más tarde, ella desapareció.

Trago saliva. Lo hago despacio, como si con eso pudiera diluir lo que acabo de leer. Porque la verdad es que todo encaja. Hasta demasiado. Y eso, en mi experiencia, nunca es buena señal.

La detención tiene base. Pero no puedo evitar que algo dentro de mí se resista. No a las pruebas, sino a la narrativa fácil. Porque si algo he aprendido es que los culpables evidentes rara vez lo son. No del todo. No solos.

Decido cambiar de frente. Si la versión oficial ya me la conozco, es hora de revisar la extraoficial.

Abro redes sociales. El perfil de Sam está público. Se agradece

que los idiotas con complejos de narcisista lo pongan tan fácil. Fotos de escaladas, paisajes, selfis con el torso desnudo y subtítulos que dan más vergüenza ajena que una clase de zumba a las ocho de la mañana. Recorro su perfil con rapidez, en busca de algo más útil que su ego hipertrofiado.

Y ahí está.

Una foto en Kalymnos. La fecha es de hace un año. El pie de foto es irrelevante, algo sobre «volver a donde empezó todo» o alguna tontería igual de críptica. Lo importante no está en el texto, sino en la imagen.

En primer plano, colgado sobre la roca, aparece Sam. En el suelo, asegurándolo, Pablo sonríe a la cámara y muestra el pulgar. El mismo Pablo que no quiso mencionar al novio cuando les pregunté por Molly. Sam y él están juntos, son amigos.

Entonces Sam llegó a la isla el once, la misma tarde en la que Marina me dijo que Pablo se había ido a recoger a un amigo al puerto y a cenar con él.

Los amigos hablan. Y si Pablo y Sam cenaron esa noche —todo apunta a que sí—, es lógico que saliera el tema de Molly. También Aikos. Lo que fuera que hubiera entre ellos. Pablo era, hasta donde sé, la única vía por la que Sam podía enterarse. Y, viendo cómo acabó todo, la noticia no le sentó nada bien.

Cierro el portátil, pago la cuenta y pido un taxi porque ya no tengo scooter. El conductor no habla mucho, lo cual agradezco. Me deja frente al apartamento en menos de diez minutos. La casa huele a albahaca y pan tostado, y por un instante me tienta quedarme ahí, dejar que esta historia la resuelva otro. Pero ya es tarde para eso. Lo era desde que encontré el cuerpo flotando en el mar.

Marina está en la cocina, removiendo algo en una sartén. Me saluda con su sonrisa habitual, ese gesto impecable de anfitriona que no baja la guardia ni medio segundo.

—¿Qué tal el paseo? —pregunta sin mirarme.

—Necesitaba aire. Y café, mucho café.

Marina conoce lo del accidente. O, mejor dicho, una versión edulcorada de los hechos, esa que le contarías a una madre para que no le estalle el corazón. En su cabeza, lo que pasó no fue grave.

No existió sabotaje en los frenos, por supuesto.

Ella asiente y me ofrece un poco de la pasta que está preparando. Acepto solo por tener una excusa para quedarme en la cocina y observarla de cerca. Hay algo que quiero saber. O al menos tantear.

—Oye, ¿Pablo conocía desde hace mucho al chico que vino el otro día? El que recogió del puerto.

—Sí, hace años que escalan juntos, aunque solo se ven en temporada alta. ¿Por?

—Nada —respondo con rapidez, metiendo un tenedor en la pasta.

Entonces Pablo entra por la puerta con las llaves tintineando y la ropa llena de polvo de magnesio. Me saluda con un gesto y un bostezo.

—¿Te apetece escalar mañana? —le pregunto, como si acabara de ocurrírseme la idea.

Pablo arquea una ceja, sorprendido. Pero asiente.

—Claro. ¿Dónde quieres ir?

—Tú conoces mejor la isla. Cualquier sector me vale, aunque si tiene buenas vistas, mejor.

La conversación no da para más. No hace falta. Ya tengo lo que quería.

Mientras recojo mis cosas, una sospecha empieza a tomar forma entre todas las posibilidades: Pablo y Sam esconden algo.

Y pienso averiguar qué.

19

Me despierta el zumbido del despertador antes de que amanezca del todo. El cielo aún no ha decidido de qué color quiere vestirse hoy. En el tiempo que discurre hasta que he quedado con Pablo, le doy vueltas a lo que tengo sobre el asesinato de Molly.

Las piezas están ahí. Las personas también. Sam, con su historial tóxico y ese aire de sospechoso fácil. Marina y Pablo, que se comportan como si tuvieran algo que ocultar. Aikos, demasiado cerca del centro de todo, con coincidencias que ya dejaron de parecerlo. Makarios, que le alquiló el equipo y sabe bastante sobre la búsqueda del tesoro. Kostas, que se refugia en ese aire de viejo entrañable mientras esquiva más de lo que cuenta. Su salto de Atenas a Kalymnos resulta un tanto incongruente. Falta algo. Y el resto de personas que, de una forma u otra, están involucradas.

Después paso a la cronología. Lo que está confirmado por fecha y hora. Y lo que aún está en penumbra, como el momento exacto en que Molly hizo su última inmersión. Reviso también todo lo que sé sobre el tesoro, más allá de los artículos clónicos en blogs turísticos para mochileros con ínfulas de exploradores.

Así paso varias horas. Para cuando el reloj marca las ocho, tengo una visión más clara del tablero, pero ninguna jugada ganadora. Esa mezcla de orden y vacío me deja con una energía que solo puedo sacar golpeando roca.

Me pongo las zapatillas y subo al salón. Pablo ya está ahí, puntual como siempre. Dice que si no puede controlar el mundo, al menos puede controlar a qué hora llega. Es de esos que creen en el código antes que en el caos. Sin hablar demasiado, subimos a su furgoneta rumbo a la Grande Grotta.

Tras aparcar en una pequeña apertura en la carretera, caminamos en silencio mientras los pájaros empiezan su turno. En lo poco que lo conozco, Pablo no habla por rellenar.

El sendero sube como si quisiera vengarse de nuestras piernas, pero mi cuerpo ya se ha acostumbrado a este tipo de castigos. A medida que avanzamos, el paisaje se va abriendo a nuestra derecha, una alfombra de roca caliza salpicada de arbustos bajos con el mar Egeo al fondo.

Y entonces aparece. La Grande Grotta.

No hay presentación que le haga justicia. Es como si la montaña hubiese exhalado un suspiro milenario y se hubiese quedado congelada en ese gesto. Una cúpula inmensa de roca que cuelga sobre el mundo, suspendida por el puro milagro del tiempo y la erosión. Parece imposible, inconvenientemente sobrenatural. Un abrigo de piedra con estalactitas que bajan como colmillos curvados, listas para morderte si no las respetas.

El techo está tan plagado de agarres que parece un decorado de ciencia ficción. Algunas estalactitas están tan juntas que podrías ir de una a otra como si cruzaras los barrotes de una celda torcida.

Pablo se limita a señalar una de las vías del techo con el mentón.

Empieza él. Un 6C de calentamiento. Lo escala con la soltura de quien lleva años hablando el idioma de la roca. Movimientos limpios, ritmo constante, sin pensarlo demasiado. Su cuerpo sabe lo que hace. El mío también. En cuanto baja, me ato y lo repito. Para mi sorpresa, una vez que los músculos entran en calor, las secuelas del accidente de ayer apenas se hacen notar. Solo unos leves avisos y esa pérdida sutil —pero traicionera— de confianza en mi propio cuerpo.

Después me lanzo a montar un 7A+ que se retuerce por el techo como una víbora calcificada. Coloco las cintas, aseguro la cuerda y, al llegar arriba, me quedo colgada unos segundos, balanceándome con el mar al fondo. Es como flotar entre mundos.

Pablo la repite. Tarda más que en la anterior, pero le pone ganas. Cuando baja, se limpia las manos con magnesio como si aún le quedara algo por agarrar.

—Así que al final sí conocías a Sam —dejo caer, sin preámbulos, mientras recojo la cuerda—. Ayer al investigarle vi una foto vuestra en sus redes sociales.

Él no se inmuta. Se agacha a recoger su botella de agua y le da un trago.

—Sí, lo conocía. Como a muchos otros escaladores que visitan Kalymnos en la temporada alta.

—¿Y qué opinas de lo que ha pasado?

La noticia de su detención corre por la isla.

Lo pregunto con naturalidad, como quien charla de la meteorología o de los precios del ferri. Nada en mi tono insinúa acusación.

—Una locura lo de Molly. Y lo de Sam… me cuesta pensar que fuese él.

Su tono no es de defensa, sino de alguien que evalúa los datos en frío. Como si los estuviese pasando por un modelo de predicción. Pero también detecto una leve incomodidad, como si hubiese algo que no cuadrara y no sabe aún si decirlo o procesarlo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros. Un gesto de esos que parecen neutrales, pero que en realidad son un comodín emocional.

—No me parece el tipo. No sé. Él es un poco raro, eso sí, pero ¿asesinar a alguien? Eso ya es otro nivel.

—¿No crees que alguien como él sería capaz?

Pablo tarda en responder. Mira hacia el mar, como si la respuesta estuviera escrita en el agua.

—Supongo que… hay gente que, en un momento extremo, puede hacer cualquier locura.

Esa forma de decirlo no es genérica. Hay algo detrás. Un recuerdo, una corazonada.

—¿Hablas por experiencia o…?

Él parpadea y se pasa la mano por la nuca.

—No, digo, en general. Ya sabes, todos tenemos límites. Y si te los empujan…

No termina la frase. Me la deja a mí, como si me tocara completarla. Su postura ha cambiado. El cuerpo sigue relajado, pero ya no del todo. Los hombros, más altos; la mandíbula, más apretada. Lo justo como para que el subconsciente lo delate.

Parece que empieza a sospechar lo suficiente para preguntarse

por qué estoy aquí realmente. Si vine a escalar o a escarbar.

Antes de que pueda devolverle la frase como un bumerán envuelto en seda, un estruendo de pezuñas interrumpe la escena. Un grupo de cabras aparece por el sendero lateral, como si hubieran decidido que el mejor sitio para pastar hoy es justo esa cueva.

Pablo se gira hacia ellas con un suspiro que disfraza de fastidio. Yo aprovecho para guardar mi juicio por el momento.

—¿Qué tal está ese 7B+ de ahí arriba? —digo.

Pablo asiente con la mirada fija en los animales.

—Te va a gustar. Es exigente, pero muy estética. Eso sí, la sección del techo no perdona.

Perfecto. Justo lo que necesito ahora.

Me ato la cuerda, lleno los pulmones de aire y empiezo a subir. Los primeros movimientos son atléticos, pero agradecidos. Luego llega la sección complicada. Un paso largo hacia un lateral, cuerpo colgado en la nada, pies sin apoyo. El agarre está ahí, pero demasiado lejos para alcanzarlo con control. Necesito más cuerda para moverme libre.

—¡Dame un poco más! —grito desde arriba.

Silencio.

No. No es silencio. Es otra vez el ruido de las cabras, ahora mucho más cerca. Miro hacia abajo. Pablo no está mirando, tiene una mano en el *grigri*, la otra espantando una cabra que se ha encaramado al saliente donde cae la cuerda.

—¡Pablo! ¡Cuerda!

Pero es tarde. Mi posición actual no es estable y pierdo el agarre. Sin otra opción, intento continuar. Lanzo el cuerpo hacia el lateral sin la holgura suficiente y siento el tirón seco. El pie resbala y el agarre no llega.

Caigo.

Y no es una caída cualquiera. Es una de esas donde el cuerpo se queda en el aire un segundo más de lo que debería. Donde el grito se te atasca en la garganta porque todo va demasiado deprisa.

El vacío se me pega a la espalda.

La cuerda me recoge tarde. No lo suficiente como para estrellarme, pero sí para sentir el latigazo seco en toda la columna.

El impacto me sacude con una violencia sorda.

Quedo colgando a un par de metros del suelo. Tal vez tres.

Lo siento en la boca del estómago. Un segundo más, un metro más… Y no estaría aquí colgando. Estaría abajo, rota.

No digo nada.

Cuelgo del arnés como un pelele de trapo, las manos aún cerradas, el corazón intentando recomponerse.

Pablo me baja los pocos metros que me faltan y se acerca, visiblemente alterado.

—¡Lo siento! Había una cabra ahí, justo donde pasa la cuerda. Podía engancharse y joder todo. He tenido que espantarla… ¡No la vi venir!

Sus ojos se mueven demasiado rápido. No es solo nerviosismo por el susto. Es otra cosa. Algo más visceral. Como si temiera no lo que ha pasado, sino lo que yo pueda pensar ahora.

Y ahí, justo ahí, algo en mí cambia de temperatura.

Tardo unos segundos en nombrarlo, pero la sospecha ya queda sembrada.

Mientras recupero la respiración, mi mente hace lo suyo. Empieza a unir cabos, a rescatar cosas que había querido dejar en sombra.

El accidente de buceo. La amenaza impresa.

Aquel día, Pablo se encontraba en Vathy, donde sabía que yo estaría. Dijo que iba a escalar allí, en lo que es un sector mediocre a treinta minutos de su casa. Con zonas mucho mejores entre cinco y quince minutos, como la propia Grande Grotta.

¿Por qué ir tan lejos ese día, justo a ese lugar, sabiendo que yo iría allí?

Me incorporo y me quito el arnés con calma. Pero por dentro, todo ha empezado a encajar. Y no me gusta nada la forma que toma el puzzle.

20

No necesito más pistas para saber que Pablo está implicado. No sé si como ejecutor, encubridor o simple idiota útil. Pero por un rato no quiero pensar en ello.

He comido lejos del apartamento. Podría haber vuelto a descansar, dejar que el cuerpo asimilara el accidente y el susto de esta mañana. En vez de eso, he regresado a la pared. Psicobloc para olvidar que en una semana he rozado la muerte tres veces. Relajarme sin cuerda, sobre el mar, tiene una ironía evidente.

Meto los dedos en la grieta de siempre. La roca está caliente. Subo rápido, el cuerpo recuerda. Pierna en la repisa, talón en el saliente ciego, manos encadenando regletas hasta llegar al punto.

Ese punto donde siempre caigo. Y hoy también. La caída es limpia, prevista. El mar me recibe y me hundo un par de metros. Ahí abajo no hay gravedad ni caso.

Vuelvo a la superficie y desde aquí la roca parece casi inocente. Podría insultarla o pedirle perdón, porque siempre regreso a ella. Lo hago porque me niega algo, porque soy idiota… o pasional, que a veces es lo mismo.

Dicen que la pasión es insistir. No hablan del desgaste, de amar lo que te rompe. Me sumerjo otra vez y me dejo caer hacia el fondo, suspendida entre el agua y el ruido sordo de mi cabeza.

Y entonces lo pienso.

«La escondí hace diez años, la última vez que mis pulmones se llenaron de sal y sol, la última vez que descendí al azul profundo».

La frase del testamento, la que repiten todos. La que todos han interpretado igual.

¿En qué momento decidimos que esa frase quería decir bajo el agua?

No lo dice. Solo que fue ese día, el día de su última inmersión. No durante, no en el fondo del mar. Ese día.

Y si lo escondió ese día… puede haberlo hecho en cualquier parte. En su casa, en su barco, en el camino de ida o de vuelta.

Ahí puede estar la razón por la que nadie lo ha encontrado. Todos han buscado en el agua: cuevas submarinas, grietas entre rocas, mapas mal trazados que conducen a leyendas. Pero si quieres encontrar lo que nadie ha hallado, tienes que dejar de buscar como todos. Tal vez por eso Molly llegó tan lejos. Cambió la pregunta.

Salgo a la superficie con un impulso nuevo y nado hasta la lancha de alquiler. Me quito los pies de gato y me siento, con el salitre pegado a la piel y una idea girando como gaviotas sobre una presa invisible. Buscar fuera del agua. Pero ¿dónde?

Panayotis vivió casi toda su vida en esta isla. Casa en el centro, un barco pequeño, tres amigos ya muertos, fama de leyenda. En el museo y en cada conversación repiten lo mismo. El mar era su vida. Pero eso no obliga a que el tesoro esté en él. Sus propiedades las donó. Así que tiene que ser otra cosa.

Algún rincón de la isla que solo él conociera. Quizás, pero es demasiado genérico.

Entonces me viene ella.

La mujer.

Su esposa.

Vasilikí Laskaridou.

Y solo hay un lugar lógico por el que empezar.

Su tumba.

Me dirijo al cementerio principal de Pothia. Al llegar al diminuto puerto de Mirties, dejo la lancha junto a varias que ondean la bandera de Kalymnos Panoramic Tours. Bajo a tierra y pido un taxi. Cada vez detesto más la falta de libertad que conlleva haber perdido la scooter —y no haber alquilado otra—. Pero también es cierto que la vida de detective internacional de lujo no paga mal, aunque en este caso no vaya a ganar ni un euro.

Durante el trayecto veo cómo la isla se prepara para el festival del día siguiente. Banderines de colores en los balcones, camiones descargando estructuras metálicas, turistas preguntando direcciones con la torpeza encantadora de quien cree que todo es pintoresco. Me abruma tanto color. Me recuerda que yo vine aquí de vacaciones,

a desconectar, y ahora estoy siguiendo las huellas de un muerto.

El cementerio principal de Pothia está en lo alto del pueblo, en la falda de la montaña, encajado en una ladera polvorienta, rodeado de cipreses.

Camino entre lápidas blancas, muchas sin nombre, otras con las letras desdibujadas por el salitre y el sol. Me cruzo con una anciana dejando flores en una tumba sin cruz que me saluda con un gesto leve.

Llego a la pequeña oficina de mantenimiento. Una caseta encalada con una mesa plegable y un ventilador que parece más decorativo que funcional. Hay un hombre sentado con la espalda vencida sobre un cuaderno abierto. Tiene las manos manchadas de tierra seca y la cara de quien ha dormido mal los últimos diez años.

Levanta la vista con desgana cuando me asomo.

—Disculpe —digo con una de las pocas palabras en griego que me sé, y enseguida saco el móvil para activar el traductor de voz—. Busco la tumba de Vasilikí Laskaridou, la esposa de Panayotis Laskaridis. Murió en 2009.

El hombre escucha con atención la traducción y entrecierra los ojos. Se rasca la mandíbula sin afeitar, luego abre un cajón y saca una carpeta llena de papeles arrugados. Mira dentro sin convicción. Suelta un «mmh» que puede significar cualquier cosa.

Tecleo la frase en el móvil: «¿Está enterrada aquí?».

Él asiente… Luego niega… Luego encoge los hombros. Empieza a hablar y el móvil va transcribiendo su voz, aunque el texto tarda en cobrar sentido.

—Si murió en 2009… entonces ya no está aquí. Se exhumó.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que se exhumó?

Traducción. Respuesta. Espera. El móvil reproduce su voz transformada en palabras:

—Aquí es normal. En las islas no tenemos espacio como en tierra firme. Los cuerpos solo permanecen enterrados unos pocos años, normalmente tres. Después se sacan los restos.

Hace una pausa, se pasa la mano por la nuca, como si intentara encontrar la mejor forma de decirlo.

—Se limpian los huesos y se guardan en una caja más pequeña. Si la familia tiene nicho propio, se dejan ahí. Si no, se guardan en el osario común. Es costumbre en la Iglesia ortodoxa. Siempre se ha hecho así.

Me mira como si no entendiera por qué necesito que me lo explique. Para él es tan lógico como que el sol salga por el este.

—¿Puedo ver el osario de ella?

Nueva traducción, nueva espera. El hombre suspira y se pone en pie. Se mueve como si cada articulación le costara un sacrificio personal. Entra a una sala y lo oigo remover carpetas, papeles, alguna que otra palabra mascullada que suena a insulto. Cuando regresa, no trae nada en las manos.

El móvil responde por él.

—No está.

—¿No está… qué?

Tecleo más rápido.

—¿No está en el osario?

—No hay registro. No figura a dónde fueron a parar los huesos tras la exhumación.

—¿Y eso es… común?

Niega con la cabeza. Esta vez no necesita traducción.

—No es común. Aunque a veces pasa.

—¿Y Panayotis?

El hombre me mira, como si lamentara no tener respuestas que den paz. Resopla, se da la vuelta, consulta otra carpeta más pequeña. Vuelve con los hombros aún más caídos.

—Igual. Lo enterraron y el año pasado se exhumó, pero no consta a dónde fueron los restos ni quién los sacó.

Nos quedamos un momento en silencio. Luego le doy las gracias y me alejo. Me mira con alivio y regresa a su silla, fundido otra vez con el silencio de los huesos que lo rodea.

Mientras avanzo por el sendero de grava, por fuera no se me mueve nada. Pero dentro, hay un pensamiento que me retumba con fuerza: ¿Dónde se ocultaban los restos de Panayotis y su mujer? Era lógico pensar que quien exhumó y guardó el osario de la esposa en algún lugar fue el propio Panayotis. Pero ¿quién había exhumado el

suyo?

No tengo la respuesta. Sí la seguridad de que responder a la primera pregunta es clave para encontrar el tesoro.

Sé que ha llegado el momento de tensar la cuerda y ascender por donde antes solo estaba tanteando los agarres.

21

Entro en la casa y el salón me recibe como una foto detenida en el tiempo: Pablo con el portátil en las rodillas y expresión de concentración absoluta, Marina encogida en el sofá, tecleando como si cada palabra fuera urgente. Nadie levanta la vista cuando cierro la puerta.

—Tenemos que hablar —digo, sin rodeos, clavando los ojos en Pablo.

Ambos levantan la cabeza. Marina parpadea con cara de quien necesita dos segundos más para cambiar de universo. Pablo me estudia.

—¿Todo bien? —pregunta él, neutro.

—¿Registraste las cosas de Molly?

El silencio se pone denso. Marina deja el portátil a un lado. Pablo no contesta. La forma en que evita mi mirada me basta.

—¿La registraste? ¿Arrancaste páginas del diario?

Marina se gira hacia él tan rápido que parece que le ha dado un latigazo.

—¿Qué?

Pablo suspira, cierra el portátil con delicadeza, como si eso pudiera hacer que el desastre sea más suave.

—Fue después de que la Policía cerrara el caso como desaparición accidental. Yo… estaba desesperado por entender qué había pasado. No pensé que…

—No pensaste. —Lo corto. Me acerco dos pasos—. Y tampoco pensaste cuando te pusiste del lado de Sam. ¿O me vas a decir que eso también fue un impulso?

En los ojos de Marina hay confusión. En los de Pablo, no.

—¿Sam? ¿No me dijiste que él no tenía nada que ver? —pregunta ella, con voz más frágil de lo normal.

Esa es la confirmación que necesitaba, saber si Marina estaba

involucrada o solo su marido.

—Marina, ¿por qué tampoco mencionaste al novio de Molly?

Observa a Pablo con culpabilidad en sus ojos, pero este desvía la mirada.

—Pablo me pidió que lo hiciera. Siendo el novio y dado el estado de su relación, sería el principal sospechoso. Pero como quedaba descartado por no encontrarse en la isla el día de la desaparición, me pidió que no lo mencionara para dejarlo fuera del asunto.

—Te mintió —le digo, sin dejar de mirar a Pablo—. Porque Sam estuvo en Kalymnos el día de la muerte de Molly, llegó dos días antes. Y Pablo lo sabía.

—¿Qué? —grita Marina, volcando la culpa en indignación mientras se gira hacia su marido—. ¿Eso es cierto?

Pablo sigue callado.

—Es la razón por la que Sam le pidió que arrancara las últimas páginas de su diario. —Mi voz suena cortante—. Era la prueba de que él estaba en la isla cuando desapareció.

Marina se cubre la boca con la mano.

—¿Qué?

—Me pidió que lo hiciera —dice Pablo al fin. Baja la mirada como si el suelo fuese a absolverlo—. Sam me pidió que no dejara que nadie supiera que estuvo aquí. Dijo que no quería líos, que no había hecho nada. Que solo vino a por algo que ella le había quitado. Me juró que él no tuvo nada que ver con la desaparición de Molly.

—¿Y tú lo creíste? —digo, helada.

—Sí. No tenía motivo para hacerle daño.

—¿Sabes lo que significa eso, Pablo? —le digo—. Sabías que estuvo en Kalymnos, lo ocultaste y arrancaste las páginas que lo demostraban. Eso te hace cómplice.

Él no se defiende. Ni un «yo no fui», ni un «no sabía». Nada. Solo ese silencio con sabor a culpa.

Marina se levanta despacio del sofá. Me mira. Y por primera vez desde que entré, siento que ella sí entiende el peso exacto de lo que acaba de salir a la luz.

—Yo… solo sabía lo del novio. No sabía que había venido. Te lo juro.

Asiento. La creo, porque cuando uno miente, se le nota. Y ahora mismo, a Pablo se le nota todo.

—O hablas ahora… —digo sin levantar la voz, pero dejando claro cada sílaba—. O en este momento le cuento al brigadier que ayudaste a encubrir a un posible asesino.

Pablo palidece y respondo con apenas un movimiento de cabeza. Como si con eso pudiera evitar el peso de lo que está a punto de soltar.

—Sam y yo… éramos amigos. Lo conocí antes de que saliera con Molly. Ha pasado unos cuantos meses en Kalymnos en varias temporadas, y en la roca nos entendíamos muy bien. Vino un par de veces a escalar con nosotros. Con Marina también, pero sobre todo conmigo. Aunque siempre ha sido… un tipo intenso.

Marina se queda quieta. Ni parpadea.

—Cuando Molly y él discutieron, ella se vino de Antalya aquí. Sam decía que Molly le había robado algo. No me dijo qué, solo que era valioso y lo necesitaba de vuelta.

—¿Qué hiciste? —digo.

—Me pidió que no dijera nada. Que le ayudara a mirar entre sus cosas, a ver si lo encontraba. Yo lo hice. Registré sus cosas, pero no encontré nada, hasta que vi que lo llevaba encima. Era un colgante. Me parecía ridículo que Sam se pusiera así por algo tan estúpido, pero también supe que no habría forma de que yo lo recuperara. No se lo quitaba ni para escalar.

—¿Y entonces qué?

—Sam voló aquí. Dijo que lo único que le quedaba era hablar con ella, arreglar las cosas. Pero estaba claro que lo que quería era recuperar eso. Me dijo que iba a confrontarla con calma. Pero después de lo que pasó…

Pablo me mira. Esta vez sí, me mantiene la mirada, decidido a no ceder.

—Después de la desaparición regresó a Kalymnos unos días después y vino a verme —sigue diciendo—. Dijo que no había sido él. Que habían discutido, pero que se fue antes de que pasara nada. Que no la tocó. Que cuando volvió a buscarla, ya no estaba.

—Y tú te lo creíste.

—No me lo creí del todo, pero lo ayudé igual. Registramos todo de nuevo: mochilas, bolsa… incluso su diario. Y cuando vimos las páginas donde salía él, las arrancamos.

—El colgante seguía en su cuello.

—Eso fue lo que pensó Sam, que era la única opción que quedaba. Por eso, cuando el cuerpo apareció, volvió a Kalymnos. Para buscarlo. Pero no estaba en su cuello, ¿verdad?

Niego despacio.

—Ni rastro de ningún colgante. Si alguna vez lo llevó, lo perdió. O se lo arrancaron.

—Entonces está en el fondo del mar —dice Pablo, con una voz tan hueca que apenas se oye.

Nadie se mueve. Marina, pálida, permanece pegada al sofá, los pies sin buscar el suelo. Me acerco a Pablo hasta invadir su espacio, el asco y la compasión me pesan en el pecho.

—Te voy a decir una cosa, Pablo. Que tú creas lo que te contó Sam no significa que sea verdad. Que parezca sincero no borra el hecho de que él estuvo aquí, que mintió, que tú lo ayudaste. Que Molly murió justo después de verlo.

—Lo sé —susurra.

Antes de poner un pie fuera, me giro otra vez. Porque todavía hay algo que no encaja.

—Una última cosa —le digo.

Pablo levanta la cabeza. Sus ojos ya son dos pozos agotados de tanto tragar culpa.

—¿Me puedes explicar por qué has intentado matarme tres veces?

Marina se incorpora. Pablo se queda helado.

—¿Qué estás diciendo?

—Tres intentos: el buceo, la moto, la escalada. Y en todos, tú estabas cerca.

—¡Val, joder! —exclama—. ¿Tú crees que sería capaz? ¡No! —Da un paso hacia mí. Marina lo agarra del brazo, como si temiera que fuese a hacer algo estúpido—. No he sido yo. Te lo juro. Jamás haría algo así.

Lo dice con una desesperación que no puede fingirse. Ni siquiera

la más perfecta actuación aguanta el temblor en los labios o el nudo en la garganta. Lo miro. Busco mentiras en los pliegues de su frente.

Y no las encuentro.

—Está bien —susurro.

Porque lo creo. Y eso complica todo.

Si Pablo no fue… entonces alguien más está jugando a esto. Alguien que quiere apartarme. Alguien que está dispuesto a matarme y que todavía no ha terminado.

Saco el móvil del bolsillo. El corazón todavía me late en las costillas, como si quisiera escapar de esta isla antes que yo.

Salgo de la casa sin despedirme. Bajo por la calle en pendiente mientras marco un número. Al tercer tono, responde.

—¿Valkiria?

—Necesito un favor —digo sin adornos.

22

El pasillo huele a desinfectante barato y humedad encerrada. Estoy en una comisaría de pueblo, a punto de colarme en una celda para ver a un hombre presuntamente culpable de asesinato.

Nikos me acompaña a la puerta del calabozo con cara de angustia.

—Tienes quince minutos —susurra sin mirarme—. Si el brigadier te encuentra aquí cuando vuelva, me manda a coger erizos de mar a la cala de Massouri hasta que sepa distinguirlos por el tacto.

—Tienes quince minutos —susurra sin mirarme—. Si el brigadier te encuentra aquí cuando vuelva, me manda a coger erizos de mar a la cala de Massouri hasta que sepa distinguirlos por el tacto. O peor aún, consigue que me trasladen a otra isla a pesar de llevar media vida en Kalymnos.

Sam está sentado en un banco de cemento como si se encontrara en la terraza de un bar. Cuando me ve, alza las cejas con curiosidad.

—Pensé que no ibas a venir —dice.

Supongo que ya ha entendido quién soy. Pablo debió de hablarle de mí, aunque en el restaurante quizá aún no supiera a quién tenía delante.

—No te confundas. No he venido a ayudarte. He venido a confirmar si eres un asesino.

Ni se inmuta. Solo se recuesta en la pared con una calma artificial.

—Ya… Pablo me advirtió que ibas al grano cuando me contó que estabas investigando lo de Molly.

—Y tampoco soy precisamente tolerante con los imbéciles… y, aun así, aquí me tienes. Así que empieza a hablar. Soy tu única opción de que salgas de aquí sin esposas. Soy la única que pone en duda que seas el asesino.

Se pasa una mano por la cara. Tiene las ojeras de quien no ha dormido. Cuando habla, lo hace sin florituras, como quien ya sabe que no le queda otra.

Empieza por el principio. Conoció a Molly mientras escalaban en el sur de España, durante el intercambio que ella hacía allí. En ese momento, Molly tenía pareja. Era la primera vez que ella escalaba. Sam, en cambio, ya llevaba años en ese mundo. Lo que al principio fue una historia secundaria, casi casual, terminó tomando forma. Cuando Molly rompió con su novio, se acercó a él. Y ahí empezó todo.

Como en muchos casos en el mundillo de la roca, su relación acabó orbitando alrededor de la escalada. Sus conversaciones siempre tenían lugar en la montaña, ya fuera en senderos hacia el sector o con uno de los dos colgados de la pared. Rápidamente empezaron a viajar, ya que ambos trabajaban en remoto. Como aves migratorias, elegían los destinos en función de la temperatura y la calidad de las paredes.

Molly, que tocó la roca por primera vez el día en que se conocieron, no tardó en progresar. No sé por qué Sam se detiene justo ahí, pero el matiz en su voz delata que no le hizo ninguna gracia ver cómo la distancia entre sus niveles se iba acortando.

Él no lo admite, pero se le escapa entre frase y frase. Al principio era el mentor, el guía, el hombre que la introducía en un mundo más grande que el pueblo donde ella había vivido toda su vida. Molly lo miraba como se mira a alguien que parece tenerlo todo: éxito profesional y dominio en un deporte que exige tanto del cuerpo como de la cabeza. Pero gracias a él —y quizá a pesar de él — ella creció. Maduró. Y terminó superando a su propio maestro.

Por cómo lo cuenta, la fractura entre ambos no fue repentina. Se fue abriendo con el tiempo. Y no los golpeó a los dos por igual, fue el ego de Sam el que más sangró. Cuando los conflictos dejaron de poder esconderse bajo la alfombra, Molly decidió tomar distancia. Cuestionar en qué se había convertido su vida desde el día en que él apareció en ella.

Eso fue unas semanas antes de su muerte. La discusión fue en el sur de Turquía. Al estar tan cerca de Kalymnos, la meca de la

escalada, decidió ir ahí para alejarse de Sam y sus problemas.

—Lo que no sabía —dice Sam— es que al irse me iba a robar.

Ahí se quiebra un poco. No la voz, ni el gesto, sino esa seguridad impostada que arrastra desde que abrí la boca.

A mi lado veo que el inspector se asoma y me muestra un cinco con la mano. Me tengo que dar prisa si quiero sacar algo de utilidad de la conversación.

—Yo tenía un colgante muy valioso. Siempre lo llevaba encima, excepto cuando dormía.

—Y se lo llevó consigo a Kalymnos —digo para acelerar la historia.

Asiente.

—En un inicio pensé que lo había perdido. Me volví loco buscándolo. Cuando vi que Molly se había ido, me dio igual. Yo ya estaba con otra. Pero cuando me di cuenta de que se lo había llevado… ahí me encendí.

No conozco demasiado a Sam. Solo su historia y lo que he visto en sus redes. Pero a los tipos como él los tengo calados, sé leer entre líneas.

—¿Qué contiene el colgante?

—¿Perdona?

—¿Qué contiene el colgante? —repito, acercándome lentamente hacia los barrotes.

—¿De qué estás hablando? No contiene nada, es un colgante. Pero tiene un gran valor sentimental para…

—No digas estupideces, Sam. Te repito que soy la única que aún duda que la mataras.

Sam me sostiene la mirada un segundo más… y la baja. Se apoya en las rodillas, como si el peso de la verdad empezara a calarle en los huesos.

—Una clave —dice, al fin, sin adornos.

—¿De qué?

—De una cartera de bitcoin. Todo lo que tengo está ahí. Si pierdo eso… lo pierdo todo.

Las pupilas se me dilatan. La imagen finalmente comienza a cobrar sentido, la motivación que justifica sus acciones.

—Por eso le pediste a Pablo que registrara las cosas de Molly. Y por eso viniste aquí a hablar con ella cuando te bloqueó en el móvil y no accedió a devolverte el colgante.

Sam se encoge de hombros.

—Sí. Pero solo vine por el colgante. Ella no sabía lo que escondía. Nadie lo sabía. Y yo revisaba la cartera en todo momento, mi dinero sigue ahí. Molly seguramente se lo llevó como un símbolo. Le encantaban esas estupideces.

Las últimas palabras las pronuncia en un tono más elevado. Antes de que continúe, el inspector vuelve a entrar.

—Valkiria, te tienes que ir ya, el brigadier va a volver de un momento a otro.

—Un minuto, por favor —le digo, y me vuelvo de inmediato a Sam.

No hace falta que le meta prisa, él ya se ha hecho a la idea de la situación.

—Pero yo no la maté. Vine a por el colgante. Cuando fui a verla, no lo llevaba puesto. Y al día siguiente, desapareció. Sabía lo mismo que todos: ni idea de dónde estaba. Lo único que tenía claro era que, estuviera donde estuviese, llevaba el colgante encima, porque no apareció en su equipaje.

—Por eso has venido ahora que ha reaparecido el cadáver.

—Exacto —dice, clavando los ojos en los míos—. Quería saber si lo llevaba encima. Si… si aún podía recuperar lo que es mío.

—No lo llevaba —le corto—. No estaba en el cadáver.

La noticia le golpea. No se desmorona, pero la reacción es instantánea. Cierra los ojos un momento. Se pasa ambas manos por la cara, como si así pudiera borrar lo que acaba de escuchar.

—¿Cuánto hay dentro?

—¿Perdón?

—El monedero, Sam. ¿Cuánto dinero contiene?

Se queda quieto. Por primera vez desde que llegué, parece medir el impacto de lo que está a punto de decir.

—Al cambio de hoy… algo más de medio millón de euros.

Quinientos mil por llevar ese colgante en el cuello.

—No es un colgante cualquiera. —Se apresura a decir. Ahora

parece más interesado que yo en soltar la información—. Es acero grabado con las veinticuatro palabras de la contraseña.

—¿Y de dónde has sacado tú medio millón de euros así, sin más? —digo estudiando su mirada.

—Eso da igual —responde rápido—. Lo que importa es…

—Valkiria —grita el inspector—. El brigadier está aquí, te tienes que ir ya. ¡Ahora!

—Tú puedes encontrar el colgante —me grita Sam.

—¿De qué hablas? —respondo.

—Si no lo tenía en el cuerpo, seguramente esté en la escena del crimen, donde su cadáver ha estado todos estos meses.

Habla de ella como si se tratara de una maleta perdida, como si no le importaran nada los años que pasaron juntos.

Me ahorro decirle que es mucho más probable que el colgante esté perdido en el fondo del mar. No quiero echar a perder su actitud cooperativa.

—¿Estás intentando contratarme?

—Estoy intentando no perder medio millón y no acabar acusado de un asesinato que no cometí. Si eso pasa por contratarte, sí.

Escucho pasos en el pasillo y una voz gutural. El inspector tiene la expresión helada mientras tira de mí. Yo sigo adherida a los barrotes.

—Podría darte un porcentaje si aparece —añade Sam—. Lo que tú digas.

Me río, pero entonces veo una oportunidad.

—Los intentos de asesinato. ¿Has tenido algo que ver?

—¿Qué?

—El material de buceo manipulado, los frenos cortados de la moto. ¿Fuiste tú?

—¿Estás loca?

—Eso depende del día y de quién pregunte.

Él niega con la cabeza, firme.

—No he hecho nada de eso. Solo quiero recuperar mi maldito dinero.

No llego a contestarle. El inspector me agarra del brazo con brusquedad y me despega de las rejas como si fuera una ventosa

molesta.

—Vamos. Se acabó la función.

No discuto. Solo le sostengo la mirada a Sam mientras me alejo. Él no parece preocupado, ni culpable. Solo harto. Como si lo único que le doliera fuera el saldo en su cuenta y no el cuerpo en el mar.

El pasillo está vacío, pero no por mucho tiempo. Justo al doblar la esquina, casi nos topamos contra el brigadier, que aparece de repente con el rostro endurecido como un mal augurio.

—Mierda —susurra el inspector, y me empuja hacia el lado opuesto con una orden seca—. Por ahí. No te pares.

Echo a andar sin mirar atrás, el corazón bombeando adrenalina. Cruzo el pasillo en dirección a la sala principal, donde dos agentes están delante de sus escritorios, ocupados en la gloriosa burocracia de las fuerzas del orden. Me limito a caminar como si tuviera todo el derecho del mundo a estar ahí.

Estoy a unos metros de la puerta cuando escucho su voz.

—¡Señorita Kross!

Me detengo. No por obediencia, sino por instinto. Como cuando te llaman por tu nombre completo en el colegio y ya sabes que la has cagado.

El brigadier se planta frente a mí con su gesto de estatua ofendida. Lleva la ofensa marcada en la frente y el orgullo arrastrándole los pasos.

—Le advertí que se mantuviera al margen. ¿Qué parte no entendió?

—Estoy aquí por lo de mi scooter —respondo, sin alterar el tono —. Alguien manipuló los frenos. Puse una denuncia.

—Ah, claro. Y de paso decidió hacer turismo por la zona de detenidos. Muy convincente.

—Solo me equivoqué de pasillo.

—¿De pasillo o de carrera profesional? Porque empieza a parecerme que tiene vocación de saboteadora, no de detective. Como vuelva a verla entrometiéndose en una investigación oficial, la próxima vez no saldrá caminando por esa puerta, sino esposada.

Sus palabras me golpean, pero no respondo. No porque no tenga con qué, sino porque a veces callar dice más que soltar un

discurso. Le sostengo la mirada con una media sonrisa, sin rendirme ni retarlo. Solo esperando, como quien deja que el idiota se ahogue solo en su propio ego.

El brigadier resopla, molesto por mi falta de reacción. Entonces se da media vuelta, desaparece por otro corredor y me deja vía libre.

Camino hacia la salida sin apurar el paso. No le voy a regalar el espectáculo de verme huir.

Al cruzar la puerta, el aire libre me sacude con una mezcla de sol y libertad. Me detengo un segundo en la acera.

Por los pelos.

Y lo peor es que lo que he conseguido ahí dentro apenas sirve de algo.

Sí, ahora hay en juego medio millón de euros, pero eso no me acerca ni un ápice a encontrar al culpable de la muerte de Molly. El principal sospechoso acaba de convertirse en un imbécil con mala suerte. Pero no parece ser el asesino.

Y eso me deja con… nada.

Nada. Solo un cadáver viejo, un colgante desaparecido, un tesoro improbable y un reguero de mierda que empieza a oler cada vez más fuerte.

23

No hace falta que nadie me lo diga, lo sé en cuanto he salido a la calle desde la comisaría. Esa sensación pegajosa de haber llegado al final de un laberinto que no lleva a ningún sitio. Como cuando escalas una vía que, tras horas de esfuerzo, descubres que está mal equipada y la reunión final no existe. No hay gloria, solo una cuerda que cuelga de la nada.

Me detengo un segundo en las escaleras. El sol comienza a precipitarse hacia el horizonte, aunque aún quedan unas horas para que Kalymnos se bañe en esa luz cálida que vuelve todo más hermoso. Miro el mar al fondo, tan quieto que parece una burla.

Me detengo un segundo en las escaleras. El sol comienza a precipitarse hacia el horizonte, aunque aún quedan unas horas para que Kalymnos se bañe en esa luz cálida que vuelve todo más hermoso. Miro el mar al fondo, tan quieto que parece inmóvil.

Sam no es el culpable. Por muy imbécil que sea, ese hombre no mató a nadie. Y eso me deja con una pila de pistas muertas y ni un solo sospechoso que merezca el título.

Genial, Valkiria. Has venido a una isla paradisíaca para desconectar y acabas como siempre: atrapada en un crimen sin sospechosos y una lista de caminos cerrados que harían llorar a un GPS.

Respiro hondo. Me digo que no es tan grave, que aún queda una hebra. La única que no he terminado de tirar, la mujer de Panayotis y el paradero de los osarios. Ella murió antes que él y, al ser exhumada, no quedaron registros de la localización de sus huesos.

Marco a Kostas mientras camino junto al puerto. La línea da un par de tonos antes de que su voz grave, con esa calma de quien ya no corre por nada, aparezca al otro lado.

—¿Sí?

—Hola, Kostas. Soy Valkiria. ¿Te va bien que te moleste un momento?

—Claro. Dime, ¿qué necesitas?

—Es sobre tu tía, la esposa de Panayotis. Estoy intentando localizar su osario. ¿Tienes idea de dónde está?

Hace una pausa, breve pero reveladora.

—Vaya… eso sí que es inesperado. La verdad, no tengo ni idea.

—¿Nunca te hablaron de eso en la familia?

—No. Ya te dije que con mi tío no tenía relación. Y para cuando volví a Kalymnos, los dos ya habían fallecido. Para ser honesto, ni siquiera me preocupé de visitar a mi tío en el cementerio tras su muerte. Supongo que ya habrán exhumado sus huesos, al igual que los de mi tía. Pero no sé dónde están.

—Yo te puedo decir dónde no están. En el cementerio.

—¿De verdad?

Su voz sale muy rápido, como si ya conociese mi respuesta de antemano.

—Sí. Y tampoco hay registro de su localización o quién los exhumó.

Kostas se detiene unos segundos de más en esta ocasión, como si necesitara ordenar sus pensamientos.

—Lo único que puedo decirte con certeza es que aquí todo tiene que ir a tierra bendita. Da igual quién seas, tus restos acaban en algún sitio santificado. Un cementerio, una capilla… Lo que sea, mientras lo haya tocado un cura ortodoxo.

—¿Capillas privadas? ¿Eso es habitual?

—Entre quienes pueden pagárselo, sí. Hay formas de conseguir que se bendiga una capilla familiar. Algunas ni parecen capillas, pero tienen la bendición de la Iglesia. Aquí la fe y el dinero no discuten.

—¿Tu tío tenía algo así?

Se ríe entre dientes.

—Si lo tenía, no lo compartía. Pero… no me sorprendería. Era muy suyo. Le gustaba esconder lo que otros mostrarían con orgullo. Si hizo construir algo, lo hizo sin testigos.

—Ya. Y sin que saliera en el periódico.

—Exacto.

Su respuesta no niega nada. Tampoco confirma. Me basta.

—Gracias, Kostas.

—Faltaría más. Suerte con la búsqueda.

Cuelgo, y sus últimas palabras flotan en el aire unos segundos de más.

No tengo una dirección. Pero sí una pista más clara. Sea cual sea el lugar en el que descansan los osarios del matrimonio, tiene que ser tierra santificada. Y de eso sí que debe haber registro.

Pido un taxi sin pensarlo. Cuando subo, le digo al conductor que me lleve a Panormos.

El coche arranca con lentitud, como todo en esta isla. Me recuesto contra el respaldo y saco el móvil. Vuelvo a abrir el archivo con la información que tengo sobre ella, la mujer sin nombre propio en casi todos los documentos. La esposa de Panayotis, la sombra anterior al mito.

Paso el dedo por la pantalla sin mucho ánimo, hasta que algo se detiene dentro de mí. La fecha. La maldita fecha. La misma que me chirrió cuando hablaba con el encargado del cementerio.

Murió exactamente tres años antes de la última inmersión de Panayotis.

Tardo un segundo en unir los puntos. La exhumaron unos días antes de que él se lanzara por última vez al mar. Justo antes de esconder lo que él mismo llamó su mayor tesoro. El simbolismo es claro.

Una idea comienza a tomar forma. Una que se traduce en dos posibles y únicas opciones: o donde están los huesos de su mujer está también el tesoro… o está la pista que lleva a él.

Hay una persona que puede ayudarme a encontrar ese lugar, y el taxi acaba de detenerse en su casa.

Subo las escaleras y toco la puerta con los nudillos. Es la primera vez que no entro a esa casa por el semisótano. Marina tarda unos segundos en abrirme. Cuando lo hace, lleva el portátil en la mano y una expresión de esas que dicen «estoy, pero no del todo». Tiene el pelo recogido con descuido y las gafas marcándole un surco en el tabique. Aun así, sonríe al verme.

—Perdona el caos mental. He estado intentando escribir, pero…

—Hace un gesto con la cabeza que resume mejor que mil palabras cómo lo de Pablo la ha dejado descolocada.

—No vengo a remover eso —le digo mientras entro—. Aunque igual sí vengo a remover otra cosa.

Se ríe por lo bajo, cierra el portátil y lo deja sobre la mesa.

—Adelante.

—Estoy buscando un sitio bendecido, un lugar que haya sido santificado por la Iglesia ortodoxa local. Podría estar en terreno privado, incluso parecer algo irrelevante desde fuera.

Marina me observa un segundo, sin moverse. Luego asiente despacio, como si estuviera acostumbrada a que las preguntas extrañas se materialicen en su salón.

—¿Bendecido cómo? ¿Con misa? ¿Con ceremonia?

—Con lo justo para que lo consideren tierra sagrada. Me basta con que un cura lo haya tocado y la diócesis lo haya aceptado.

—Entonces espera.

Camina hasta el aparador, abre un cajón y saca un cilindro de cartón con las dos manos. Lo desenrolla sobre la mesa con la precisión de quien ha hecho ese gesto muchas veces, pero no con este nivel de urgencia. El mapa ocupa casi todo el espacio libre. Está lleno de anotaciones, símbolos y colores.

—Me lo dio un sacerdote que entrevisté para la novela. Iba bastante contento con el vino de misa, pero sabía lo que decía. Es una copia del mapa oficial de la diócesis. Aquí tienes todo: iglesias, cementerios, capillas, ermitas… y algunos lugares naturales que también han sido bendecidos. Riscos, grutas, incluso propiedades privadas.

—¿Todo esto está reconocido oficialmente?

—Sí. Aunque muchas cosas no figuran en los registros públicos. Son acuerdos internos, gestiones discretas. Ya sabes: favores cruzados, donaciones, vínculos familiares.

Me inclino sobre el mapa. Una maraña de puntos, líneas y marcas que, sin una lógica clara, no dicen nada más allá de la silueta de Kalymnos y Télendos. Necesito una clave para traducir ese caos.

—Esto es… excesivo.

—Te lo advertí.

Se queda en silencio un momento, como si algo se hubiera desbloqueado en su memoria.

—Ahora que lo dices… Molly también me pidió ver este mapa.

Alzo la cabeza.

—¿Molly?

—Sí. Cuando se interesó por mi novela y la ambientación en la isla, me pidió que le mostrara qué estaba usando para documentarme. No le di importancia.

Me siento despacio. He sido más directa que ella, eso está claro. Pero no es lo relevante. Lo que importa es que estoy siguiendo los pasos de Molly.

Vuelvo la vista al mapa. No sé aún qué es lo que estoy buscando exactamente, pero sí sé cómo lo voy a encontrar.

Necesito reducir. Acotar. Aplicar filtros que me permitan descartar todo lo que no encaje. Uno por uno, hasta que solo quede lo que cumpla con todas las condiciones necesarias. Esa es la clave.

Un modelo mental. Mi herramienta más fiable cuando todo parece un caos. Y el que necesito ahora es claro: la intersección de restricciones.

Superponer los requisitos. Dejar que se anulen entre ellos, que se borren todos los lugares que no encajen en el patrón. Hasta que solo quede uno.

Uno que tenga sentido.

Y entonces sabré dónde descansan los huesos de Panayotis y su esposa… y ese lugar no será solo un punto en el mapa. Será el vínculo que me falta, la pieza que conecta el pasado con la muerte de Molly y me señala directamente a quien la mató.

—¿Te importa si hablo sola? —digo sin apartar la vista del mapa.

Marina ni parpadea. Supongo que el umbral de lo raro es distinto cuando pasas la vida inventando mundos.

—Mientras no te contestes a ti misma, adelante —dice Marina con una risa baja, apoyándose en el respaldo de la silla.

Suelto el aire y me concentro. Al mismo tiempo, tomo una hoja. La transformo pliegue tras pliegue, corte tras corte, hasta que solo quedan decenas de cuadrados blancos esparcidos sobre la mesa.

—Filtro uno: lugares santificados por la diócesis —digo, señalando el conjunto de puntos en el mapa—. Eso me deja con todo esto.

Un bosque de símbolos. Rojos, azules, dorados. Cada uno indicando un sitio diferente: iglesias, capillas, cementerios, ermitas, enclaves naturales.

—Filtro dos: deben ser sin culto activo. Nada de parroquias, monasterios habitados ni capillas con misas semanales.

Coloco los trozos de papel encima de más de la mitad de marcadores de la isla. Los que están en los pueblos desaparecen. También las capillas conocidas y los accesos evidentes.

—Filtro tres: inaccesibles por tierra. O, al menos, de difícil acceso. Si Panayotis quería esconder algo, no lo iba a dejar al alcance de cualquiera con zapatos cómodos.

Deslizo el dedo por los caminos marcados en el mapa, descartando todo lo que se conecte con carreteras o senderos evidentes. Me ayudo de una visión en satélite de mi móvil para sitios más irreconocibles. Los lugares realmente aislados se reducen a una decena.

—Filtro cuatro: deben estar en calas escarpadas, accesibles solo por mar. Y deben mirar al mar. —Me detengo ahí un segundo—. «Que se me conceda el honor de descansar mirando al mar, junto a los restos de mi amada esposa». Eso decía su testamento.

Esa frase pesa más que cualquier símbolo. Repaso mentalmente la topografía de la isla, algunos riscos que he visto escalando, las paredes que dan directamente al agua. Cruzo la información con las zonas más remotas.

Ya solo me quedan tres puntos.

—Filtro cinco: que no se vean desde el exterior. Nada que figure con nombre propio ni estructuras visibles desde el mar o la montaña.

Para esta última fase, uso principalmente el móvil. Me muevo con el mapa en tres dimensiones, deslizando los dedos como si pudiera raspar la isla y revelar lo que esconde. Busco la localización exacta de los tres puntos que quedan sin un papel que los cubra. Tres cruces sin contexto.

El primero está en la bahía alargada que lleva hasta Vathy. El nombre me suena. Aikos lo mencionó durante el tour, creo que dijo algo sobre una cueva bonita. Le pregunto a Marina por si acaso.

—Ah, sí. Esa es bastante conocida. Solo se accede desde el agua, en kayak o lancha. Algunos turistas la visitan en verano.

En cuanto escucho «turistas», lo descarto. Panayotis no habría dejado nada a la vista de los curiosos con GoPro.

El segundo está al sur de la isla. Más remoto, menos transitado. Me hace dudar. Busco más detalles y, por instinto, cojo la guía de escalada que Pablo tiene en la estantería. Es la edición de dos años atrás. Está cubierta con anotaciones a lápiz y notas sobresaliendo por los bordes.

Ahí está: la cueva figura como el inicio de unas vías. Bastante bonitas, según el autor. Nada que atraiga multitudes, pero suficiente para que varios escaladores pasen por ahí cada temporada. También lo descarto. Panayotis habría buscado un lugar más escondido. Más suyo.

Paso al tercer punto. El del norte.

Y no encuentro nada.

Ni menciones en la guía, ni fotos en el mapa del móvil, ni vistas en tres dimensiones. Es como si no existiera. Y eso, justamente eso, es lo que lo convierte en el lugar perfecto.

Una cruz menor, dibujada con tinta negra, casi imperceptible si no estás buscándola.

—¿Y esto? —pregunto, girándome hacia Marina.

Ella busca el anexo, lo revisa en silencio y luego asiente, con las cejas fruncidas.

—Fue registrado como santificado, sí. Pero sin culto. No hay información adicional. Ni historia, ni propietario, ni acceso descrito. Nada. Es raro.

—Es perfecto.

Tomo una foto del mapa. Me aseguro de enfocar bien la zona y las coordenadas escritas.

—Gracias, Marina. Esto… es justo lo que necesitaba.

—¿Vas a ir ahora?

—En cuanto encuentre cómo acercarme.

Ella me sigue con la mirada hasta la puerta.

—Ten cuidado. Y si descubres algo, me lo cuentas.

—Lo haré.

Salgo con la certeza de que no estoy caminando hacia una pista, sino hacia el lugar exacto. Allí donde descansan los huesos de Panayotis y su esposa. Y, quizá, la clave final para entender por qué Molly terminó flotando en el mar.

24

Arranco el coche —el que me ha dejado Marina con la idea aún presente de disculparse por lo de Pablo— y salgo de los tramos costeros más concurridos de Kalymnos. Conforme la carretera se estrecha y los turistas escasean, mi pulso baja un poco y me permito respirar con más calma.

Al pasar el valle de Arginonta, el paisaje se abre en una bahía apartada, casi olvidada por las guías, donde las casas se agrupan en silencio y el ritmo del día lo marcan los motores de los barcos y el grito lejano de una gaviota. Bajo el sol que ya va tomando tonos anaranjados, la piedra caliza de la isla reluce pálida y la arena de la orilla —sin apenas sombrillas— invita más a la contemplación que al bullicio. Aquí, los escaladores conocen el sitio, los amantes del mar lo buscan como refugio, pero no hay filas de cafeterías, ni banderas multicolores, ni el murmullo constante del turismo global.

Estaciono a un lado, arranco mis pensamientos y me dirijo al pequeño puerto. Un muelle modesto con un par de barcas atracadas, redes tendidas al sol y olor a combustible mezclado con algas secas.

Al ver que no hay rastro de ninguna tienda de alquiler de barcos, me arrepiento de no haber ido por el agua desde Mirties.

Algo resignada, localizo a un marinero —curtido, bronceado, la mirada un poco huraña— junto a una embarcación modesta. Parece más pescador de afición que de oficio. Me acerco y sonrío con ese aire de «vengo a jugar según mis reglas».

—Necesito alquilar esa barca una hora —señalo— para salir a ver un tramo de costa que no aparece en los folletos.

El tipo cruza los brazos, me estudia y mide lo que soy. Le digo cincuenta euros, que me parece razonable para una hora en este puerto remoto. Él menea la cabeza.

—Ochenta euros —dice con voz seca en un inglés más decente

de lo que esperaba—. Una hora justa.

Mi ceja se arquea.

—Ochenta… bueno —digo—, está bien.

Mi parte racional ya calcula: «Jac va a tener que tragar esto como gasto de empresa».

Pago y el hombre me ayuda a subirme a la lancha que se balancea con solo mi peso. Las llaves ya están puestas en el contacto del fueraborda.

Salgo del puerto y dejo atrás el muelle —el hombre ya muerde su reloj mental—. El mar está tan plano que parece un lago. Las aguas de Kalymnos descansan con los ojos entrecerrados y la zona que busco está tan bien protegida entre rocas que me da la sensación de que pocos la pisan.

Según la foto del mapa de Marina y la aplicación del móvil, el recodo está a unos quince minutos a alta velocidad con la lancha, entre dos promontorios calcáreos que se alzan como cuchillos.

Me acerco despacio a las rocas. La lancha avanza apenas, casi sin estela, y el agua permanece extrañamente quieta. La cala está protegida; se nota en cómo la embarcación no golpea, sino que se desliza suave, contenida entre las paredes. Pero esa calma tiene trampa. Si entra una ola, rebota sin escapatoria. No hay playa ni espacio donde romper. Solo pared. Roca caliza cerrándose a ambos lados, dura y afilada.

A medida que me acerco, el casco roza el lateral de una formación rugosa y el crujido metálico me hace apretar la mandíbula. No es grave, pero suena a advertencia. Me doy cuenta, demasiado tarde, de que he venido sin avisar a nadie además de Marina. Ni a Aikos, ni al inspector. Miro el móvil: sin cobertura. Ni una sola barra. Me maldigo en voz baja. Pero no hay mucho que hacer más que seguir.

Con cuidado, busco un punto donde fondear. No es fácil. La mayoría de las rocas son demasiado irregulares y agresivas. Doy media vuelta con la barca, contorneo el promontorio y encuentro una hendidura, no más grande que el cuerpo de una cabra, donde una roca sobresale de forma horizontal. Me acerco despacio, usando el remo para mantener la distancia justa, y ato la cuerda con dos

vueltas firmes, por si la barca decide jugar a escaparse. Compruebo tres veces que está bien sujeta. Y aun así, me bajo con ese nudo en el estómago de quien sabe que está haciendo algo que no debería hacer sola.

La roca está seca, áspera, con bordes angulosos que raspan la piel si no apoyas bien. Me acerco al punto donde creo que podría comenzar a subir. A simple vista no hay nada que indique que se pueda escalar, pero si sabes mirar, acabas viendo líneas, ángulos, pequeñas repisas que podrían servir para los pies. No es una vía técnica ni empinada, pero tampoco es un paseo.

Subo. Mano, pie, equilibrio. La roca arde bajo el sol. A la derecha, el mar. A la izquierda, la piedra se retuerce y se alza. Continúo sin prisa, cada metro alivia los pulmones, aunque también genera más dudas. Desde abajo no se veía nada. Pero el mapa no miente, está aquí. Debe estarlo.

Me paro a descansar varias veces, más por precaución que por necesidad. Al llegar a unos diez metros, sigo sin ver nada. Saco el móvil y camino lateralmente. Cuando llevo casi veinte minutos en la pared, una sombra interrumpe el patrón del sol. Me detengo, parpadeo, y ahí está. A la izquierda, casi escondida entre una grieta natural, hay una entrada. Una abertura irregular, apenas visible si no estás justo frente a ella. El tipo de cueva que jamás verías desde el agua. Me acerco, tanteando cada paso. Me apoyo en una roca más oscura y camino medio agachada. Al mirar dentro, confirmo lo que intuía: hay más profundidad. Mucha más.

Mi respiración se detiene un segundo. Ahora sí. No hay duda, he llegado al sitio.

Entro.

El contraste de luz me deja ciega un segundo. Del sol hiriente a esta penumbra callada y húmeda. Me detengo en el umbral para que los ojos se acostumbren. Poco a poco, las formas comienzan a perfilarse. No es una cueva cualquiera, se nota. Ha sido intervenida, con cuidado. No restaurada del todo, pero sí transformada. Las paredes, de caliza desgastada, muestran marcas de herramientas recientes. El suelo está más nivelado de lo que debería, no hay escombros, ni ramas, ni restos de salitre. Es un lugar usado,

cuidado.

Avanzo una decena de metros con pasos lentos, como si alguien pudiera seguir durmiendo ahí. Y en cierto modo, es verdad. A mi derecha, contra la pared, hay un pequeño altar hecho en piedra y madera antigua, con un icono ortodoxo desgastado en el centro. La imagen dorada de San Nicolás —protector de marineros y buceadores— observa desde una pintura bizantina, con los ojos muy abiertos, como si aún juzgara desde el marco. Hay velas gastadas, restos de incienso y un rosario de cuentas azul marino. Todo rezuma esa estética sobria y densa que he visto en varias capillas de la isla. Nada de vitrales ni exceso de colores, solo devoción encapsulada en silencio.

Y justo al lado del altar… dos osarios.

Pequeños, cúbicos, de piedra clara. Tienen los nombres grabados: Panayotis Laskaridis y Vasilikí Laskaridou.

Me agacho sin tocar nada. Observarlos de cerca me pone un nudo en la garganta que no esperaba. Panayotis murió hace tres años y medio. El cuerpo fue enterrado en el cementerio de Pothia. Así que… ¿Quién demonios exhumó su cadáver para traerlo aquí?

Panayotis debió dejar instrucciones claras antes de morir. Esta era su voluntad. Y eso solo lo hace con alguien de plena confianza.

Kostas no encaja, no era esa persona. Entonces… ¿Quién fue? ¿Alguien que conocía este lugar? ¿Alguien que sabía del tesoro?

¿Estuvo involucrado en la muerte de Molly? ¿Lo encontró ya? Y si lo encontró… ¿por qué callar?

Las preguntas me taladran, pero se diluyen en cuanto levanto la vista.

En el centro del altar, sobre una tela color burdeos, hay un pequeño cofre de madera envejecida con bordes metálicos y la cerradura rota. No está realmente cerrado, solo encajado. Desprende un aire ceremonial, casi ritual. Como si lo hubieran colocado para ser encontrado.

Dudo. Me acerco. Lo abro.

Dentro, una única hoja. Papel antiguo, amarillento, doblado con cuidado. El tacto es rugoso, seco. Reconozco al instante el tipo de papel: es idéntico al de las páginas que vi en la vitrina del museo de

los buzos de esponjas.

Es una hoja arrancada de un diario. Y no cualquiera: es la entrada de la última inmersión de Panayotis Laskaridis.

La tinta está algo desvaída, pero es legible. El corazón me late más fuerte.

El papel cruje seco entre mis dedos. Lo abro despacio, con una reverencia que no logra disimular el vértigo. La caligrafía es clara, disciplinada, de alguien que aprendió a escribir cuando aún se enseñaban los trazos a pulso y con paciencia.

No entiendo todo, pero reconozco la estructura. Después de tantos minutos frente a las vitrinas del museo de los buceadores, algunas palabras se me han quedado grabadas: fechas, ubicaciones, números que hablan de profundidad y de tiempo bajo el agua. Coordenadas.

Reconozco también un número: veinte. Y al lado, otra cifra que no baja de diez minutos. Hay una palabra que aparece repetida en muchos de sus registros, y aquí también: *μόνος*. Solo. Esta última vez también fue solo. Como si estuviera convencido de que lo que iba a encontrar solo podía ser visto por uno.

Sigo leyendo, o más bien intuyendo. Hay una descripción del mar, una mención al estado del agua, la temperatura. Detalles que para cualquiera pasarían desapercibidos, pero que para alguien como él eran tan importantes como la inmersión misma.

Al final, algo cambia. Una frase más extensa en griego que no puedo traducir sin cobertura, y justo debajo… algo que sí entiendo. Inglés.

Una sola línea, escrita con otra intención. No parece dirigida a sí mismo, como el resto. Tampoco es una anotación técnica. Es una frase que podría haber sido escrita para cualquiera. Para mí.

«No nací para el mar. Yo lo elegí. Y él me eligió a mí».

Solo sé que, al terminar de leerla, algo en mí se encoge. No es una simple hoja de inmersión. Es un aviso.

Saco el móvil con la intención de tomar una foto. Quiero tener una copia por si acaso, por si esta hoja se pierde, por si se deshace en mis manos debido a la humedad. Activo el flash, enfoco… Y entonces lo oigo.

Un sonido. Leve. Pero no mío.
Viene de la entrada.
No estoy sola.

25

Guardo el móvil y la hoja sin pensarlo dos veces. Ambos en el bolsillo del pantalón, el que tiene cremallera. Me aseguro de cerrarlo por instinto.

Me doy la vuelta y ahí está. Una silueta humana me observa desde la entrada del refugio. A contraluz, con una máscara de tela que le cubre todo menos los ojos. No hace falta verle el rostro para saber que es un hombre, su manera de sostener el cuerpo lo delata. Esa forma de ocupar el espacio como si le perteneciera.

No se mueve. Tampoco yo. Pero algo en el aire ha cambiado, como si la humedad hubiese atrapado la tensión y la hubiese multiplicado por cien. El mar murmura a su espalda, ignorante de que hay algo descompuesto flotando entre nosotros.

—¿También pensaste que me estoy acercando demasiado? —digo. Mi voz suena más firme de lo que esperaba—. ¿Como Molly?

Ni un gesto. Ni un maldito parpadeo.

—Por eso la mataste, ¿verdad?

Un silencio más denso que el que había antes de que hablara rellena la roca de la cueva.

—No entiendo por qué eso sería un problema —sigo, como si eso pudiera cambiar algo—. Si llegaste hasta el tesoro, ¿por qué no te lo quedaste? ¿Por qué no lo hiciste público?

Nada. Ni siquiera una inclinación de cabeza, una pista, una respuesta. Solo sus ojos fijos en mí.

Entonces hay un leve cambio en su centro de gravedad, un desplazamiento mínimo en los hombros. Eso es todo lo que necesito para entender que no va a responder, que su única respuesta es la que viene ahora.

Carga hacia mí y yo ya no pienso. Me muevo.

Eso es lo que uno hace cuando ya no hay diálogo posible: correr, pelear o morir. No estoy lista para ninguna de las tres, pero eso

nunca ha sido un impedimento.

Lo que viene después es una coreografía descompuesta. No hay golpes limpios ni movimientos espectaculares, solo un forcejeo torpe en el que cada uno trata de imponer su voluntad sobre el cuerpo del otro. Mi instinto me lanza hacia atrás, pero la pared de roca me frena de inmediato. Sus manos buscan inmovilizarme. Las mías, liberar cualquier punto vulnerable.

No logro determinar su altura. ¿Uno setenta? ¿Uno ochenta y cinco? Cualquier número entre ambos podría ser cierto. El ochenta por ciento de los hombres entra en ese margen, y con esta oscuridad, este caos, su ropa negra que lo envuelve todo como un agujero… imposible saber más.

Sé lo justo de defensa personal como para librarme de un borracho o de un abrazo no deseado. Hice el servicio militar en Singapur, sí, pero nunca fui de combate cuerpo a cuerpo. Lo mío era pensar, no golpear. No soy una heroína de videojuego. No tengo medallas ni cinturones.

Pienso en esto justo antes de que la patada me impacte en el costado y me mande al suelo. El aire se me escapa de los pulmones como si el cuerpo, harto, se rindiera. Caigo mal, con la rodilla raspada y una piedra clavada en la espalda. Apenas tengo tiempo para encogerme y cubrirme antes del siguiente golpe.

El hombre tampoco es nadie entrenado. No hay precisión en sus movimientos ni técnica. Solo fuerza. El tipo de adversario que no necesita saber pelear para ganarte. Le basta con su peso, su empuje y su convicción de que va a aplastarte.

Nos revolvemos por el suelo. Tiro de su brazo, intento alcanzarle los ojos, algo. Un objeto cae a nuestro lado con un golpe sordo. Lo reconozco al instante: el cofre que guardaba la última hoja de los diarios de Panayotis.

Intento levantarme, pero mis manos resbalan sobre la roca mojada, el cuerpo me duele ya antes de que haya terminado de caer. Me golpeo la cabeza de refilón y el mareo no tarda en aparecer.

Me arrastro. El cuerpo protesta, pero no lo escucho.

Podría intentar quitarle la máscara. Forzar un descuido, aprovechar un instante de ventaja y tirar de la tela hasta verle la

cara. Pero no, es demasiado arriesgado. Y lo que necesito ahora no es un rostro, es salir de aquí con vida. Conocer su identidad no serviría de nada si luego acabo muerta en esta cueva, descomponiéndome entre huesos y salitre.

Además, está claro que este tipo no es tan idiota como para soltar su discurso final creyendo que todo termina aquí, como en esas historias en las que el asesino lo confiesa todo justo antes de que aparezca un personaje secundario para rescatar al detective en apuros.

Esto no es una novela. Esto es Kalymnos. Esto es la vida real. Y en la vida real casi nada sucede con tanta conveniencia.

Me obligo a levantarme. Ando hacia atrás, sin apartar la mirada de la silueta que sigue en pie dentro de la cueva. Retrocedo paso a paso hasta llegar a la boca del refugio. No alcanzo a ver el cielo. No me giro, sigo con los ojos clavados en el interior. Pero los colores que se cuelan por los bordes del acantilado ya lo dicen todo: atardecer.

Un rojo violento mancha la piedra. La clase de luz que parece predecir la violencia que está a punto de ocurrir.

El hombre se mueve.

Rápido.

Viene hacia mí con la velocidad de quien ha dejado de pensárselo. No tengo muchas opciones. El terreno aquí es demasiado escarpado como para huir cuesta abajo sin romperme algo por el camino. Y no tengo ni el tiempo ni las piernas para improvisar una vía de escape.

Antes de que pueda decidir qué hacer, Kalymnos lo decide por mí.

Doy un paso atrás. Uno solo. El pie busca apoyo. Lo encuentra. O eso cree. La costra caliza, erosionada por el tiempo y el salitre, cede sin aviso. Bajo mi peso, la piedra simplemente deja de estar.

Y yo también.

Me precipito.

No hay grito.

No hay reacción.

Solo el vacío.

La caída.

La certeza de que, una vez más, la roca me ha derrotado. Igual que en mi vía de psicobloc, cuando creí que tenía el agarre y acabé en el mar con las costillas heladas por el golpe.

Solo que esta vez… parece ser la definitiva.

26

Me despierto como quien resucita a regañadientes. El techo no es el mío. Ni el olor. Ni esa sensación de hospital que se te pega al cuerpo como una sábana húmeda. Parpadeo. La luz blanca me atraviesa las pupilas como si tuviera cuchillas.

Aikos.

Está sentado a mi lado. Tiene la cara que se le pone cuando quiere parecer tranquilo y no le sale. Marina está también. A un metro, con los brazos cruzados y un ceño fruncido que no le ha debido de desaparecer ni al dormir. Sus bocas se mueven antes de que yo logre procesar qué ocurre.

—… Te dije que no iba a tardar tanto, pero no respondía. ¿Cómo no iba a preocuparme?

—¿Estás bien? Val, ¿me escuchas? ¿Te duele algo?

—¿Por qué no dijiste que ibas sola? —interrumpe Marina, con una mezcla extraña de reproche y alivio—. Pensé que ibas a ir con Aikos. ¡¿Cómo se te ocurre?!

—No nos avisaste. —Aikos me agarra la mano—. Si me hubieras dicho…

Sus voces me llegan como si estuvieran bajo el agua, rápidas, superpuestas. No sé a cuál atender primero. Ni siquiera sé si me queda aliento para responder. Aprieto los labios y dejo que el mundo termine de girar.

Cuando por fin logro tragar saliva, lo que sale de mi garganta suena a papel rasgado.

—¿Qué hora es?

Se hace un silencio. Marina consulta el reloj en su muñeca.

—Las nueve.

—¿De la noche?

Niega con la cabeza.

—¿Cuánto…?

Aikos me aprieta los dedos.

—Catorce horas, más o menos. Es el día siguiente. Viernes diecisiete.

Cierro los ojos por la ráfaga de imágenes que me golpea de repente. El borde de la roca, el mar tragándome, la oscuridad. Y esa última sensación, justo antes de que todo se apagara: la certeza idiota de que iba a morirme sola.

Pero no. Estoy aquí. Viva.

Me humedezco los labios y abro los ojos de nuevo. Aikos sigue con mi mano entre las suyas. Marina parece contenerse para no gritarme. Y entonces, de forma simultánea, la tensión se les deshace en una sonrisa cargada de alivio.

La puerta se abre con ese aspaviento que refresca la habitación. Entra un hombre de bata blanca.

—Señorita Kross —dice—. Ha tenido mucha suerte.

«Sí, claro. Me encanta empezar el día con un trauma craneal».

—Tiene una contusión leve en la cabeza, justo aquí —explica señalando una zona que ya me late sin que nadie me toque—. Probablemente por el impacto contra la roca, después de caer al agua. El golpe fue amortiguado, pero la corriente debió arrastrarla hasta la pared del acantilado.

Aikos me suelta la mano. Marina ni parpadea.

—Además —continúa el médico—, presenta varios cortes superficiales en brazo derecho, hombro y piernas. Nada grave. Ya están desinfectados.

—¿Quién me sacó del agua? —digo.

Mi voz suena más fuerte de lo que esperaba, como si al decirlo me volviera más consciente del cuerpo que todavía tengo.

Marina se adelanta antes de que el médico pueda responder.

—Un marinero. Dijo que le habías alquilado la lancha esa misma tarde.

Asiento. Sí, me acuerdo. El hombre del puerto, con los brazos bronceados y la garganta áspera de tanto salitre.

—Cuando empezó a anochecer y vio que no volvías, fue a buscarte —añade Marina, bajando el tono, como si reviviera el susto —. Vio la barca amarrada y se acercó. Justo entonces te vio… caer

desde unos diez metros.

«Caer». Qué palabra más limpia para algo tan sucio.

—Estaba yendo a por ti, por eso le dio tiempo de rescatarte. Si no, habrías muerto ahogada.

Me quedo callada. No fue solo una caída, no fue un simple resbalón, no fue un accidente.

El médico hojea su carpeta como si necesitara confirmar algo que ya sabe.

—Está fuera de peligro. Las pruebas han salido normales. Puede irse en cuanto quiera. Le daremos el alta en unos minutos.

Cuando el doctor se va, la habitación se vacía de autoridad, pero no de tensión.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunto, notando de pronto el tacto áspero de la bata hospitalaria contra la piel.

Marina señala con la barbilla el poyete de la ventana. Mi ropa está allí, o lo que queda de ella. Sujetador rasgado, camiseta hecha jirones, pantalón con más cortes que tela. Parece haber sobrevivido a un naufragio.

—He traído ropa tuya del apartamento —dice Marina, como si pudiera leerme el pensamiento—. Está en esa bolsa.

Asiento. No tengo fuerzas para ironías, pero se lo agradezco con una mirada que ella entiende.

La puerta se abre de nuevo y aparece Pablo, con un vaso de cartón en la mano. Da un paso y se queda congelado al verme despierta. Sus cejas se alzan, primero con sorpresa, luego con alivio.

—Val… —susurra, y la voz se le quiebra apenas—. No sabía si…

No termina la frase. No le hace falta. Ya la lleva escrita en la cara.

Le tiende el café a Marina, que lo recibe con un leve asentimiento. Pablo se queda ahí, de pie, sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—Estoy bien —digo, solo para que deje de parecer que se va a romper él también.

Asiente, pero sus ojos siguen recorriéndome, como si necesitara pasar lista a cada trozo que aún respira.—¿Podéis dejarnos a solas? —añado entonces, con un ademán de cabeza hacia Aikos—. Solo un

momento.

No hacen preguntas. Marina me lanza una última mirada de advertencia suave, Pablo se aparta sin decir nada.

Cuando se van, Aikos me observa sin pestañear. En sus ojos leo la duda de qué le voy a decir.

Yo también dudo qué información darle. Ya sé quién fue. No tengo pruebas aún. No tengo ni siquiera una motivación que pueda sostenerse sin grietas. Sin embargo, ya sé sin lugar a dudas quién asesinó a Molly. Solo he tenido que revivir la escena en mi cabeza para darme cuenta de lo obvio que es. Hay cosas que una máscara no puede esconder.

Ahora solo me falta una cosa: montar el escenario.

El plan para demostrarlo. Para obligarle a que se delate. Y esta noche, con las fiestas de Kalymnos en su punto álgido, será el momento perfecto.

—Necesito tu ayuda para capturar al asesino de Molly —digo al fin, con la calma de quien sabe exactamente a quién tiene delante.

Aikos arquea una ceja, de esas que anuncian que está a punto de soltar algo afilado.

—¿Eso significa que descartas que sea yo?

Le sostengo la mirada un segundo más del necesario.

—Eso deberías saberlo tú.

Él esboza una sonrisa cansada, sin ironía.

—Yo ya te lo he dicho mil veces. Y ahora… ahora me alegra que por fin lo tengas claro.

No contesto. No hace falta.

—Encontré la última hoja del diario de Panayotis —suelto, sin más vueltas—. Ya sé dónde está el tesoro.

La sorpresa de Aikos no puede fingirse. Sus ojos se abren, su cuerpo se inclina hacia mí con esa curiosidad voraz que solo aparece cuando está de verdad emocionado.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—La cueva —respondo—. Es un lugar santificado, donde se encuentra el osario de Panayotis y su esposa. Allí estaba la hoja. Y allí apareció él.

—¿El asesino? —Aikos se endereza de golpe—. ¿Viste su cara?

—Iba enmascarado y la cueva estaba demasiado oscura para distinguir rasgos —digo sin dar demasiados detalles.

Aikos no respira durante un instante.

—¿Y dónde está el tesoro? —pregunta, con la emoción desbocada.

—Pásame el pantalón que llevaba.

Se levanta y lo trae del poyete. Lo despliego con una mano. Huele a sal y a sangre reseca. Abro la cremallera y rebusco en el bolsillo derecho.

Saco mi móvil. Muerto. Ni una sola señal de vida.

—Mil euros de móvil y un trauma craneal por investigar un caso por el que no me van a pagar. Fantástico.

El comentario sale más hacia mí que hacia Aikos. Él sonríe levemente.

Dejo el móvil a un lado y rebusco de nuevo. Esta vez saco una masa húmeda, deshecha. El papel, o lo que queda de él. El agua ha hecho su trabajo. Ya no hay palabras, solo pulpa.

Aikos palidece.

—¿Eso significa que… que el tesoro se ha perdido?

Lo miro y, al ver su expresión de puro estupor, me echo a reír. Al principio bajo, solo un soplo en la garganta. Luego más alto, una carcajada que arrastra algo siniestro, como si por fin algo tuviera sentido.

Aikos me observa, perplejo.

—¿Te has vuelto loca?

Niego con la cabeza, aún riendo.

—No, Aikos. Solo hay dos personas que conocen ahora la localización del tesoro. Una es el asesino. La otra soy yo.

Se queda quieto.

—¿Memorizaste su contenido?

—Las coordenadas y las indicaciones esenciales que pude interpretar en la hoja.

La habitación se llena de una nueva electricidad.

—Y esta noche —digo, alzando apenas la voz—, vamos a ir a por él.

27

Cuando llegamos a Pothia, el sol se desangra sobre el Egeo con una lentitud cruel. Esa luz anaranjada y oblicua que parece empeñada en convertirme en una versión más poética de mí misma, aunque solo consigue que entorne los ojos y maldiga en silencio porque me ciega. Aun así, el puerto está precioso, una lámina de oro viejo que se ondula cada vez que una barca se mece.

La plaza vibra, parece haber absorbido la descarga de un rayo y aún le palpita bajo las baldosas. Luces suspendidas como anzuelos de otro tiempo que cuelgan entre los mástiles de los barcos, puestos de artesanía que huelen a cuerda y a pintura, redes decorativas que crujen con el viento salado. Los locales han sacado mesas largas, interminables, donde se apilan platos que no sé pronunciar y botellas de vino que ya prometen una resaca memorable.

Es la Noche del Oro, me explica Marina con ese entusiasmo en la mirada que le sale cuando algo tiene historia detrás. La celebración íntima, la de verdad, la que hacen justo después de la Pascua ortodoxa. La que no sale en los folletos turísticos y que huele a familia y a mar. La isla despide simbólicamente a la flota de buzos de esponjas; los pescadores ya no son tantos como antes, pero aquí nadie olvida nada. Ni sus tradiciones ni a los que se fueron.

O eso debería pensar. Curiosamente, en todas esas miradas radiantes hay un hueco donde podría esconderse lo que ocurrió una semana atrás. Un silencio fino, casi imperceptible, que la música y el vino parecen cubrir sin esfuerzo. Nadie parece dispuesto a levantar esa capa. La celebración hace su trabajo, y bien.

Aikos camina a mi lado, saludando con quien se cruza con la naturalidad y autoridad de un alcalde. Después de pasar la noche en el hospital junto a Marina, da la sensación de que ya forma parte de esta extraña familia en la que nos hemos convertido. Marina va grabando notas mentales de cada detalle y Pablo está en su modo

habitual de turista-adoptado-por-la-isla. Sonríe a todo el mundo, incluso a los gatos que vigilan desde los muros. Yo intento seguirles el ritmo, aunque me cuesta más de lo que quiero admitir.

A cada paso, el roce de mi rodilla derecha me arde como si alguien me hubiera pasado una lija. El golpe con las rocas sigue ahí, el dolor me recuerda que estoy viva, por poco. La herida se extiende desde el muslo hasta la espinilla y late con cada pisada. No es grave, solo molesto.

—¿Seguro que estás bien? —dice Marina, bajando la voz para evitar que otros la escuchen.

—Perfectamente. Aunque la rodilla quiere recordarme que casi me parto en dos.

Ella ríe. Yo también, aunque por dentro me quejo.

Seguimos avanzando por la plaza. Una banda de pueblo proyecta música tradicional griega. Hay una energía contagiosa que me empuja hacia el festejo sin que me dé cuenta. Las risas se mezclan con el olor del pescado recién hecho, de la miel calentándose en algún postre y de las brasas del carbón.

La gente se agrupa sin necesidad de que alguien los dirija. Da la sensación de que la plaza obedece a un instinto antiguo. Las conversaciones se apagan a medias, los niños regresan a los brazos de sus padres y los turistas se aproximan arrastrados por la curiosidad. Incluso la música desciende unos decibelios.

Aikos, que ya lleva su sonrisa brillante de serie, se inclina hacia mí.

—Va a empezar el Mihanikós —me dice con un orgullo tranquilo —. Es el baile de los buzos de esponjas. Ya verás.

La plaza entera contiene el aliento cuando los músicos cambian el ritmo. Las cuerdas se vuelven más graves, más hondas, y el sonido los empuja hacia una fosa común bajo el agua. Tres hombres avanzan despacio, arrastrando los pies como si la tierra quisiera retenerlos. Uno encorva la espalda; el segundo lo sigue, marcado por el peso invisible de la profundidad; el tercero apenas levanta la mirada del suelo. Cuando el primero cae, el segundo lo sostiene. Cuando el segundo se tambalea, el tercero lo recoge.

El público guarda un silencio reverente. Hasta los niños, que

hace un minuto corrían entre las mesas, se quedan quietos, hipnotizados. Yo también. Hay algo primitivo en ese ritmo, un recuerdo antiguo metido en la sangre de la isla. Puedo imaginar el aire escaso bajo el casco, la presión aplastándote las costillas, la certeza de que una mala descompresión puede robarte la vida o, peor, devolvértela rota. La danza rinde homenaje a la profesión que durante décadas dio vida a la isla, sí, pero también funciona como advertencia.

Cuando la música vuelve a cambiar y la tensión se deshace como la espuma de una ola, la plaza respira otra vez. Las palmas marcan el compás, alguien suelta un grito alegre y el festejo recupera su vibración caótica. El olor del pescado a la brasa se mezcla con el del aceite caliente y la sal del aire. Nos acomodamos en una de las mesas comunales, tan larga que parece un muelle improvisado.

Aikos sirve vino mientras Marina cuenta anécdotas sobre sus primeros meses en Grecia y los malentendidos que tuvo al llegar. Pablo intercala frases sueltas en griego con su acento español —tan parecido al local— y los griegos, convencidos de que domina el idioma, le responden con rapidez, encadenando frases que él apenas alcanza a entender.

Yo me dejo llevar. Brindo con agua con gas, río, escucho historias que no sé si son ciertas, pero que encajan tan bien en la noche que sería un crimen cuestionarlas. El pescado fresco huele a mar de verdad y, por un rato, todo parece fácil. Cercano. Pero no real. Alguien podría haber fabricado este recuerdo para que encajara en una vida que no termino de sentir mía.

Pero bajo eso, bajo el sabor del vino y el rumor del puerto, sé que la noche tiene un final inevitable. Que esta calma es un paréntesis. Y que en cuanto lo cerremos, lo que ahora está en pausa volverá a entrar.

Tras la cena, la plaza se fragmenta en pequeños grupos, una marea humana que se repliega y vuelve a expandirse en oleadas irregulares. Nos separamos un momento, luego volvemos a coincidir, nos absorben conversaciones nuevas y nos sueltan otras que ya no recuerdo. La gente aquí tiene una facilidad asombrosa para tratarte

como de la familia. Te preguntan de dónde vienes, te cuentan lo que hicieron sus abuelos, te ofrecen vino aunque no tengas el vaso en la mano.

De pronto aparece Makarios, con una sonrisa tan amplia que me pregunto si es la misma persona que dirige su negocio con una avaricia casi caricaturesca.

—¡Aiko! —lo saluda su jefe con un abrazo de esos que te dejan sin aire—. ¿Y estos dos? —añade señalando a Marina y Pablo.

Ellos se presentan, pues solo se conocían de oídas, y Makarios se transforma en la versión más cálida de sí mismo. Bromas, historias, un cariño que no había mostrado en su local ni por asomo. Da la sensación de que en la celebración todos parecen haber robado otra piel para esta noche.

A pocos metros, entre la multitud, distingo el rostro del inspector Nikos. Está sin chaqueta, camisa remangada y aire más relajado de lo habitual. Se acerca con un gesto amable, casi tímido.

—Valkiria, me alegra verte de pie.

Le sonrío y, ante su insistencia, le cuento lo del accidente. En ningún momento dejo caer que pueda tener relación con el cadáver que sigue en su morgue ni con el sospechoso mal identificado que tienen encerrado.

Más adelante, no tarda en aparecer Kostas, seguido de Galateia, que trae esa serenidad suya que se te pega si no te proteges.

Galateia toma las manos de Marina con la cercanía de una vieja amiga y Kostas se queda embobado escuchando a Pablo hablar de rutas de escalada imposibles.

La noche avanza entre rostros, idiomas mezclados y momentos que duran lo justo antes de dar paso a otros. Marina y Pablo desaparecen unos minutos y regresan con un grupo de escaladores: franceses, británicos, italianos, un croata que podría levantar un coche con un brazo. Son músculos tostados por el sol, manos llenas de callos y sonrisas de quien vive colgado de paredes verticales. Me los presentan uno a uno; no retengo ni la mitad de los nombres, pero la energía es contagiosa. Kalymnos es su paraíso, y hablan de él con la devoción de quienes han encontrado un hogar sin pretenderlo.

Cuando me separo del grupo, cruzo la plaza casi sin rumbo, perdida en el murmullo alegre de la noche.

El brigadier me ve antes de que yo decida si quiero verlo. Está solo, con un vaso en la mano, observando la fiesta sin saber muy bien qué hacer en medio de ella. Cuando me acerco, su postura se endereza de inmediato, como un resorte que intenta recuperar dignidad.

—Brigadier —saludo, inclinando apenas la cabeza—. No esperaba encontrarle en una celebración así.

—La isla entera está aquí —responde, seco—. Sería extraño que yo no me presentara.

Asiento, aunque no me lo imagino disfrutando del ambiente. Se nota que tampoco sabe muy bien cómo mantenerse al margen del caso aun estando de fiesta.

—Bueno —continúo—. Me alegra ver que tiene tiempo para despejarse. Con lo de Sam… pensé que estaría ocupado.

Su mirada se afila. Apenas un segundo, pero suficiente.

—Kross —dice entonces—. ¿Qué está insinuando?

—Nada. Solo que… —Me encojo de hombros—. No parece que tengan nada sólido contra él. Más allá de algunas mentiras y de que estuviera en la isla el día del asesinato, igual que otras veinte mil personas.

El brigadier aprieta la mandíbula.

—¿Qué sabe usted?

—Que Sam no es el asesino. —Lo digo sin rodeos. A estas alturas no sirve fingir dudas—. Es un imbécil, sí. Pero no mató a Molly.

El hombre baja la mirada un instante hacia su vaso, por si encuentra allí una réplica inteligente que no aparece.

—¿Y qué más? —pregunta finalmente, más bajo, con un deje de cautela en la voz.

—Sé por qué estaba aquí. Sus motivos no lo dejan en buen lugar, pero no son homicidas.

Me mira intentando descifrar algo en mi expresión, pero la música sube, el público ríe y el contraste entre su tensión y la alegría del ambiente resulta casi ridículo.

—Entonces… —dice, con un tono casi sarcástico—. ¿Sabe quién es el culpable?

Me inclino un poco hacia él.

—Pregúntemelo otra vez por la mañana.

Y me marcho antes de que pueda decir nada más, dejándolo allí, con su vaso a medio terminar y la certeza incómoda de que esta vez no tiene el control del tablero.

Camino entre la multitud y, por primera vez en toda la noche, noto un cosquilleo frío recorriéndome la espalda. Están todos aquí. Todos. A excepción de Sam, que duerme en una celda, el resto de piezas del tablero están desperdigadas por la plaza: riendo, bailando, brindando, viviendo. Mezclados entre luces y música como si no hubiera una sombra afilada acechándonos.

Y lo verdaderamente inquietante es que yo también he hablado con ellos con total normalidad. Con esa naturalidad casi dulce que te arranca una noche así. Cuando, en realidad, uno de ellos intentó matarme ayer. Y aquí estoy, sonriéndole a la gente, con la rodilla ardiendo y una leve jaqueca, fingiendo que el peligro no se pasea a un metro de mí con una copa en la mano.

Localizo a Aikos entre dos mesas. Me acerco a él mientras la música sube y la risa de Marina resuena por encima del gentío. Él me ve llegar y su expresión cambia, sabe leerme demasiado bien.

Me detengo a su lado.

—Ha llegado el momento —le digo sin rodeos—. Vamos a encontrar el tesoro de Panayotis Laskaridis.

28

Es bien entrada la madrugada y el viento me golpea en la cara con una frialdad inesperada. No corta la piel, pero te sacude por dentro, como si quisiera despertarte algo más que el cuerpo. Me subo la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla. Aikos no dice nada, pero sé que siente el mismo escalofrío. Lo disimula con esa calidez perenne suya mientras sujeta el timón con las dos manos.

La barca es una de las de Kalymnos Panoramic Tours, aunque dudo que Makarios sepa que Aikos la quería usar a estas horas. Se la pidió en plena fiesta, entre copas y risas, y el viejo le dijo que sí con la misma ligereza con la que uno ofrece una aceituna. Imagino que pensó en un paseo costero al atardecer, no en una incursión casi clandestina bajo la luna nueva.

La oscuridad se acumula en el aire. No hay faros. No hay luna. Solo el ruido amortiguado del motor y el reflejo intermitente del agua cuando alguna luz perdida en la costa consigue alcanzarla. El mar Egeo esta noche parece haber olvidado que es un mar. Está inmóvil. Liso. Tan quieto que dan ganas de tocarlo para comprobar que no es una lámina de resina. Se me ocurre que quizás el mundo se ha congelado y solo nosotros seguimos en movimiento, cruzando este espejo negro como dos idiotas que no tienen mejor plan a las cinco de la mañana.

Aikos ajusta el rumbo. Yo no digo nada. No porque no tenga preguntas —las tengo—, sino porque este silencio denso parece exigir respeto. Como si romperlo fuera a despertar algo que está dormido bajo la superficie.

Nunca había visto el mar así, calmo hasta lo antinatural, como un lago sin corriente, sin alma. Sin embargo, algo me inquieta. Algo que no sé nombrar, pero que se agazapa entre mis costillas.

No es solo el frío. Es el presentimiento.

Son las 5:20 cuando la lancha se detiene frente a una cala de

perfil abrupto. El motor emite un último quejido y después el silencio vuelve a ocuparlo todo. Ni un solo chapoteo. Ni siquiera el rumor de las olas contra la roca.

Miro hacia la costa. El contorno de la isla es apenas una silueta ennegrecida, cortada contra el cielo sin luna. En cualquier otra noche, esta sería una escena idílica. No cuando sabes que bajo esa superficie intacta se oculta una entrada.

Las coordenadas están grabadas en mi memoria. No necesito la última hoja del diario, ya hecha una pasta, para rememorarlas. Una en el agua. Otra, tierra adentro, a diez metros de distancia. Como si hubiese querido marcar el inicio y el final de un pasadizo olvidado. Un túnel subacuático.

Aikos apaga del todo el sistema eléctrico de la lancha. La oscuridad se vuelve total.

Empiezo a revisar el equipo. Las gomas del cinturón, el ajuste de la máscara, el peso del lastre, el neopreno que llevo bajo la chaqueta. Cada gesto es parte del ritual. Uno que conozco bien.

Aikos no habla enseguida. Me observa en silencio, como si intentara calcular cuánto de obstinación y cuánto de delirio hay en mí.

—Valkiria —dice por fin—. Hacer esto sola es una locura. Y más ahora, con una noche tan oscura y en apnea. ¿Tienes idea de lo que quieres intentar?

Levanto la vista y me limito a ajustar el cinturón de lastre con fuerza y a comprobar la presión de los pulmones con una inhalación larga y lenta.

Aikos baja la voz, pero el reproche sigue intacto.

—Podemos volver por la mañana. Con luz. Con alguien que se quede en la lancha para que yo te pueda acompañar.

Aprieta el timón con fuerza, como si se aferrara a la última posibilidad de disuadirme.

Le sostengo la mirada un instante. Luego me inclino para recoger la linterna estanca y la cuerda de señalización.

—Es ahora o nunca —digo por fin, sin apartar la mirada de la cuerda que enrollo con precisión.

Aikos no responde, pero lo noto en la mandíbula tensa y en el

chasquido seco al tragar. Espera una razón.

—Es esa aparente locura —añado con calma— lo que la hace viable.

Me giro hacia él y dejo que mi voz tome el peso de las certezas que llevo días amasando:

—Es luna nueva. Hoy. Y solo hoy. Una vez al mes, cuando el cielo se vacía de luna y el mar se queda sin aliento. Entre las cinco y las seis de la mañana, justo después de la pleamar… la corriente se detiene. El túnel entra en pausa.

Mis dedos aprietan la correa del ordenador de buceo sin mirar. No necesito los ojos para eso. Ya es una extensión de mi cuerpo.

—Durante ese intervalo —sigo—, el oleaje desaparece, la succión cesa, la visibilidad es máxima. No hay sedimentos, no hay arrastre. Solo agua suspendida.

Aikos me observa.

—No es una suposición. Es un patrón. Molly entró así, Panayotis también. Las fechas coinciden. El viento estaba dormido y la luna escondida, al igual que la hora a la que fueron.

Tomo aire. El neopreno me presiona el pecho como una mano tibia. No hay vuelta atrás.

—Ese túnel no es accesible ningún otro día del mes. Ni con botella, ni con ayuda. Solo en este instante. Solo en apnea. Solo si sabes cuándo.

Y yo lo sé. Panayotis me lo ha dicho.

—Si quiero encontrar el tesoro, necesito entrar. Pero más que eso… Si quiero desenmascarar al asesino, necesito encontrar ese tesoro primero.

Silencio.

Me coloco las aletas, también la máscara. Y sin esperar respuesta, me dejo caer de espaldas.

El impacto con el agua me rodea en un abrazo frío, inesperadamente silencioso. Un escalofrío me recorre la espalda mientras la superficie se cierra sobre mí como una membrana. Nada más cruzarla, el mundo cambia de idioma. Todo es más denso, más lento, más real. La oscuridad está ahí, pero no me ciega. He traído una linterna de haz concentrado, de esas que cortan el agua como

una lanza. La llevo en la muñeca izquierda, bien sujeta. En la derecha, la cuerda guía, por si algo sale mal, junto al ordenador de buceo.

Mi equipo es mínimo: máscara, aletas cortas, cinturón de lastre. El neopreno es fino, el justo para esta temperatura. Cualquier exceso de flotabilidad me haría perder segundos, y no tengo segundos de sobra.

La primera inmersión es breve. Busco a lo largo de las coordenadas como si pudiera reconocer el túnel a simple vista. Me hundo hasta los ocho metros, ilumino cada rincón de la roca, cada sombra sospechosa, cada grieta que parece más oscura que las demás. Pero nada. Está despejado.

Subo. Respiro hondo. Otra vez.

Segunda inmersión. Esta vez me hundo más, casi hasta el fondo. Mismo resultado. Paredes limpias, pliegues sin salida. Aprieto los dientes. La calma del agua comienza a parecerme insultante. El túnel parece esconderse a propósito.

Aikos me espera en silencio desde la lancha. No lo miro. No todavía.

Tercera. Me sumerjo con más decisión. Esta vez llevo en la mente la cifra exacta del diario: catorce metros. Panayotis lo escribió con un trazo seguro, como si esa medida fuese sagrada.

Catorce metros. Ni uno más. La luz rasga la penumbra. Y ahí está. Una hendidura mínima entre dos pliegues de roca caliza. No más ancha que mis hombros, oculta en un ángulo imposible. La linterna apenas logra colarse, pero hay corriente. Suave, tímida, como el aliento de alguien dormido.

Lo sé en cuanto la veo.

Subo de inmediato, con los pulmones pidiendo tregua y la adrenalina aullando en las sienes.

—¡Está ahí! —grito al romper la superficie, sonriendo como una posesa—. ¡Aikos, la encontré!

Él no dice nada, pero sus ojos brillan como si hubiese esperado toda su vida este momento. Asiente, con la emoción atrapada en la garganta.

Esta vez no hay duda. El túnel existe, y me está esperando.

Me preparo para la inmersión definitiva.

Cinco respiraciones diafragmáticas, lentas y profundas. Cuento los segundos de cada exhalación como si eso pudiera engañar al cuerpo, hacerle creer que no está a punto de enfrentarse a un encierro sin oxígeno. El truco no es contener el aire, es convencer a la mente de que el tiempo no corre.

En la última inhalación, el mundo se suspende. Me sumerjo.

Bajo con los brazos extendidos, siguiendo la cuerda guía hasta que reconozco la roca que marca los catorce metros. Ahí está. La hendidura, una cicatriz en la piedra. Esta vez no me detengo a mirarla: entro.

El túnel me recibe con un silencio espeso. Es tan estrecho que apenas puedo mover los hombros. La linterna proyecta un haz oblicuo sobre la roca húmeda, que parece cerrarse más con cada metro. El agua está quieta, absolutamente quieta. Si hubiera corriente, aunque fuera mínima, esto sería una sentencia.

A los pocos segundos veo algo. Un cabo.

Está atado a un saliente de la roca, sujeto de forma rudimentaria. El extremo está rasgado, como si hubiese sido arrancado de golpe. Me acerco y lo reconozco, tiene el mismo patrón que la cuerda que colgaba del cadáver.

Aquí murió Molly.

A veinte segundos de la superficie. Tan cerca. Y tan condenadamente lejos.

Mi estómago se encoge. Después de la cavidad abierta en la que se encuentra la cuerda, el túnel vuelve a estrecharse, esta vez incluso más. Me obliga a girar los hombros de lado para avanzar. No hay espacio para dudar o para ceder a la claustrofobia. Tampoco para retroceder.

Llevar una botella aquí sería impensable. Te dejaría clavado en la roca como un alfiler. Solo se puede pasar con el cuerpo pegado a la piedra. Y ni aun así es seguro. Si por un instante me atoro, si una aleta se engancha, si me entra el pánico… no hay salida.

Una parte de mí quiere dar la vuelta. Aunque ni siquiera estoy segura de que eso sea posible ahora. La otra ya ha cruzado el umbral.

Sigo. Un metro más. Otro. La linterna parpadea por la presión, o quizá por el miedo que vibra en mi muñeca. El túnel se curva hacia arriba. Apenas noto la pendiente, pero sé que sube porque el cuerpo me lo exige. Cada centímetro que avanzo, el aire en los pulmones se vuelve más pesado.

Me resbalo en un giro angosto y el costado golpea la roca. Un segundo de duda. ¿Estoy atascada? ¿Es esto?

No. Me impulso con cuidado. El cinturón roza la piedra. Otra curva más.

La segunda vez que casi me quedo encajada no pienso en Molly.

Pienso en Panayotis.

Ochenta y nueve años.

Ochenta y nueve.

¿Quién demonios hace esto con esa edad? ¿Qué clase de cordura retorcida hay que ser para planear esta inmersión y, no solo eso, lograr completarla? Me gustaría saber qué pensaba mientras descendía, si tenía miedo, si sonrió al ver esta grieta que ahora me traga a mí.

Y entonces, sin previo aviso… el túnel termina.

Emerjo con una bocanada desquiciada, como si el aire me doliera. Las gotas caen de mi rostro al agua tranquila que me rodea.

He llegado.

Estoy dentro de la cueva donde Panayotis escondió su tesoro.

29

Apago la linterna y espero. Al principio no se ve nada, solo el zumbido interno del cuerpo, las pulsaciones resonando dentro del cráneo. Pero después de unos segundos, la cueva empieza a despertar. Igual que en la Blue Cave, aquella donde buceé con Aikos y donde ocurrió el «accidente», las paredes de roca se salpican de un resplandor tenue, azul verdoso, que parece latir. Partículas bioluminiscentes. Pequeñas luciérnagas minerales adheridas a la piedra húmeda, alimentadas únicamente por la oscuridad.

La bóveda es baja, apenas tres metros. Y la parte de agua, aunque estrecha, está encerrada en un silencio que impone más que cualquier oleaje. La mayor parte de la cueva es roca húmeda y sólida, cubierta de una pátina viscosa que hace que cada paso sea un acto de fe. Me impulso con los brazos hasta salir del agua. Mis dedos tocan una superficie áspera, pero firme. Trepo.

Y ahí está.

Sobre una protuberancia natural de la roca, tallada con una precisión que parece intencionada, descansa un cofre. No es metálico ni antiguo ni tiene nada de romántico. Es de madera barnizada, con cierres simples, ligeramente castigado por la sal. Y, aun así, desprende algo que se mete bajo la piel. Por un instante, me siento en una película ambientada en el siglo XVI, a punto de descubrir el secreto de la vida eterna.

Me arrodillo delante del cofre. El corazón me late como si tuviese un metrónomo roto dentro del pecho. Sé que lo importante no es el objeto en sí, es lo que representa, lo que se ha tardado años en encontrar.

Tomo aire y abro la tapa.

Al abrirlo me recibe un espacio desmesurado, mayor de lo previsto. Solo contiene una cosa.

Un cuaderno.

Del tipo que usaba Panayotis para registrar sus inmersiones. Está dentro de una bolsa de plástico, sellada. El papel parece intacto, a salvo de la humedad.

Mi primera reacción no es la que esperaba. Me decepciono.

Después de tanta búsqueda, de multitud de pistas, de la inmersión casi mortal, de la tensión… Encontrar solo un cuaderno me sabe a poco.

Con las manos ya secas, extraigo el diario del compartimento estanco. El plástico cruje cual crisálida al romperse. Lo abro con cuidado, esperando encontrar tablas, notas técnicas, registros de profundidad o consumo de oxígeno. Pero lo que tengo delante es otra cosa.

Un auténtico diario personal.

La letra es minúscula, apretada, manuscrita en griego. Cientos de páginas cubiertas de tinta que ha sobrevivido al tiempo, al salitre y al silencio. Paso los dedos por las fechas escritas en la esquina superior de cada página. Me detengo en una. Año mil novecientos cuarenta. Panayotis tenía apenas catorce años. Y siguió escribiendo durante toda su juventud. Durante los primeros años de inmersiones.

Sigo pasando páginas hasta llegar al principio, donde algo rompe el patrón.

Una hoja mecanografiada.

Está doblada en dos, como si alguien la hubiera añadido después. En una cara, griego; en la otra, inglés. Leo la versión inglesa. Su voz, aunque impresa, resuena en mi cabeza como si él mismo la recitara desde algún rincón de la cueva. Tiene esa calma lúcida con la que solo se escribe cuando uno ha hecho las paces con su historia.

Lo que has encontrado no es oro, ni joyas. Es mi primer diario. El único que no entregué al archivo municipal. El único que jamás compartí.

De niño odiaba el mar. Odiaba el buceo. Odiaba lo que esa profesión nos quitaba en la isla: padres ausentes,

hermanos muertos, cuerpos rotos.
Tenía catorce años cuando empecé, como todos. La decisión ya estaba tomada antes de que yo naciera.
El primer año solo acompañé a mi padre. No me metía en el agua; observaba desde la barca. Ayudaba en todo lo que me ordenaban, me aburría, me enfadaba, me sentía traicionado por el destino.
Pero, poco a poco, algo cambió. Empecé a mirar más allá del miedo, me contagié de la pasión de los demás, descubrí que no todos buceaban por necesidad.
Algunos lo hacían por amor. Un amor inexplicable, brutal, que solo se entiende bajo el agua.
Y con el tiempo, yo también aprendí a amar lo que antes repudiaba.
Este cuaderno es testigo de esa transformación.
Lo escondí aquí para quien lo encontrase. Como legado. Como prueba.
El verdadero tesoro no es el objeto, es la intensidad de vivir con pasión.
Si estás leyendo esto, deseo que encuentres en estas páginas no solo mi historia, sino también la posibilidad de amar algo con idéntica intensidad.
Porque una vida vivida con esa pasión…
Es el mayor tesoro que uno puede recibir.

Cierro los ojos. El texto aún reverbera en mi pecho.

Siento una punzada de vergüenza por haberme decepcionado. Por haber esperado otra cosa.

El cofre no guarda respuestas, ni pistas escondidas, ni claves codificadas. Pero contiene algo mucho más difícil de encontrar: verdad.

Y lo peor de todo es que lo entiendo. Lo entiendo demasiado bien.

Vuelvo a guardar la hoja en el diario, y el diario en la bolsa de plástico transparente. Aseguro el cierre con los dedos, con la

sensación de estar sellando algo más que papel. Me deja un regusto extraño. Agridulce. El simbolismo me ha atravesado, la honestidad brutal de Panayotis también. Estoy de acuerdo con él. Vivir así, con esa intensidad, con esa entrega… es algo que el dinero nunca podrá comprar. El propósito no entiende de edades ni de riqueza. Es una brújula interna, y cuando apunta al norte, lo sabes. Todo encaja.

Pero una parte de mí… sigue decepcionada.

No sé qué esperaba encontrar. Un mapa. Un secreto. Una confesión. Algo que justificara el recorrido, las pistas, las piezas del rompecabezas, el riesgo. En lugar de eso, he recibido una lección de vida con moraleja incluida.

Con ese regusto ambiguo, retiro el diario de mi vista. Justo entonces, algo reluce en el fondo, un reflejo diminuto y metálico que me llama la atención. Me inclino. Entro con la mano y lo saco.

Un colgante.

En cuanto lo tengo entre los dedos, me echo a reír.

El sonido estalla contra las paredes de la cueva como un disparo, rebota, regresa, se amplifica. Miro el colgante con más detenimiento. Es el de Sam. El que le había obligado a viajar a Kalymnos justo antes de que muriera Molly.

Tras unos minutos forcejeando con el cierre, probando a girarlo, presionando los bordes y pasando la uña por una ranura casi invisible, logro abrirlo. Se separa con un clic apenas audible. Dentro, una lámina de metal grabada con precisión: veinticuatro palabras, numeradas. Doce en cada lado.

La *seed phrase*.

La contraseña que da acceso directo al medio millón de euros que Sam guarda en bitcoin.

Vuelvo a reírme. Esta vez más bajo, más seca. Al final, el tesoro sí tenía riquezas. No solo ideas. No solo símbolos.

Cuando Molly llegó hasta aquí, debió de dejar el diario por elección propia. O quizá pensaba volver a por él más adelante, cuando pudiera sacarlo sin riesgo de que se mojara. Pero el colgante… eso fue distinto. Lo dejó como quien deja una carta sin remitente. Un final sin palabras. Está claro que nunca supo lo que escondía. Nadie en su sano juicio habría abandonado medio millón

de euros en un agujero de roca húmeda como si nada.

Lo dejó por lo que significaba. Por lo que ya no quería cargar. La forma más absoluta de enterrar una relación que había terminado. El duelo convertido en ofrenda.

Y yo, como intrusa del pasado, lo recojo todo.

Miro la hora en el ordenador de buceo.

06:10.

Se me acaba el margen. La ventana de mar calmo que anunciaban para esta madrugada está a punto de cerrarse. En menos de media hora empezarán las corrientes, y no tengo intención de quedarme atrapada aquí dentro cuando eso ocurra.

Saco la bolsa estanca del neopreno, guardo dentro el colgante de Sam y el diario de Panayotis, reviso el cierre y vuelvo a meterla bajo el traje. No quiero que se enganche en ninguna roca.

Respiro hondo, la última bocanada antes del descenso. No puedo permitirme el pánico. Solo aire y mente quieta.

Al sumergirme, el agua me recibe con un frío sólido. Me impulsa hacia abajo como si quisiera tragarme de una vez. Me dejo llevar por la pendiente resbaladiza de roca pulida. El túnel que me llevó hasta la cámara ahora parece más estrecho, más oscuro. Sabe que llevo algo valioso, se resiste a dejarme salir.

La cueva se retuerce en espiral, sinuosa y traicionera, como una criatura de roca que se enrosca bajo el mar para devorar intrusos. Me deslizo con el cuerpo estirado, reduciendo el perfil todo lo posible. Mi pecho roza la pared. Las piernas, contraídas, buscan el ángulo exacto para avanzar sin atascarse. Cada gesto es deliberado.

Nadar hacia allí es descender al infierno.

Un infierno mudo y frío, donde cada metro devora oxígeno y voluntad.

Hasta que se abre.

La cavidad surge como un respiro en mitad de la asfixia. Allí permaneció el cuerpo de Molly durante meses, esperando a que una tormenta lo devolviera a la superficie. Ahora solo queda un cabo roto, astillado contra la roca, suspendido en el agua como una soga inútil.

El túnel se afila una última vez. Me estiro, me aferro al instinto,

avanzo con una brazada controlada y firme. El cuerpo sabe lo que viene.

Luz.

No necesito linterna. El mar se tiñe desde dentro, como si alguien hubiese volcado pintura cálida en la superficie. El amanecer filtra sus colores en cascada: rojos, dorados, reflejos anaranjados que oscilan con cada burbuja.

Con un último impulso, atravieso la superficie.

Salgo jadeando. El aire entra de golpe y el corazón late tan fuerte que amenaza con salirse del pecho.

Lo primero que veo es el cielo: una línea incandescente de sol cruzando el horizonte.

Lo segundo… me hiela.

Aikos. Y no está solo.

Alguien le apunta con un arpón. Ese mismo cuerpo compacto y sereno que parecía incapaz de violencia, esa sonrisa de taberna que ahora es solo sombra.

Veo al asesino de Molly.

Y esta vez no voy a ser yo quien caiga. Aunque tenga que llevármelo por delante.

30

Nado hacia ellos sin pensarlo, aunque sé que es inútil. La barca está demasiado lejos y la tensión demasiado cerca.

El hombre que empuña el arpón no dice nada al principio. Solo me observa. Su brazo apunta directo al pecho de Aikos y su pulso no tiembla.

—No des ni una brazada más —dice al fin, con esa calma impostada que precede a los disparos.

Le hago caso y me detengo. Floto en el agua con el pecho encendido de adrenalina, los brazos extendidos y la mirada fija en él. La luz del amanecer lo recorta contra el fondo del cielo, como una figura tallada en piedra.

Makarios. El propietario de Kalymnos Panoramic Tours.

Está de pie en la proa de la segunda barca, las piernas ligeramente flexionadas para compensar el vaivén del suave oleaje que ya ha despertado. El torso tenso, como si se hubiera fundido con el arma. Solo su cara conserva esa serenidad maciza de las personas que ya han elegido hasta dónde están dispuestas a llegar.

No tiembla. No duda. Y, lo peor, no parece odiarnos. Esa es la parte que más miedo da. La indiferencia. Como si apuntar al pecho de su mejor empleado fuera tan sencillo como apuntar a una boya.

—Supongo que, al igual que Molly —digo, mientras me quedo flotando—, nosotros también nos hemos acercado demasiado.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Molly llegó al tesoro, por eso tuviste que deshacerte de ella.

Makarios aprieta la mandíbula, pero no baja el arma. Aikos no se mueve, está congelado. La marea que comienza a resurgir en el mar me arrastra un poco, pero me mantengo a flote, con las piernas firmes y los ojos clavados en él.

—Si insinúas que yo maté a Molly —dice Makarios, en un tono

seco, casi aburrido—, no podrías estar más equivocada.

—¿De qué sirve negarlo? Estás a punto de asesinar a Aikos en lo que seguramente pretendes que sea una especie de representación shakespeariana. Déjame adivinar. Harás ver que Aikos era el verdadero asesino de Molly, el amante despechado. Yo le habré confrontado y, en lo que parecerá un crimen con sabor a tragedia griega, harás ver que los dos nos hemos matado entre nosotros. Cero testigos, cero cabos sueltos. Bravo, Makario. Deberías haber sido guionista.

Él se ríe. No con ganas, ni con rabia. Se ríe como si le hubiera leído la mente, pero no dice nada. Y ese silencio me cabrea más que cualquier amenaza.

—Ya que vas a matarnos, al menos ten la decencia de contarme por qué. ¿Qué hizo Molly para merecer morir ahogada?

Makarios me observa, sopesando si merece la pena responder. Se ríe de nuevo, esta vez más bajo, casi para sí. Mantiene el arpón en alto.

—Está bien —digo al fin—. Si tú no quieres contarlo, lo haré yo. Aikos me dijo que estabas en bancarrota. A punto de perder la casa, la empresa… Todo eso justo cuando murió Panayotis. Y entonces apareció su testamento, con la historia perfecta para rescatarte.

Le clavo la mirada. Makarios parpadea. Solo una vez.

—Fuiste el primero en ver la oportunidad. Convertiste el mito en negocio. Tours del tesoro, el viejo Panayotis, el buzo que escondió riquezas en el mar. Lo viralizaste, y Kalymnos se llenó. Contrataste más personal, pagaste tus deudas, te convertiste en el héroe local.

»No sé en qué momento llegaste al tesoro, pero está claro que te decepcionó. No era oro, ni perlas, solo una historia vacía. Y esa historia era mucho más valiosa si seguía sin resolverse. Si la verdad salía a flote, tu castillo se hundía. Así que lo enterraste de nuevo.

»Y entonces llegó Molly. Una turista británica entusiasta, curiosa, perseverante. Supongo que, una vez que se acercó de verdad, intentaste convencerla de que no merecía la pena. Que no había nada que encontrar. Pero ella siguió hasta acercarse demasiado. Hasta que tuviste que hacer algo. Porque si revelaba el misterio de la leyenda, si contaba la verdad sobre el tesoro… todo se venía

abajo.

Makarios ya no sonríe.

—No sé si fue impulsivo o premeditado, pero matarla te resultó sencillo. El escenario era perfecto: una cueva estrecha, sofocante, sumergida. Mientras Molly avanzaba hacia el tesoro, tú la aguardaste en el único punto de salida. Ataste un cabo, preparaste el tanque y te quedaste ahí, paciente, con la calma letal de un depredador. Cuando ella emergió, ya sin aire en los pulmones, tú estabas detrás. Bastó un nudo rápido en el cinturón de plomos para sentenciarla. Tú mismo viste cómo se agitó bajo el agua, cómo intentó deshacer el nudo que le habías dejado a la espalda. No pudo. No había escapatoria. Y no había nadie más.

La imagen se me clava en la mente. No por morbosa. Por precisa. Por real.

—Metiste el cuerpo de nuevo en la cueva y saliste. Nadie te vio ni nadie lo supo. Hasta hoy.

Makarios no responde, pero la vena de su cuello palpita con fuerza. Tensa la mandíbula como si masticara piedras, y durante un segundo sus dedos se aferran al arpón con más fuerza.

Aikos me mira. Su expresión es de puro shock. Pero no interrumpe. Me deja hablar, me deja llegar hasta el final. Yo también me doy unos segundos.

Ese hombre es inteligente, precavido. Ha sabido mantenerse en la sombra todo este tiempo. Y si estoy aquí viva, ahora mismo, es solo por error.

—Supongo que la primera vez que me pusiste el ojo encima fue en la cafetería en la que nos encontramos —sigo—. Más tarde me di cuenta de mi fallo. Llevaba uno de mis libros en la mano, así debiste de descubrir quién era. Seguramente también escuchaste cuando atendí una llamada del inspector y dije su nombre en voz alta. Todo lo que necesitabas para saltar las alarmas.

La marea me empuja hacia atrás. Apenas unos centímetros.

—Tu primer movimiento fue advertirme. La manipulación del propio material de tu empresa en la inmersión de la Blue Cave y aquella nota cobarde en la taquilla. Pero no funcionó. Así que fuiste más allá. Me cortaste los frenos de la moto. Tampoco funcionó.

»Te quedaba una última carta: la cueva. Sabías que yo ya tenía todo para encontrar el tesoro. Y si lo encontraba… se acababa el juego. El turismo, los tours, tu historia. Lo peor: tal vez también descubriera lo que le hiciste a Molly.

Makarios baja ligeramente el mentón, parece que cada palabra le pesa un gramo extra.

—No creo que quisieras matarla. Solo proteger tu negocio. Pero todo se desbordó. Y ahora estás dispuesto a asesinar a dos más. Uno de ellos, tu propio empleado.

Makarios suelta un leve resoplido, como si acabara de escuchar el final de una novela barata.

—Buena historia —dice, por fin—. No sé por qué trabajas con ese novelista noruego, cuando está claro que tú misma podrías escribir tus libros. Sin embargo, sigo sin saber de qué estás hablando.

Su tono es casi perezoso. Suena más aburrido que nervioso.

—Estoy en una barca que podría estar llena de micrófonos o cámaras. Puede que lo que busques sea que hable de más. Esto podría ser una trampa. ¿No es eso lo que tú harías, detective internacional de lujo? —Carraspea. Esa pausa medida que se toma alguien que ya ha decidido cuál será su versión oficial—. Pero claro, da igual todo eso, ¿no? Porque yo no he hecho nada de lo que me acusas. Así que no tengo nada que confesar.

Parece cansado, harto. Como si llevara semanas posponiendo una tarea que ahora debe completar. Gira un poco el rostro hacia Aikos, sin dejar de apuntarle.

—Muévete. Es hora de terminar con esto.

—Una cosa más —digo.

Makarios no reacciona, pero sé que me escucha.

—Sabía que eras tú. Desde antes de subir a esta barca. Lo supe hace dos días, cuando peleamos en la cueva. No por tu rostro, ni por tu complexión. Lo tenías bien cubierto. Lo supe por tu olor.

Eso lo inmoviliza. Por primera vez, su brazo se tensa de verdad.

—La gente no suele prestarle atención a esas cosas, pero yo sí. Tengo buena memoria olfativa. Y tú… tú hueles igual que aquel día en la cafetería. Que cada vez que entraba a KPT. Hueles a salitre,

sudor limpio y tabaco de liar. Una mezcla áspera, de esas que se quedan impregnadas en la memoria sin que te des cuenta, como una canción que no puedes sacarte de la cabeza.

»La primera vez que lo noté fue solo un leve destello. Una sensación pegada a la piel. Pero cuando me atacaste en la cueva, cuando el pánico me arrasó por completo, fue lo único que me sostuvo. Ese olor. Ese recuerdo. Fue como si mi cuerpo lo hubiera registrado sin que yo se lo pidiera. Como si supiera que lo iba a necesitar más adelante.

Aikos alza apenas los ojos. Yo sigo con la atención clavada en Makarios.

—Por eso le pedí a Aikos que me ayudara. Le dije que te pidiera una de tus barcas para alertarte y hacer que vinieras.

Makarios no se gira. No dice nada durante unos segundos que se sienten largos. Y luego habla, bajo, con una media sonrisa que no alcanza los ojos.

—Si realmente querías que yo estuviera aquí… —murmura—. No te han salido muy bien las cosas.

Un zumbido se impone al silencio. Sordo al principio, luego más nítido. Un motor.

Sonrío.

Makarios gira la cabeza en seco, por primera vez descolocado. Frunce el ceño.

—¿Qué es eso?

No tengo que contestar. La lancha se acerca lo suficiente para que podamos distinguirla. La bandera griega ondea en la popa, aunque lo verdaderamente importante es quién está al timón.

Nikos.

El inspector.

Aikos rompe a reír, una carcajada incrédula que no le había escuchado jamás.

—Se acabó, Makario. Vas a irte esposado de aquí.

Yo no digo nada.

Por dentro, sin embargo, las piezas encajan. La respiración que llevaba retenida por fin se libera.

Le había avisado durante la fiesta. Le conté mi plan y que, si yo

tenía razón, Makarios no nos dejaría salir vivos de esta. Le dije que debía estar preparado para detener al asesino. Pero algo me escuece en la garganta. Nikos viene solo, sin refuerzos, sin ninguna lancha policial que la acompañe. Ni luces, ni sirena. Y lo peor: no parece tener prisa. La barca avanza con una calma casi deliberada.

Antes de que pueda procesar del todo esa información, la lancha llega. El inspector apaga el motor, se incorpora y saca su arma.

Apunta directo a Makarios.

—Baja el arpón —ordena con la voz firme, autoritaria—. Ahora.

Makarios no se mueve. Sujeta el arpón con ambas manos, pero sus ojos ya no están sobre Aikos. Ahora están fijos en Nikos.

Una sonrisa le brota en el rostro, lenta, casi compasiva.

Y entonces ocurre.

—Lo siento, Valkiria —dice Nikos, contagiado de la misma sonrisa que mancha la cara de Makarios.

Y me apunta a mí, a la cabeza, con el dedo ya acariciando el gatillo.

31

Surgen los primeros rayos del sol como si el cielo se disculpara por haber llegado tarde. Esa luz dorada baña el rostro de Makarios, que sigue apuntando con el arpón a Aikos, y el de Nikos, que me encañona a mí con su pistola. Es una imagen de postal si ignoramos el detalle de que estamos a un simple gesto de morir. Hay algo casi cinematográfico en esta belleza impostada: el azul brutal del mar, las rocas que nos rodean como dientes, la brisa que hace que la calma del paisaje resulte todavía más absurda frente a las armas.

Y lo peor de todo. Las sonrisas. La de Makarios, relajada como si estuviera viendo una comedia, y la de Nikos, más contenida, pero igual de obscena.

Y a mí me cuesta horrores no mostrar la mía. Porque sí, yo también quiero sonreír. Pero no es el momento. No aún. Así que reprimo el impulso y me quedo en mi papel.

—¿Qué estás haciendo, Niko? —pregunto con la voz cargada de decepción—. Detén a Makarios. Es el asesino de Molly Bennett porque llegó hasta el tesoro de Panayotis. Y ahora también pretende silenciarnos a nosotros.

Él no parpadea. Ni un milímetro de duda en ese rostro curtido por años de experiencia y complicidades. Su respuesta es tan limpia como un disparo al pecho.

—Estoy impresionado con lo lejos que has llegado, Valkiria. Pero no puedo hacer lo que me pides. —Inclina la cabeza con una calma insultante—. Al fin y al cabo… no voy a detener a mi hermano menor.

Ahí cae el golpe final. La rabia no necesito fingirla, la traición me tensa los músculos y me quema en la lengua, pero no grito. Nos quedamos helados. Aikos, con la boca entreabierta. Yo, con la mente hecha trizas.

—Somos de una isla pequeña del Dodecaneso —dice Nikos—.

Hace años pedí el traslado a Kalymnos, buscando dejar atrás ciertos fantasmas.

Hace una pausa breve, mirando de reojo a Makarios.

—Unos años después, él también vino. Buscaba empezar su propio negocio. Al principio no mencionamos nuestra relación. Makarios no quería que lo trataran como «el hermano del policía del pueblo». No quería deberle nada a nadie. Y al final… al final nunca lo hicimos público.

»Pero siempre hemos sido hermanos. Hemos estado ahí cuando el otro lo ha necesitado. En todo momento.

Lo siguiente lo dice más bajo, como si se le atragantara en la garganta:

—Igual que cuando Makarios me pidió que…

—¡Suficiente! —estalla Makarios. Su voz explota en el aire como un petardo. El arpón tiembla en sus manos—. ¡Cierra la maldita boca, Niko! ¡Acabemos con esto de una vez!

Nikos no se inmuta.

—Relájate, hombre. ¿A qué viene tanto grito? —responde con una calma que se siente provocadora—. Da igual. Todo va a terminar aquí, ¿no?

Makarios no responde. Pero en su silencio se cuela la tensión.

—Entonces, ¿por qué demonios me ayudaste? —pregunto al fin —. Si todo esto era un engaño… ¿Para qué fingir?

Nikos suelta una carcajada suave, casi indulgente. Como si le preguntara algo demasiado obvio.

—¿Ayudarte? —repite, negando con la cabeza—. Valkiria, tú sola te ayudaste. Yo solo quería que me informaras de tus avances. Qué sabías. Y cada vez que abrías la boca, me facilitabas el trabajo.

Hace una pausa hasta que aparece una sonrisa más amplia, más viva, más peligrosa.

—Eso fue así… hasta que escuché tu conversación con Sam en la celda. Sobre el colgante.

La sonrisa desaparece. Sin previo aviso, Nikos gira el brazo y apunta a su hermano.

—Tira el arpón.

Makarios parpadea, confundido.

—¿Qué estás haciendo?

—¡He dicho que lo tires!

Makarios duda. Por primera vez, duda de verdad. Y tras un segundo que se siente como un siglo, baja el arma. El arpón cae a la cubierta de la embarcación con un chasquido seco.

Pero no hay respiro. Nikos vuelve a apuntarme.

—Ahora tú. Sube al barco. Despacio.

Obedezco. Doy patadas cortas al agua para acercarme al arma que me apunta a la cabeza.

—¿Qué demonios estás haciendo, Niko? —dice Makarios, desconcertado.

Nikos le ignora.

—Molly dejó un colgante con medio millón de euros en bitcoin escondido en el cofre de Panayotis. Al final, sí que valía algo ese maldito baúl.

Makarios frunce el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

—Hemos llegado demasiado lejos —responde Nikos, su voz ahora tensa, cargada—. Y no pienso matar a dos personas más por culpa de tu plan de mierda.

—¡Cállate! —ladra Makarios, dando un paso adelante.

Pero Nikos lo vuelve a encañonar. El gesto lo congela al instante.

—Voy a coger ese colgante y largarme. No va a haber más muertos, hermano, lo siento. Si hacéis lo que os pido —dice mirándonos a Aikos y a mí—, saldréis vivos de aquí.

Con movimientos calculados me impulso sobre el costado de la lancha y subo con un bamboleo. El sol me da de lleno en la cara.

—Dámelo —dice Nikos, sin mover un músculo—. El colgante.

—No había ningún colgante —respondo con voz neutra cuando me he incorporado—. Solo estaba su diario. El tesoro de Panayotis.

—Sé que estás mintiendo. No me vas a engañar, Valkiria. Lo debes de llevar debajo del neopreno.

—Val… —dice Aikos, abriendo la boca por primera vez en un rato largo—. Déjate de juegos. Nos está dando una posibilidad de salir de aquí con vida.

Chasqueo la lengua. Miro a Nikos, luego a Makarios, y comienzo

a desabrocharme el neopreno, lenta, casi con resignación. La tensión es absoluta, rota por el sonido del mar y las gaviotas que despiertan a lo lejos.

Entonces me detengo.

Respiro hondo.

—No —digo bajando los brazos—. Se me ocurre una idea mejor.

Miro directo a Nikos.

—¿Qué te parece si en vez de darte el colgante, sonreís a la cámara?

La frase cae como una bengala encendida en mitad del mar. Nikos frunce el ceño. Makarios no se mueve, pero la mandíbula se le tensa como si hubiese entendido algo que aún no quiere aceptar.

—¿Qué…? —balbucea Nikos, por primera vez sin tono.

Levanto el mentón y señalo con un leve cabeceo hacia el cielo.

—Hay un dron grabando todo esto. Y un móvil en llamada dentro del barco.

Makarios gira la cabeza en seco. Busca con los ojos, aunque ya sabe que no va a encontrarlo. Está demasiado lejos, demasiado alto, con un objetivo que no tiene los mismos límites que la vista humana.

—Pablo me debía un favor —digo, casi como quien menciona a un viejo amigo de la infancia—. Y él tenía ganas de amortizar su nuevo juguetito.

El viento arrastra un nuevo silencio.

—Todo está grabado —sigo—. Audio y vídeo. Cómo apuntáis a civiles con un arpón y una pistola. Vuestras amenazas y confesiones a medias. Incluso tus «no voy a detener a mi hermano menor» o «no pienso matar a dos personas más», Niko.

—Maldita sea… —murmura Nikos.

—Tenías razón, Makario —digo—. Tu precaución te ha llevado lejos. Pero hay veces que el control es solo una ilusión. Y sí, todavía estáis armados —añado, con las manos aún en alto—. Si disparáis, si hacéis cualquier cosa contra mí o contra Aikos, ese vídeo pasará de ser prueba de amenazas a convertirse en una ejecución. Una que no podréis justificar. Y mucho menos borrar.

Nikos aprieta la mandíbula. Makarios no pestañea.

—Y no os dará tiempo a escapar —añado con una calma que me

cuesta horrores mantener—. En cuanto Nikos ha hecho su aparición estelar, Pablo ha llamado a la Policía de verdad. De un momento a otro el brigadier aparecerá por aquí y esto se acabará.

Eso espero.

Porque claro que no lo sé con certeza. No sé si Pablo ha hecho la llamada, no sé si el dron sigue grabando, no sé si el viento, o la cobertura, o cualquier otra maldita variable lo ha estropeado todo. Pero tengo que creerlo. Tengo que hacer que ellos lo crean. Porque lo único que puedo hacer ahora es ganar tiempo.

Un minuto más.

Treinta segundos.

Lo que sea.

—Esto es un farol —escupe Makarios—. No hay ningún dron. No hay nada grabando. Y desde luego que el brigadier no está viniendo. Deja de actuar como si tuvieras el control, Valkiria. No lo tienes. Nunca lo tuviste.

Me mira con esa rabia que solo tiene quien ya ha perdido, pero no quiere aceptarlo. El que se resiste al jaque mate como si gruñendo pudiera mover las piezas a su favor.

—Todo esto —añade con desprecio— no es más que teatro. Y ya aburre.

—Claro que estoy en control —digo con un hilo de voz que corta más que un grito—. Porque, a diferencia de vosotros, yo vine preparada. Y no por suerte. Porque ya sabía que tenías un cómplice, Makarios. Era obligatorio, lo supe desde que intentaste matarme en la cueva donde descansan los osarios de Panayotis y su mujer.

Ambos me miran, confusos por el cambio de dirección.

—El marinero que me rescató del agua dijo que solo había una barca en la entrada de la cueva. La suya. Y esa cueva no tiene acceso a pie. Dime, Makario… ¿Cómo llegaste hasta allí sin mojarte?

Makarios no responde. Pero Nikos lo hace por él.

—¡Despierta, hermano! —le espeta, con una urgencia nueva—. No es un farol. Tenemos que irnos ya, antes de que llegue la Policía.

—¡Cállate! —gruñe Makarios, sin mover el cuerpo—. A posteriori todo suena coherente. Pero es mentira. Conjeturas. No viniste aquí tan preparada, Valkiria.

Ignora por completo la desesperación de su hermano. Yo no.

—No solo es eso —continúo sin perder el ritmo—. Le pregunté a Aikos por tus movimientos. Quería saber dónde estabas durante tus intentos de asesinato.

Makarios enmudece. Nikos retrocede un paso.

—El del buceo encajaba. Es tu empresa y estabas allí. Pero el segundo, la manipulación de los frenos mientras yo estaba en el museo de Pothia, al otro lado de la isla… Aikos me confirmó que tú pasaste toda la mañana en tu oficina, sin salir.

Hago una pausa y bajo la voz, como si estuviera a punto de arrancar la verdad de raíz.

—No había forma de que manipularas mis frenos y no había barca en el acceso a la cueva del osario. Eso significaba solo una cosa: tenías un cómplice.

Makarios ya no intenta negar nada. Pero Nikos no puede callarse más.

—¿Y por eso me llamaste? —pregunta con un hilo de incredulidad.

Asiento.

—Exactamente. Quería saber si eras tú. Si no lo eras, ya habrías detenido a Makarios por intento de asesinato. Y con él apresado, podríamos investigar sus archivos, su casa, su despacho. Encontraríamos a su misterioso cómplice e información que lo inculpara del asesinato de Molly. Pero si eras tú… —Me encojo de hombros—. Sería todavía mejor.

Makarios palidece, y no es una forma de hablar. El color se le escapa del rostro como si algo dentro de él se hubiera roto en silencio. La rabia ha dejado paso al reconocimiento, a la certeza de que esto ya no se trata de resistirse. Se trata de perder con algo de dignidad.

Y entonces lo escuchamos. El zumbido de motores. Varios.

Rugiendo tras la cala, creciendo en volumen con una promesa inevitable. Nikos gira la cabeza con brusquedad. Makarios ni se molesta. Yo sí. Me vuelvo hacia el sonido y ahí están.

Tres lanchas irrumpen desde el acantilado como si el mar hubiera decidido ponerse de mi parte. En la que va en cabeza, de

pie en la proa, está el brigadier Petrakis.

Nunca pensé que me haría tan feliz ver ese rostro de bulldog griego. Me nace una risa en la garganta que no dejo escapar, no quiero perderme ni un segundo de lo que está por venir.

Las barcas se detienen a una distancia prudente. Y como una coreografía ensayada, varios agentes armados alzan sus armas. Apuntan sin dudar a Makarios y al inspector. Las órdenes no hacen falta. El lenguaje de las miras láser es universal.

Y por si a alguien aún le quedaban dudas, el zumbido agudo de un dron surge de la nada.

Aparece desde arriba y se coloca a nuestra altura, a unos metros. La cámara frontal nos enfoca a todos. El ojo mecánico que certifica que todo lo dicho, lo amenazado, lo planeado… está grabado.

Makarios baja los ojos. Nikos, por primera vez, no dice nada. El silencio que se instala entre nosotros no es de tensión. Es de rendición.

Y esta vez, sí, me permito sonreír.

32

Conduzco el coche de Marina con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla, dejando que el aire cálido del valle de Arginonta me acaricie los nudillos. El sol cae oblicuo sobre las paredes rojizas que se alzan a ambos lados de la carretera. La isla quiere recordarme que, por mucho que trepe sus montañas, ella siempre será más antigua, más estable y paciente que yo.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mi cabeza.

Subo por la carretera estrecha, serpenteante, esa que parece diseñada por alguien con demasiada fe en los frenos de mano. Marina me prestó el coche sin hacer preguntas, porque es de esas personas que funcionan con esa mezcla absurda de confianza ciega y sentido práctico. «Te hará falta para desconectar», dijo. Y yo asentí como si desconectar fuese algo que pudiera hacerse girando una llave de contacto.

Pero el motor ruge y, con él, regresa el eco de la mañana intensa de dos días atrás.

Cuando el brigadier me vio con Nikos armado y Makarios con un arpón a los pies, no dijo ni una palabra sobre mi intromisión en la investigación. Y menos aún cuando Pablo le entregó la grabación del dron y el audio de la llamada. Su ego seguía intacto, claro —no se le cayó un «gracias»—, pero me permitió presenciar los interrogatorios de los hermanos. Y eso, para mí, vale mucho más.

Nunca había visto a dos personas vaciarse tan rápido. Nikos ya había dejado claro que iba a traicionar a su hermano sin pestañear; lo único que podía hacer era colaborar. Y Makarios, tan precavido, tan metódico, sabía perfectamente cómo funcionaba Nikos. Así que, en lugar de quedarse callado como un idiota, él también lo soltó todo.

Mis deducciones fueron bastante certeras. Pero hubo una sola pregunta que me seguía rondando desde que supe que Makarios

tenía un cómplice: ¿para qué? ¿Por qué involucrar a alguien más en algo así? Con lo precavido que era, meter a otro solo aumentaba las probabilidades de que todo saliera mal.

Cuando escuché su historia, lo entendí. Sufre de claustrofobia, una feroz. Fue Nikos quien se introdujo en el túnel subacuático que llevaba hasta el tesoro. También fue él quien ató la cuerda dentro de la cueva donde el cadáver de Molly permaneció oculto durante cinco meses.

Lo único que no quedó claro fue quién hizo el nudo en su cinturón de plomos. Cada uno culpó al otro. Pero eso ya no importa. El resultado es el mismo: ambos son responsables del mismo crimen. Un crimen por el que pasarán el resto de su vida en prisión.

Y en cuanto al colgante… Nunca lo saqué mientras el dron grababa. No me costó nada mantener la versión de que allí no había nada. El brigadier tampoco preguntó por el tesoro. No le importaba, no había venido a Kalymnos por turismo.

Pienso en Sam justo en la siguiente curva, como si su nombre se activara con el chirrido suave de las ruedas sobre el asfalto caliente. Ya está fuera, libre, caminando por ahí con esa arrogancia suya. Supongo que es lo que tiene hacer cosas moralmente reprochables sin llegar a cruzar la línea de lo ilegal: la ley te suelta, pero tu conciencia… bueno, eso ya es otro tema. Aunque dudo que Sam pierda el sueño por algo que no genere intereses compuestos.

Lo veo en mi memoria sentado enfrente de mí, recién liberado, con esa sonrisa suya que intenta parecer casual, pero está ansiosa por respuestas.

Cuando le confirmé que no había rastro del colgante, se le tensó la cara con ese enfado infantil de quien no está acostumbrado a que le lleven la contraria. Apretó los puños y se dio media vuelta con una grosería perfectamente coherente con el resto de su encantadora personalidad.

Si una parte de mí esperaba sentir esa punzada codiciosa, esa tentación de tener medio millón de euros escondido en forma de claves, nunca llegó. Era como si ese dinero existiera en otro universo, uno en el que yo todavía dependía de cosas materiales para sentirme segura. Además, no necesito ese medio millón. No

necesito ningún millón.

Tengo algo mucho más valioso: el misterio resuelto. El cierre. Ese placer extraño, íntimo, que me recorre la columna cuando una pieza encaja exactamente donde tiene que encajar. Esa sensación de estar en el sitio correcto, haciendo lo que sé hacer: desentrañar lo imposible.

Como bien decía Panayotis, no hay cifra que pueda comprar eso.

Aprieto un poco el volante mientras la carretera se abre hacia un mirador natural con vistas al valle. El sol cae en diagonal sobre el mar Egeo y la luz rebota en la carrocería del coche de Marina como si quisiera darme una señal. Me río para mí misma.

Ese dinero nunca fue para mí. No soy la depositaria de esa historia, solo quien ha venido a desenredarla.

El colgante sí tiene un dueño. Y hacia allí me dirijo.

Acelero un poco, sintiendo cómo el motor responde con un bramido satisfecho. El viento entra por la ventanilla y me despeina el flequillo.

El camino se estrecha, el aire se vuelve más seco y el silencio se transforma en esa quietud antigua que solo tienen los lugares en los que la vida humana es un mero invitado. Aparco delante de la casa aislada.

Golpeo la puerta con los nudillos.

—¿Galateia?

No contesta nadie. Oigo pasos arrastrados dentro y, tras unos segundos, la puerta se abre lo justo para que aparezca la barba gris y espesa de Kostas. Lleva una camiseta desteñida y sandalias. Parece cansado… o quizá solo ensimismado.

Cuando me reconoce, sus ojos se iluminan.

—Valkiria. —Abre la puerta del todo—. Entra, niña. Has hecho un buen trabajo. La Policía habla de ti en el pueblo. Dicen que atrapaste a los asesinos de Molly. No puedo creer que esos dos fueran hermanos. Piensas que conoces a alguien… y luego mira. Asesinos.

Suelta las frases una detrás de otra, sin espacio para dejarlas respirar.

—Gracias —respondo, entrando mientras el olor a tomillo seco y madera vieja me roza la nariz—. Y gracias por guiarme hasta el

tesoro.

Kostas parpadea. Una vez. Dos. Y pone la expresión más inocente que he visto en mi vida.

—¿Tesoro? No sé de qué me hablas.

Me apoyo en el marco, cruzo los brazos y le dedico una sonrisa ladeada que dice «no me tomes por idiota».

—La cueva santificada, Kosta. Donde están los osarios de Panayotis y de su mujer.

Su máscara de ingenuidad se mantiene durante exactamente un segundo más. Luego cede. Y aparece la sonrisa verdadera, la que tiene arrugas en las comisuras y un deje de orgullo mal disimulado.

—Ajá. Eso —suelta, rascándose la cabeza—. Pero yo no te dije nada sobre esa cueva.

—No me dijiste… pero me encaminaste. Igual que hiciste con Molly.

Kostas suelta una carcajada suave, como quien por fin se permite respirar sin medir las palabras.

—Vosotras lo hicisteis todo —admite—. Yo solo os dije en qué dirección mirar. Y ni siquiera sé cómo llegaste a la cueva a partir de mi… pequeño empujón.

—Es fácil. Marina lleva un año trabajando en una novela que sigue tres generaciones de una familia de Kalymnos en el siglo XX. Parte de la documentación que ha hecho está relacionada con la Iglesia ortodoxa. Solo tuve que revisar sus notas y hacer descartes lógicos para llegar a la localización. Supongo que Molly siguió el mismo patrón.

Los ojos de Kostas brillan con un agradecimiento casi íntimo.

—Me alegra… me alegra saberlo. Nunca supe cómo ella llegó allí.

Asiento. Hay un silencio breve, cómodo. Luego doy un paso más hacia él.

—Y tú… ¿Cómo descubriste la capilla? ¿Te lo dijo Panayotis?

El cambio en su rostro es inmediato. Baja la mirada. Se vuelve más serio, casi reverente.

—No. Yo no lo sabía. —Hace una pausa—. Lo sabía Galateia.

Me lo esperaba, pero aun así algo se me encoge en el pecho.

Kostas continúa.

—Panayotis confiaba en muy poca gente. En casi nadie. Pero en Galateia… en ella sí. Fue la única a la que le habló de la localización de la cueva santificada. —Suspira—. Tres años después de su muerte, el otoño pasado, ella exhumó su cuerpo y lo trasladó al osario donde descansaba su mujer, tal como él le había pedido.

Me imagino a Galateia, sola, cargando con el hombre al que trató como a su tío. Honrándolo sin pedir permiso.

—¿Panayotis le habló del tesoro?

Kostas niega de inmediato.

—No. A Galateia no le habría importado. —Se encoge de hombros—. Ese tesoro… Galateia ya lo tiene desde hace mucho tiempo.

Asiento en silencio, sintiendo de golpe la ausencia de ella en la casa.

—¿Dónde está?

—¿Galateia? Ha bajado al pueblo. Unos recados.

—Hay algo que no entiendo —digo, sacando el colgante del bolsillo solo lo justo para sentir su peso—. La hoja del diario. ¿Por qué seguía allí? ¿Por qué no la destruyó Makarios?

Kostas deja escapar un sonido entre un resoplido y una risa amarga.

—Ah… eso. —Se acomoda en la silla, como si llevase tiempo esperando que le hiciera esa pregunta—. Makarios sí la destruyó.

Me quedo quieta, sin parpadear. Siento que algo dentro de mí hace clic, como un engranaje que llevaba días rozando en vacío.

—¿Cómo que la destruyó? —pregunto.

—Porque yo llegué primero —responde con tranquilidad—. Dos semanas después del testamento de Panayotis, encontré la cueva. Un año más tarde volví… y la hoja ya no estaba.

—Makarios ya había llegado.

—Exacto. —Asiente despacio—. Pero nadie lo anunció. Nadie movió un dedo. Así que me sumergí. Bajé al punto exacto donde debería estar el tesoro.

—Y seguía allí —digo antes de que lo confirme.

—Intacto. Ahí comprendí que alguien había llegado antes, pero

no tomó nada. Solo quiso borrar el rastro. Mantener viva la leyenda.

Me cruzo de brazos, procesando.

—Pero tú habías hecho una copia de la hoja de la inmersión final —concluyo.

Kostas sonríe, con un gesto pequeño, casi avergonzado.

—Le hice una foto el día que llegué a ella. Solo tuve que… replicarla. —Hace un gesto vago— Nada especial. No pretendía engañar a nadie. La dejé en la cueva únicamente cuando vi que alguien con buenas intenciones se estaba acercando.

Mis cejas se alzan. Por supuesto. El guardián. El maldito guardián del tesoro sin nombrar.

—Así que eras tú quien decidía quién merecía verla —digo, no como acusación, sino como revelación.

—No decidía nada —responde, aunque la sonrisa lo delata—. Solo daba un empujón.

Me río en silencio.

—Hasta hace dos días, no sabías quién había llegado realmente al tesoro.

—No. —Niega con la cabeza—. No fue hasta que arrestaron a Makarios y a Nikos cuando entendí que fueron ellos los segundos en llegar al tesoro, y quienes se deshicieron de la hoja para que nadie más llegara.

—Pero no fue suficiente —añado.

—No fue suficiente —repite Kostas, con una satisfacción tranquila, como si hubiera estado comprobando algo durante años.

Me quedo mirándolo. La casa en silencio, la luz cayendo por la ventana. Y el colgante pesado entre mis dedos.

Meto la mano en la mochila y, por un segundo, el aire en la habitación cambia. Como si Kostas sintiera antes que yo lo que estoy a punto de sacar.

El cuaderno aparece entre mis dedos con su mezcla de papel antiguo y sal. Ya lo reconozco como algo de Panayotis, como si hubiese respirado el mundo desde el fondo del mar.

El verdadero tesoro.

Lo dejo sobre la mesa entre nosotros. Kostas lo mira como si viera a un fantasma amable.

—Todavía nadie sabe lo que es —digo—. Ni que lo he encontrado. Y no pienso decidir yo qué debe hacerse con él. Ese derecho es de Galateia.

Kostas tarda unos segundos en parpadear. Luego asiente, muy despacio, como si pesara cada palabra antes de aceptarla.

—Me parece justo —murmura—. Pero… —Me mira de reojo—. ¿No quieres disfrutarlo tú antes? Con un buen traductor puedes leer cada página. Aprovechar el tesoro que has conseguido.

Alza el mentón y, por primera vez desde que llegué, su voz tiene un brillo distinto. Casi devoto.

—A mí me cambió la vida, Valkiria. Ese cuaderno… —Toca la tapa con los dedos temblorosos—. Fue un tesoro de verdad.

Lo entiendo. Se le nota en los ojos, en cómo casi no parpadea para no perderlo.

Yo sonrío, suave, sincera.

—Lo sé. Pero yo ya encontré mi tesoro hace tiempo. —Hago un gesto amplio, abarcando el aire, la isla, mi propia vida—. Y es un privilegio poder dedicarme a lo que me apasiona. Resolver misterios. Vivir… de esto.

Kostas me observa con una mezcla de orgullo y nostalgia, como quien ve a una nieta que ha salido más lista que todos los de la familia juntos.

—Además —añado, tocando el diario con la punta de los dedos —, este cuaderno será más útil para otros. Galateia sabrá exactamente para quiénes. Necesitará ayuda para el ambicioso proyecto que tiene para salvar esta isla.

Abro el cuaderno por la primera página, con delicadeza, y dejo asomar el sobre que he escondido en la contraportada. Blanco. Sellado. Pequeño. Miserablemente discreto para lo que contiene.

Lo empujo suavemente hacia Kostas.

—Y dentro —digo, procurando que mi voz suene ligera, casi casual—, están las instrucciones para un pequeño regalo para Galateia y para su fundación. Espero que os sea útil.

Seguidamente, dejo el colgante sobre la mesa. Kostas lo observa sin comprender del todo. Y menos mal. No estoy preparada para que nadie —excepto Galateia— entienda que ese sobre contiene las

claves de acceso a medio millón de euros en bitcoin.

Kostas alza la vista y, aunque ignore el contenido, percibe el peso.

—Eres una chica extraña, Valkiria —dice en voz baja, casi honrándome.

—Gracias —respondo guardando el cuaderno en sus manos—. Panayotis también lo era.

Y eso, por una vez, me hace sentir en el lugar correcto.

Me pongo de pie despacio, todavía sintiendo el eco de lo que acabo de dejar en esa mesa.

Kostas acaricia la tapa del diario, como quien se asegura de que algo real sigue siendo real.

Camino hacia la puerta y él me sigue un par de pasos, con una prudencia casi paternal.

—Valkiria —dice justo cuando voy a abrir—. ¿Te vas hoy de Kalymnos?

Me giro. La luz de la tarde entra por la ventana, cálida, dorada, como si la isla quisiera escuchar la respuesta conmigo.

Le dedico una sonrisa pequeña, pero firme.

—No. —Niego con la cabeza—. Todavía no. He alargado mis vacaciones un par de días.

Una arruga divertida se le forma en la frente.

—¿Y eso?

—Tengo una vía de psicobloc que debo enviar —respondo, encogiéndome de hombros—. Una que me está mirando desde el primer día que llegué. Y esta tarde… —La sonrisa se me escapa antes de poder controlarla—. Tengo una cita con Aikos.

Kostas no dice nada, pero su expresión vale más que todos los comentarios posibles: tranquilidad, orgullo y un toque de «ya era hora» que no necesita palabras.

Abro la puerta. El aire huele a sal y a sol, y la isla parece esperarme ahí fuera como una promesa.

—Disfruta, niña —murmura a mi espalda.

Asiento. Porque sé que lo haré.

Salgo a la luz y cierro la puerta tras de mí. El camino desciende serpenteando entre arbustos secos y piedras que llevan siglos

soportando pasos como los míos. Respiro hondo. Por primera vez en días, mi mente no está corriendo hacia el pasado ni hacia el siguiente enigma.

Está aquí. En el presente.

Mientras bajo hacia el coche de Marina, me doy cuenta de que la pasión —la mía— también necesita respirar. No para alejarse del misterio, sino para poder volver a él. No puede vivir solo de acertijos ni de cadáveres. Necesita pausas. Silencios. Un poco de mar, de piel, de vida fuera del caso.

Los descansos no la apagan.

Son la leña que la mantiene ardiendo.

Y hoy, por primera vez en mucho tiempo, tengo fuego de sobra.

Jac dice que esto importa. Mucho

Yo no suelo pedir favores. Pero Jac insiste en que, si esta historia te ha tocado de algún modo —si te hizo pensar, dudar o te mantuvo en vela—, entonces deberías dejar una review.

Dice que es la única forma de que esta historia no se pierda entre algoritmos y portadas sin alma.

Así que aquí estoy, haciendo algo que no se me da bien: pedirte algo.

Un minuto de tu tiempo. Escanea el QR o entra en: kiannoren.com/review-valkiria-kross-3

Dejar una review es rápido. No duele. Y puede marcar la diferencia.



Esta historia aún no ha terminado

La investigación ha llegado a su fin. Makarios y Nikos pagarán por sus crímenes y la memoria de Molly podrá descansar un poco mejor.

Sin embargo, puede que en Kalymnos haya encontrado algo más que un caso que resolver.

No lo buscaba. Tampoco sé cómo acabará todo esto. Pero Aikos me ha hecho replantearme muchas cosas, incluso el futuro de mi carrera profesional.

Si quieres descubrir cómo ha puesto mi vida patas arriba, puedes leer el capítulo extra que ocurre seis meses después y que Jac decidió no incluir en esta novela.

Solo tienes que escanear el QR o entrar en: kiannoren.com/vk3-capitulo-extra



¿Me acompañas a cazar espíritus?

Un hotel perdido en las montañas. Una leyenda urbana japonesa. Un cadáver imposible con una sonrisa pintada en sangre.

Cuando el propietario de un hotel tradicional japonés me contrató para investigar supuestos ataques sobrenaturales, pensé que el caso sería sencillo: superstición, huéspedes asustados y sabotaje.

Entonces encontramos el cadáver.

Una víctima vestida con un kimono rojo, sentada de rodillas frente a un espejo, con una sonrisa dibujada en sangre. La puerta estaba cerrada desde dentro. Nadie pudo entrar. Nadie pudo salir.

El mismo crimen ocurrió veintisiete años atrás y nunca se resolvió. Japón lo convirtió en leyenda: **La Sonrisa del Kimono Rojo**.

No creo en espíritus. Pero alguien está empeñado en que todos volvamos a temerlos.

Si quieres acompañarme en esta investigación, escanea el QR o ve a: kiannoren.com/valkiria-kross-4

Nos vemos dentro.

